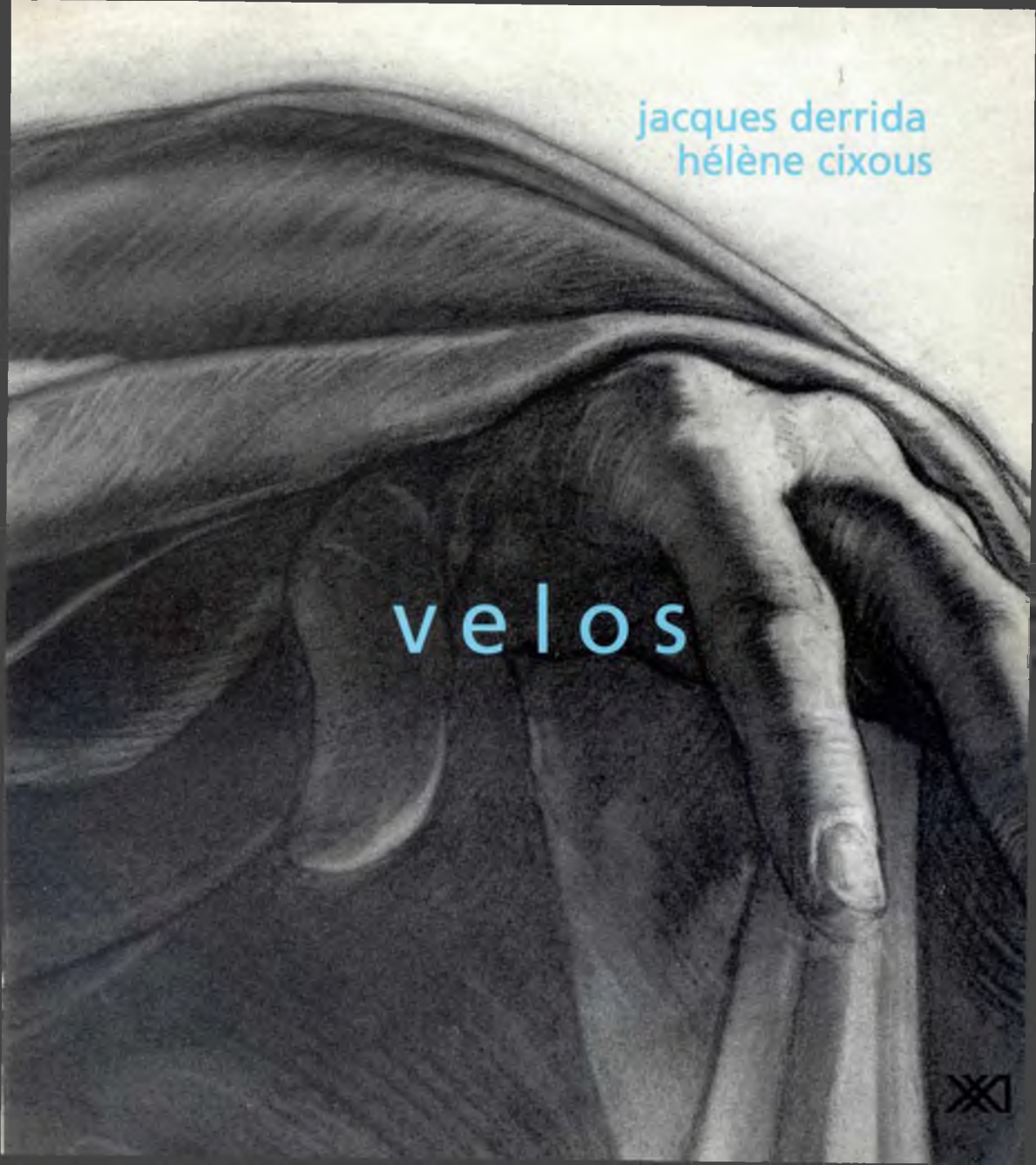

jacques derrida
hélène cixous
velos

VELOS

Hélène Cixous / Jacques Derrida

con seis dibujos de Ernest Pignon-Ernest

prólogo y traducción de
Mara Negrón

siglo veintiuno editores

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.
LAVALLE 1634, 11 A, C1048AAN, BUENOS AIRES, ARGENTINA

portada de patricia reyes baca

primera edición en español, 2001
© siglo xxi editores, s.a. de c.v.
isbn 968-23-2305-3

primera edición en francés, 1998
© éditions galilée, parís
título original: *voiles*

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico / printed and made in mexico

Una lectora des-velada
(A manera de un prólogo a la traducción)

MARA NEGRÓN

velar: (del latín *velare*, de *velum*, velo) Cubrir con velo, celebrar la ceremonia nupcial de las velaciones. (fig.) *Cubrir, ocultar a medias una cosa, atenuarla, disimularla*. En fotografía, borrarse total o parcialmente la imagen en la placa o en el papel por la acción indebida de la luz. En pintura *dar veladuras*: (la veladura es una tinta que se usa para suavizar el color de lo pintado)

desvelar: (del latín *dis-evigilare* despertar) quitar, impedir el sueño, no dejar dormir. (fig.) Poner gran cuidado y atención en lo que uno tiene a su cargo o desea hacer o conseguir.

develar: (des-velar) descubrir, poner de manifiesto.

vela: acción y efecto de velar. Tiempo que se vela. Asistencia por horas o turno delante del Santísimo Sacramento. *Tiempo que se destina por la noche a trabajar en algún arte u oficio o en cualquier otra cosa.*

la vela: conjunto o unión de paños o piezas de lona o lienzo fuerte, que, cortados de diversos modos y cosidos, se amarran a las vergas para recibir el viento que impele la nave. (fig.) barco de vela…

el velo: Cortina o tela que cubre una cosa.

2. [m.]Prenda del traje femenino de calle, hecha de tul, gasa u otra tela delgada de seda o algodón, y con la cual solían cubrirse las mujeres la cabeza, el cuello y a veces el rostro.

3. [m.]Trozo de tul, gasa, etc., con que se guarnecen y adornan algunas mantillas por la parte superior.

4. [m.]El de uno u otro color que, sujeto por delante al sombrero, cubriendo el rostro, solían llevar las señoras.

5. [m.]Manto bendito con que cubren la cabeza y la parte superior del cuerpo las religiosas.

6. [m.]Banda de tela blanca, que en la misa de velaciones se ponía al marido por

los hombros y a la mujer sobre la cabeza, en señal de la unión que habían contraído.
7. [m.]Paño blanco que el sacerdote se pone sobre los hombros para coger el copón o la custodia, humeral.
8. [m.]Fiesta que se hace para dar la profesión a una monja.
9. [m.]fig. Cualquier cosa delgada, ligera o flotante, que encubre más o menos la vista de otra.
10. [m.]fig. Pretexto, disimulación o excusa con que se intenta ocultar, atenuar u oscurecer la verdad.
11. [m.]fig. Confusión u oscuridad del entendimiento en lo que discurre, que le estorba percibirlo enteramente u ocasiona duda.
12. [m.]fig. Cualquier cosa que encubre o disimula el conocimiento expreso de otra.
13. [m.]Aparejo compuesto de un varal y una red que, sujeta por medio de una cuerda en uno de los extremos de aquél, se sumerge en el agua, para pescar.
del paladar.
1. Anat. Especie de cortina muscular y membranosa que separa la cavidad de la boca de la de las fauces.
humeral, u ofertorio.
1. humeral, paño que emplea el sacerdote en algunas ceremonias.
correr el velo.
1. fr. fig. Manifestar, descubrir una cosa que estaba oscura u oculta.
correr, o echar, un velo o un tupido velo sobre una cosa.
1. fr. fig. Callarla, omitirla, darla al olvido, porque no se deba o no convenga hacer mención de ella o recordarla.
tomar una el velo.
1. fr. fig. Profesar una monja.
velaje: conjunto de velas de una embarcación.
¡velay!: interj. aseverativa. ¡Claro!, ¡naturalmente! A veces indica resignación o indiferencia: velay ¡que le vamos a hacer! (*Diccionario de la lengua española. Real Academia Española*)

Leer o traducir, leer y traducir *como* cortar sesgadamente en un pliegue o en un lienzo.

Hace varios días que la lectora se encuentra desvelada, entre su cama y su libreta de notas.

Hace varios días que se desplaza como si fuera un sueño, entre dos frases:

"La miopía era su falta, su lazo, su velo natal imperceptible."

"Por eso, lejos de ser un velo entre otros, el ejemplo o la muestra, una mortaja resume la esencia del velo."

Hace días que la lectora está conmo-vida, en conmoción, tiembla con el presentimiento de asistir a una revelación.

Varias noches, como las mil y una noche (no olvido a Scheherazada, esa que había leído los anales, las leyendas de los reyes antiguos y las historias de los pueblos pasados, quizá sea uno de los nombres de la lectora), entre desvelo y velación la lectora-traductora no cesa; ¡¿como si las historias de velo sólo fueran orientales, como si nosotros no fuéramos también todos árabes, todos judíos, todos griegos, es decir, cristianos?! No se piense en una esencia ni en una creencia religiosa. Aquí se designa un bagaje, una memoria, una lengua. Debería poder escribir todo esto en plural. O escribirlo en latín, como esta traducción de *Velos* intenta hacerlo, en un latín en el que *Savoir* se traduce por *Sa(v)er* y no por *Saber* y *Un ver à soie* por *Un verme de seda* y no por *Un gusano de seda.*

Dos textos: *Sa(v)er* de Hélène Cixous y *Un verme de seda* de Jacques Derrida bajo un mismo título: *Velos.* Ese título, cual velo que cubriría, resguardaría, arrullaría estas confesiones y su sexo un tanto babélico. Todos los títulos de estas confesiones, pues se trata de dos textos confesionarios, son intraducibles. El paso y la escritura de una lengua a la otra anuncian un duelo y una donación. ¿Qué se esconde bajo el plural de las velas y de los velos de la lengua francesa? En *Voiles*, velas y velos de todo género se velan. Como en español, el francés feminiza la vela del barco, *la voile*, y masculiniza el velo, *le voile*. Pero a diferencia del español, y aquí importa mucho la diferencia, la diferencia de géneros se pierde en el plural. El plural español permanece en la separación: las velas o los velos. Así *Voiles* vela y devela el femenino y el masculino de los velos y de las velas. En el francés el sustantivo plural vela la diferencia de géneros. En *Voiles*, en ese lugar que hace función de título, se sugiere una multiplicación cuyos efectos de escritura deberán ser leídos en ambos textos como la inscripción de lo que la temática del velo ha significado para la cultura occidental y en ese tejido la historia de dos firmas, la de Hélène Cixous y la de Jacques Derrida. El juego del título no es sólo un juego de letras. Tampoco se trata de transferir una categoría de género puramente lingüística. Nada de pureza en ese juego. La

escritura contamina la cultura y el juego velado de los velos y de las velas trama su trama en ella, "naturalmente" (*natürlich*, en el idioma de Freud):

> tocar "eso" que llamamos "velo", es tocar todo. No dejarás nada intacto, sano y salvo, ni en tu cultura, ni en tu memoria ni en tu lengua... (*Un verme de seda*, J. Derrida, p. 36).

El velo nombra una totalidad en la cultura desde el sudario de Laertes, el velo del templo que se rasgó a la muerte del Mesías, el accesorio del velo y todos los ritos que le son asociados, el talit, las técnicas del tejido, el mundo marítimo, el himen, el pudor, la feminidad etc.: "*tocar 'eso' que llamamos 'velo', es tocar todo...*" Eso es un todo que el gesto de tocar por la escritura encienta, nada permanecerá *intacto*. ¿Qué es lo que no permanecerá intacto, virgen?

Se trata de saber ver, éste es el leitmotiv del poema, como lo llama Jacques Derrida, de *Sa(v)er* de Hélène Cixous:

> ¿Saben los videntes que ven? ¿Saben los no-videntes que ven de otra manera? ¿Qué vemos? ¿Ven los ojos que ven? Los unos ven y no saben que ven. Tienen ojos y no ven que no-ven (*Sa(v)er*, p. 32).

Estas memorias todo tienen que ver con nosotros si sabemos ver sin saber, es decir, si sabemos leer lo que sólo se escribe. La escritura es no-vidente, sobre todo, no sabe, avanza sin saber absoluto. Ése es uno de los temas constantes de la obra poética de Hélène Cixous. Todo esto también tiene que ver con una teoría de lo que ella ha llamado "una escritura femenina". La "feminidad", es ella quien nos enseñó a escribirlo entre comillas, es *eso* que no se deja ver, si en ese ver se presupone un Saber.

Sa(v)er es un duelo. Confiesa la perdida de *una* miopía. Desde sus comienzos "*la miopía era su falta, su lazo, su velo natal imperceptible*". La miopía ha sido un velo de tensión de la que ha escrito durante tantos años a lo largo de tantos y tantos textos sobre la importancia de un ver. Su genealogía poética canta como en una gesta ese amor del *Sa-Ver*. No es una casualidad que Hélène Cixous ha sido también la sabia lectora de esa otra gran vidente de la literatura latinoamericana que fue Clarice Lispector, porque, de cierta manera, fue igualmente la pasión de Clarice Lispector; sus textos se escriben en una cierta posición de cuerpo en donde éste se tranforma en punto de contacto entre el mundo y el mundo interior de la ciudad y de sus personajes. El punto de exaltación de la escritura clariciana es el momento de un clímax del ver. Sin embargo, en ese momento, en ese presente del ver no hay revelación; la marca de la escritura, la firma de Clarice Lispector se encuentra tendida entre dos expresiones: "apenas" y "era más o menos eso lo que había pasado". Ambas acompañan el evento y desarticu-

lan la narración: ¿qué sucedió? no sabemos a ciencia cierta, con Clarice Lispector. Ni con Hélène Cixous. Hay que leer. Un ver sin saber ha sido la ciudad natal de esas dos escrituras.

(La lectora, que está traduciendo, confiesa no cesar de pensar en *El cantar de Roldán* mientras lee *Sa(v)er*. Como si cada párrafo de *Sa(v)er* fuera una estrofa épica, una "laisse": "*la miopía era su falta, su lazo, 'sa laisse'*". Traduzco por "lazo", la palabra "laisse". La "laisse" es el collar del perro, la correa. Pero también es un término de poética que designa la estrofa en el cantar de gesta. La miopía sería el lugar de una mirada musical del mundo, de una mirada que avanza por repetición y separación, la de cada estrofa, como en la gesta. Cada párrafo de *Sa(v)er* como una estrofa paralela repite y desplaza un motivo como quien va caminando por la ciudad mirando y cambiando de punto de vista. ¿Después de todo qué hacían Roldán y Oliveros sobre la montaña? ¿Intentaban ver? ¿Veía Roldán lo mismo que veía Oliveros? ¿Y no es esto otra historia de velo, es decir, una guerra de religiones?:

> LXXXII. Dijo Oliveros: "He visto a los paganos. Nadie vio jamás mayor número en la tierra. Los que van delante son bien cien mil, con escudos, yelmos atados y vestidos de blancas lorigas.[...]
> LXXXIII. [...] Responde Roldán: "Obraría como un necio y perdería mi fama en la dulce Francia *(El cantar de Roldán*, trad. Martín de Riquier, México, Espasa-Calpe, 1993, pp. 48-49).

La lectora también se acuerda del Roldán de Hélène Cixous en *Or, les lettres de mon père*:

> Es porque no sabemos cuando comienza, morir. Es porque no creemos, morir, entonces el llamado llega casi siempre demasiado tarde. Es porque no creemos en la magia del llamado, es por eso que Roldán no quería sonar el olifante a pesar de las súplicas de Oliveros, no quería sonar el olifante hasta que estuviera seguro de que sólo la distancia enorme impediría a su tío socorrerlo a tiempo (*Or, les lettres de mon père*, H. Cixous, París, Éd. Des femmes, pp. 48-49).

Ese llamado que "*llega casi siempre demasiado tarde*" parece también hacer eco al de san Agustín que es también el de Jacques Derrida. En esas *laisses*, entre esas estrofas, entre las de *Sa(v)er* y las de *Un verme de seda* se juega una repetición en paralelo, como estrofas paralelas ambos textos.)

El saber de Hélène Cixous no es narrativo, su ficción no relata; el saber suyo es una posición del oído y de la vista que toca; muy sensorial, muy atenta a la fenomenología de lo sensible en la lengua francesa. Todo ocurre como si cada letra fuera escuchada y mirada muy de cerca antes de regarse en el corpus poético. La miopía impone también una postura: la "postura de confesión" en el mundo. *Sa(v)er* no sólo confiesa su falta, es decir, la miopía, sino también ese estar en postura de confesión, la de una escritura, la de una firma.

La V es la letra que, en su dispersión, da a leer la convención de la ley de la lengua en su límite y en su apertura infinita. La convención une y hace posible el sentido. La dispersión se escribe. Jacques Derrida anota y lee el arte y el artificio "sabiamente calculado" de *Sa(v)er* en esa recurrencia de la letra, en un margen de *Un verme de seda*. Jacques Derrida lee *Sa(v)er* en el momento de escribir el cuaderno de viajes que es *Un verme de seda* y ve en la miopía la metáfora conceptual de una obra, como si esa miopía fuera el nombre de la que firma la obra de Hélène Cixous. Él descubre al leer *Sa(v)er* la videncia de Hélène Cixous:

> Antes de esta confesión de confesión, mi amiga ciega me había disimulado esto, que no veía nada, nada sin cristales ni lentes, ella, a quien considero, y no data de hoy, la más vidente de los poetas, en quien leo el pensamiento previsor, la profecía en la lengua, en más de un idioma dentro de la lengua francesa (*Un verme de seda*, p. 48).

La que escribe *Sa(v)er* admite haber sido ciega. "*Ella había nacido con el velo en el ojo.[...] Ella había nacido con el velo en el alma.*" Gracias a la tecnociencia un día la miopía-que-escribe se desvanece haciendo posible lo imposible: "*la salida a ver*", la-ciega-vidente que ha escrito, ciega-vidente, se despide de su miopía. Mientras el velo de la miopía se retira se produce el mundo del génesis, el mundo y sus objetos empiezan a aparecer. Ésta es una experiencia que sólo ocurre una sola vez. Es un volver a nacer. *Sa(v)er* cuenta un renacimiento.

La miopía es también el lugar de una duda, de un temblor del ver; ese no ver produce inseguridad, no se está segura de ver lo que se ve. Entonces esa miopía da un saber de la verdad; la verdad es ciega.

El desvelo de la lectora, como un perderse en una selva oscura muy dantesca, adormecida, ve las letras de una frase al final del génesis, de esa salida al mundo, de *Sa(v)er*:

> *Voir! On veut: voir! Peut-être n'avons-nous jamais eu d'autre vouloir que voir?* (cursivas mías)
> ¡Ver! ¡Queremos: ver! ¿Quizá no hayamos tenido nunca otro querer que ver?

Quel V-ouloir! ¡Qué querer! ¿A qué orden pertenece el evento, la operación de la miopía, que cuenta *Sa(v)er*? ¿Cómo el poema de Hélène Cixous desplaza la estructura y la economía del juego de la verdad como espacio de velación y revelación? *Un verme de seda*:

> Y sin embargo, lo que ella declara hoy no tiene nada que ver con la revelación o el develamiento. Este evento pertenece a otro espacio, sucede según un orden diferente, ese orden al que tam-

bién pertenece eso que llamo *el veredicto*. No es ni una tela rasgada, ni una cortina levantada, ni un velo hendido... (p. 48)

Los eventos que se tejen en la trama de esos dos textos no tienen como fantasma la verdad y sus escenas de revelación: "*no es ni una tela rasgada, ni una cortina levantada, ni un velo hendido...*" En el caso de Hélène Cixous, se trata de saber tener la miopía que se ha perdido: "*No abandonaré mi pueblo. Pertenezco al pueblo de los no-videntes*", dice al despedirse de su "extranjera", otro nombre de la miopía. En el caso de Jacques Derrida se trata de un saber tenerse que sólo se puede escribir en francés: "*savoir s'avoir*" en espera de un veredicto. El viaje que cuenta Jacques Derrida tiene como horizonte un veredicto. Éste se produce al final sin que podamos asistir a algo reconocible como tal: al final sólo una "*veraison*", es decir, un en*vero*, una maduración del fruto. En ambos textos se produce la operación de escritura de un evento, una operación venida del otro.

Un saber intraducible : Savoir s'avoir

Un verme de seda se escribe en espera de un veredicto: "*extraño, sin verdad, sin veracidad, sin veridicidad...*" (p. 36) Se escribe *antes* del veredicto. El cuaderno de viajes fue escrito durante una travesía por América Latina en 1995. Éste se divide en tres partes: Buenos Aires del 24 al 29 de noviembre de 1995, Santiago de Chile-Valparaíso del 24 de noviembre al 4 de diciembre de 1995, São Paulo del 4 al 8 de diciembre de 1995.

Un verme de seda es una secreción. Este viaje se inicia con un recuerdo de infancia: con el recuerdo de las mujeres de la familia que hablaban, cree recordarse el que escribe, de disminuir un tejido. Y para disminuir los puntos del tejido agujas y manos tenían que trabajar con "*dos mallas a la vez*". Ese recuerdo de infancia de la disminución, ya la infancia comienza a secretar sus filamentos en el texto, desplaza la retórica del velo y de su verdad. El texto se presenta como un viaje de a dos, dos como dos mallas por lo menos, que se entretejen. Y disminuyen secretando.

Partiendo de ese punto, punto de disminución, punto geográfico también, desde el otro lado del Nuevo Mundo, la escritura viaja en el tiempo, ese que se urde en nosotros, en sí mismo, compuesto de figuras. Se evoca a Penélope y su metis tejedora y destejedora para insistir que es mejor hilar a manera de disminución: mejor disminuir y no deshacer:

– No, nada se deshace, al contrario, pero también quisiera decir a mi manera, *nombrar* la morta-

ja, y el viaje, pero un viaje sin retorno, sin círculo ni vuelta al mundo, en todo caso, o, si prefiere, un retorno a la vida que no sea una resurrección, ni la primera ni la segunda, con o sin los grandes maestros del discurso sobre la Resurrección, san Pablo o san Agustín...(p. 36).

El que escribe disminuye y no deshace, "*quiere nombrar la mortaja y el viaje*", un viaje que no es un viaje de retorno, que tampoco es una resurrección, y si fuera una resurrección lo sería "*con o sin los grandes maestros*". "*Con o sin*" son las preposiciones de una posición; el cuaderno pasa de la figura del velo, de su movimiento, de su levantamiento, su relevo, su *Aufhebung*, al veredicto porque "*el de-velamiento siempre será un movimiento de velo*" (p. 40). Imposibilidad entonces de develar, porque el momento de la revelación es siempre un momento de volver a encubrir, se pasa entonces a las figuras autobiográficas que son los recuerdos de infancia como esa primera escena del telar femenino, también ese talit "arrancado *a toda historia del ojo...*" (p. 52), o esa caja de zapatos al final del texto que hace aparición en la memoria del que escribe adormecido y en la que se encuentran resguardados desde hace mucho tiempo unos gusanos de seda. El cuaderno de viajes es una autobiografía de Occidente: el de Jacques Derrida como un cuaderno de viajes, como una mortaja.

La lectora desvelada cree percibir fugazmente la esencia de un instante: "*una mortaja resume la esencia del velo*" (p. 44) ¿Una mortaja? Ella reconoce la historia de un tejido, el de los pliegues sesgados del inmenso tejido derridiano. "*Una mortaja resume la esencia del velo*" (¿la esencia sólo es resumen, un resumen, una mortaja? ¿Resumir morir?). Terminar con el velo es terminar consigo y "*lejos de ser un velo entre otros, el ejemplo o la muestra, una mortaja resume...*" (p. 44)

¿El velo resume, suma, añade, suplementa, sustituye todo lo que esta obra ha escrito sobre la verdad? El viajero de *Un verme de seda* en compañía de su otro viajero se dice cansado, *"cansado de la verdad"*, *"cansado de una figura y de su verdad"* (p. 49). Cansado de una historia, la de la humanidad:

> como si aparentemente el destino de la humanidad, de la susodicha humanidad que hubiese nacido con el pudor, la reserva, la *Verhaltenheit*, la desnudez, el saber-mal, el saber del mal, el árbol del conocimiento, el pecado, la caída o el *Verfallen*, el velo pues, como si el destino de la humanidad fuera otra vez a depender hoy de lo que mantiene un poder sobre las mujeres en cuanto al velo (*Un verme de seda*, p. 51).

Velar la mujer, tentativa de velar más que eso, esto se deja percibir en la lectura minuciosa de la conferencia de Freud sobre *La feminidad*, en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* y algunos fragmentos de las epístolas de san Pablo. ¿Quién vela? ¿Quién cita a La Dama Naturaleza para velar? Entre las escasas contribuciones de la mujer se encuentra la técnica del tejido y del trenzado según

Freud. Una técnica que tiene como propósito encubrir, velar un defecto físico, *"un defecto de los órganos genitales"*. Pero para esta técnica la naturaleza ya habría dado un modelo a la mujer, su vello pubiano. ¿Naturaleza pues o artificio? El trenzado ¿es una técnica, un artificio, una invención o un don de la naturaleza?, se pregunta Jacques Derrida. ¿Qué quisiera velar la mujer con tal "invención"?

> Lo que la mujer quisiera velar, según Freud, que claro está, no menciona aquí el animal, es que ella no tiene el gusano que quizás es (*Un verme de seda*, pp. 65-66).

Y habrá, dice la escritura en desplazamiento en Jacques Derrida: *"antes de oponer la ausencia a la presencia: del Pene, del Falo, de la Cosa o de la Causa detrás del Velo"* (p. 66), que desenredar.

En contrapunto a la interpretación freudiana, Jacques Derrida lee a san Pablo, que invoca otra vez la naturaleza para velar la cabeza de la mujer:[1]

> Juzgad vosotros mismos: ¿conviene para una mujer rogar a Elohim con la cabeza velada? / ¿No nos enseña la naturaleza misma / que es un deshonor para el hombre tener cabellos largos? / Pero la mujer que lleva la cabellera larga, es para ella una gloria, / porque su cabellera le ha sido dada a guisa de adorno" (*I Epístola a los Corintios*, 11, 13-15, versión mía de la traducción francesa de A. Chouraqui citada por Jacques Derrida).

[1] Sitúo aquí un contexto muy particular, el auge del fundamentalismo en Francia. El cuaderno de viajes que es *Un verme de seda* de Jacques Derrida responde también a un debate que comienza en Francia en el año 1995 sobre la prohibición del chador en las escuelas públicas del estado francés. Las discusiones oponían sectores de la izquierda: los que se manifestaron a favor lo hicieron en nombre de una defensa de la diferencia cultural y los que lo hicieron en contra defendían el régimen laico de la educación estatal. Si a esto se añade el oportunismo del discurso xenófobo de la extrema derecha, la situación se complica: y ese todo al que tocamos cuando tocamos la palabra "velo" vuelve a ser velado. ¿A quién se vela y qué se vela cuando se vela a una mujer, y más allá qué es velar, la figura del velar?

Como siempre el trabajo político y ético de Jacques Derrida desbalancea las evidencias sobre las cuales se construyen las oposiciones. Cito otro fragmento de *Un verme de seda*:

"Habría que saber y desarrollar una hipótesis comparatista coherente, pensando en una política del talit, del velo, del chador o de la kipa en régimen escolar laico y democrático…

– La víspera no es para mañana. Sí, estoy en contra de, oh sí, oh sí. En contra de los que prescriben el velo y otras cosas parecidas, también en contra de los que lo proscriben, y creen poder prohibirlo imaginando que está bien, que es posible y que eso tiene sentido. La víspera no es para mañana: lo escolar-secular, lo laico y lo democrático pertenecen de par en par a las culturas del talit y del velo, etc., ya no lo sabemos más… La contaminación está por todos lados" (p. 77).

El velo funciona como metáfora suplementaria de una escena, de una estructura conceptual y de todas sus fantasmagorías. ¿Cómo escapar de la escena de la búsqueda de la verdad?

"Juzguen por ustedes mismos": una historia de Naturaleza y Cultura escondida en los pliegues de san Pablo y de Freud como una multiplicación de verdades inaceptables.

El viajero que mira hacia atrás, mira su propia secreción, cita en una nota al calce todos los textos en torno al velo y se pregunta: "Hacia dónde encaminar mis pasos hoy, ésa es la pregunta de este viaje" (*Un verme de seda*, p. 50). Es que *"acabar con el velo, es acabar consigo mismo..."*, dice un viajero al otro (p. 40). Acabar *"avec soi"* (consigo) no es lo mismo que acabar "*avec soie*", "con seda" o "consigo seda", esa "*e*" muda que es la marca del femenino en francés, esa letra secreta su silenciosa secreción, la escritura no termina. Entonces al final *Un verme de seda* cuenta un origen, sólo al final: *"antes de mis trece años..."*. Dentro de una caja de zapatos, y los zapatos aquí importan, hay un recuerdo, un niño que cría vermes de seda: esas criaturas vivientes, cuyo sexo no es aparente, y que entre naturaleza y cultura saben tenerse. Un *"savoir s'avoir"*; el saber que aquí se devela sólo se escribe: es un saber de la autoafección, de la autoafectación, un saber del sujeto autobiográfico inscrito en un inmenso sudario cultural en el que un verme de seda va avanzando en lo propio: un cierto propio del sujeto. En el "ver" de un verme tantas posibles direcciones hacia el poema: "ver" "verso"/ "vers" (s muda) "hacia".

Un verme de seda no cuenta una *Odisea*, ya que no es una vuelta a la prótesis del origen. Es una confesión que no devela, en espera de *"un veredicto sin veracidad"*, y el final no es una resurrección sino un envero.

(Perdón, la lectora mintió, hay una tercera frase que la ata.)

Esa otra frase que no me deja salir se escribió hace mucho tiempo; pero es una frase que siempre llega tarde, que nos llega tarde, que nos sucede tarde como un poema: *"sero te amaui"* de san Agustín. Es el exergo de *Un verme de seda*:

> ¡Muy tarde te he amado,
> Oh belleza tan antigua y tan nueva,
> Muy tarde te he amado!
> ¡He aquí que tú estabas adentro, y yo afuera
> y es ahí que yo te buscaba,
> y sobre la gracia de las cosas que tú has hecho,
> pobre desgraciado yo me abalanzaba!
> Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo.
> (*Confesiones*, X, XXVII 38)

Después del veredicto, muy tarde llega el tiempo de amar: *"Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo."* ¿Después de, el tiempo de amar, habrá llegado?

(Entre paréntesis se encuentra la lectora y sus preguntas, ¿desdoblada, yo estaba contigo y tú no estabas conmigo?)

"Antes del veredicto, del mío…" Todo el cuaderno se escribe antes del veredicto, a saber, muy tarde, demasiado tarde; el punto final del cuaderno como un VERme de seda que se va transformando en mariposa nos deja al borde del mundo y de una curiosa historia de naturaleza y cultura. Entre naturaleza y cultura (la mujer como el saber-no saber). ¿Esta historia de velo, como la historia de *"la femme (la vérité) ne se laisse pas prendre"*, "la verdad (la mujer) que no se deja conquistar?"[1]

(¿Qué perdió la traductora durante la traducción de *Velos*? Su latín. A saber, que la traductora ya no entendía más ni español ni francés. Entonces, volvió al suelo, llevó su español y su francés al latín, y luego comenzó a ver, apenas a ver, a escuchar en el latín la separación de dos cuerpos, el de esas dos lenguas romances. Procedió a traducir el español y el francés en latín y luego en sentido inverso: *Velos*.

Al ver la luz del día asomarse por su ventana, la lectora cree saber que estas historias de velo tienen algo y mucho que ver con la Naturaleza, con la Madre Naturaleza.

Cree saber que estas historias tienen algo que ver con la cultura, en verdad, mucho que ver con la cultura. "Un continente negro", como un punto de cruz entre Naturaleza y Cultura.

El velo como la noche…

La lectora acaba de salir de una noche que se multiplica como tantos sueños dentro de una sola noche. ¿La lectora o la traductora? ¿Y después de todo, leer no es siempre una tentativa de traducir al otro en mi lengua, en esa lengua, y parafraseo a Jacques Derrida, que nunca es la mía?

…y si todavía hubiese tiempo, si no fuera ya tarde, si el manto de la noche todavía no se retirara, la lectora en traducción, prolongaría su desvelo…)*

[1] *Espolones. Los estilos de Nietzsche*, trad. M. Arranz, Valencia, Pre-textos, 1981, p. 37. *Éperons. Les styles de Nietzsche*, ed. bilingüe francés-inglés, trad. Barbara Harlow, Chicago, Londres, The University of Chicago Press, 1979, p. 54.

* Las notas de la traductora a los textos de H. Cixous y J. Derrida se indican en romanos y aparecen al final del libro [E.].

SA(V)ER

Hélène Cixous

La miopía era su falta, su lazo,[1] su velo natal imperceptible. Cosa extraña, ella veía que no veía, pero no veía bien. Cada día había rechazo, pero quién pudiera decir de dónde provenía el rechazo: ¿quién rechazaba, era el mundo o ella? Ella pertenecía a esa raza oscura subrepticia que, desamparada, pasa frente al gran lienzo del mundo, todo el día en postura de confesión: no veo el nombre de la calle, no veo el rostro, no veo la puerta, no veo venir y soy yo quien no ve lo que debería de ver. Tenía ojos y era ciega.

Tenía que pasar todos los días a la altura del castillo. La ayuda provenía de la estatua de Juana de Arco. La gran mujer de oro blandía su lanza flameante y le mostraba el camino hacia el castillo. Siguiendo la indicación de oro terminaba llegando. Hasta un día en que. Una mañana en la plaza no había nada. La estatua no estaba ahí. No había huella del castillo. En lugar del santo caballo, una penumbra mundial. Todo estaba perdido. Cada paso aumentaría el extravío. Permaneció petrificada, privada de la ayuda de su estatua. Se vio detenida en el regazo de lo invisible. Por todas partes veía esa nada pálida sin límites, era como si por un paso en falso ella hubiese entrado viva en la muerte. El aquí de la nada duraba, y nadie. Ella sobrecogida, cayó de pie en la extensión insondable de un velo, y eso fue todo lo que quedó de la ciudad y del tiempo. La catástrofe se había producido en silencio.

¿Y ahora quién era? Sola. Una brizna de través en el intervalo.

Más tarde en el intervalo alguien surgido abruptamente de la nada le afirmó que las cosas no habían huido en absoluto. Se encontraban seguramente en su lugar. ¿Entonces era ella quien no veía la estatua ni el castillo, ni los rebordes del mundo ni del autobús? Un velo de bruma había vencido, ante sus pobres ojos crédulos, las existencias. La gran estatua de oro no había resistido. Fue su primer apocalipsis. La ciudad perdió algo de su solidez.

Ella había nacido con el velo sobre los ojos. Una miopía muy poderosa tendía entre ella y el mundo sus magias enloquecedoras. Había nacido con el velo en el alma. Los anteojos son tenedores flojos apenas buenos para atrapar pequeños trozos de realidad. Como lo sabe el pueblo de los miopes, la miopía tiene su sede oscilante en el juicio. Hace reinar una eterna incertidumbre que ninguna prótesis disipa.

En adelante, ella no sabía. La Duda y ella siempre fueron inseparables: ¿las cosas se habían ido o bien era ella quien las malveía? Jamás vio con seguridad. Ver era un creer cojeante. Todo era quizás. Vivir se encontraba en estado de alerta. Corriendo desbocada hacia su madre se reservaba la posibilidad

del error hasta el último instante. ¿Y si su madre, en el instante en el que alcanzaba su rostro, de repente no fuera su madre? El dolor de no haber reconocido que la desconocida no podía ser mi madre, la vergüenza de haber tomado a una desconocida por la conocida por excelencia, ¿y la sangre no gritó entonces, no sintió? ¿La traición de la sangre del sentido de tal manera que uno puede equivocarse de madre, y estar equivocado hasta la madre? La rabia del cuerpo contra esos dos, los ojos, que no pueden correr más rápido, tienen una rienda innata, toda la energía del mundo no podría empujar sus pasos.

Las verdades se desenmascaraban un segundo antes del final. ¿Veo lo que veo? Lo que no estaba ahí quizás estaba ahí. Ser y no ser nunca se excluían.

Para poder vivir, decidió creer, y eso frecuentemente terminaba en malos descubrimientos. Ella confiaba en una loca en la que desconfiaba, pero en vano. Hay un provecho en la confianza ciega de la cual estaba privada. La miopía estremecía hasta la propia paz, que la ceguera había establecido. Era la primera en acusarse. Aún con los ojos cerrados, era miope.

Miopía maestra de error y de inquietud.

Pero ella reina también sobre el prójimo, ustedes que no son miopes, y ustedes que son miopes, de ustedes también se burlaba, ustedes que nunca la vieron, ustedes que jamás supieron que ella extendía sus velos ambiguos entre la mujer y ustedes. Siempre estaba ahí, la invisible que separaba para siempre a la mujer. Como si fuera el genio mismo de la separación. Esa mujer era otra, y ustedes no lo sabían.

Yo también fui miope. Puedo dar testimonio: algunas personas gravemente heridas por la miopía pueden esconder a los ojos del público perfectamente las acciones y la existencia de su muy loca fatalidad.

Pero un día esa misma mujer decidió poner fin a su miopía, y sin tardar sacó cita con el cirujano. Es que se había enterado de la increíble noticia: la ciencia acababa de vencer lo invencible. En diez minutos se hizo. Fin de lo infinito. Una posibilidad aún imposible hace tres años atrás. En la lista de los invencibles prometidos a la derrota, acababan de llegar a la miopía. Todo lo que es imposible será posible, basta con esperar millares de años. Ella, por suerte, lo había conocido estando en vida: su propio trastorno astral. Hacía todo el tiempo hasta ese día que ella había vivido en la caverna de la especie, dócil a la fatalidad. Era prisionera y lunar de nacimiento; los demás tenían todas sus alas. Nunca le había pasado por la mente que pudiera cambiar su suerte. La sangre, una vez derramada en el polvo, no vuelve a subir a las venas. Nadie hubiera contradecido a Esquilo. He aquí que la sangre volvió a subir. Ella volvió a nacer.

De esa manera, uno pasa al mundo sin haber imaginado jamás, antes de esta hora, poder convertirse en el habitante del día. Todavía nadie había puesto un pie en este planeta. Este evento está datado. En nuestros días humanos cambian de mundo todos los meses. Ya no hay miopes por fatalidad.

Ella que nunca se lo hubiese esperado había vivido sus antiguas vidas temblando como temblaban los guerreros que morían de miopía frente a las murallas de Troya por no haber visto al enemigo erguirse a solo tres pasos.

Al día siguiente, al salir de la noche, ella vio súbitamente el motivo de la alfombra que nunca había visto. Luego poco a poco vinieron los anaqueles, fueron los primeros en venir a saludarla sonriendo. Ayer todavía era ella quien movía sus anteojos hacia la izquierda para que los anaqueles, que nunca estaban ahí, pudiesen aparecer. Así, el mundo salía de su reserva lejana, de sus ausencias crueles. El mundo subía a ella, precisando sus rostros. Todo el día.

Avanzaba tan rápido que se veía ver. Veía la vista venir. Frente a ella flotaban los títulos de los libros aún invisibles sirenas, y luego se desprendían de la piel vaporosa y he aquí: surgían, las facciones dibujadas. Lo que no era es. La presencia sale de la ausencia, veía eso, las facciones del rostro del mundo se alzan por la ventana, emergiendo de la borradura, veía el amanecer del mundo.

– ¿Y si por suerte asisto, se pregunta, al florecer de la creación? Sí. Es porque en ese día veía desde su miopía que, aunque yéndose, todavía se encontraba un poco ahí.

Bajo el acceso de la aparición rompió a reírse. La risa de los alumbramientos. Lo que le procuraba júbilo era el "aquí estoy, sí" de la presencia, el no-negarse, el no-retirarse. Sí, dice el mundo. Sí, dice tímido el campanil detrás de los edificios. Sí vengo, dice una ventana luego la otra.

¿Es *Ver* el goce supremo? O bien sea: ¿cesar-de-no-ver?

¡Pájaros visibles pasaron de derecha a izquierda en el cielo grupos de nubes enfilaron de izquierda a derecha, era lo invisto! ¡Ven, futuro, ven, tú que no cesas de venir, no llegando nunca, ven, viniendo!

No cesaba de venir, de aparicionar. El aparicionamiento seguía.

Es lo que la arrebataba: el paso de la Aparición. La venida a Ver. ¿Y quién viene? ¿tú o yo?

Era *ver-a-ojo-desnudo,*[11] el milagro.

Esto era lo que la arrebataba. Puesto que ya había visto todo eso bajo cristales con anteojos y sin exaltación: visión de préstamo, vista separada.

Pero en esta alba sin subterfugios había visto con sus propios ojos el mundo, sin intermediario, sin los lentes de no-contacto. La continuidad de su piel y de la piel del mundo, el tocar pues, era el amor, y ése era el milagro, la donación. ¡Ah! la víspera aún no había sabido que los ojos son las manos milagrosas, nunca había gozado del delicado tacto de la córnea, de las cejas, las manos más poderosas, esas manos que tocan imponderablemente los aquí cercanos y lejanos. No había sabido que los ojos son los labios sobre los labios de Dios.

Acababa de tocar el mundo con sus ojos, y pensó: "soy *yo* quien *ve*". ¿*Yo* serían entonces mis ojos? ¿Yo sería el encuentro, el punto de encuentro entre mi alma vidente y tú? Violenta dulzura, brusca apa-

rición, abre sus pupilas y: el mundo le es dado en la mano de los ojos. Y lo que le fue dado en ese primer día, fue el don mismo, la dación.

• No, la alegría no es "reencontrar la vista", es conocer el *ver-a-ojo-desnudo.*

¿Cuál es el equivalente de lo inaudito? ¿Lo invisto? Nunca antes hubo invisto. Era una invención. Acababa de empezar.

Y pensar que ese milagro solamente afectaba a los suyos, a su tribu, la miope.

¿Y si la miopía podía ser expulsada, es pues porque era una extranjera? Siempre lo presintió: su miopía era su propia extranjera, su extranjeridad esencial, su propia flaqueza necesaria accidental. Su destino. ¿Y había salido en un abrir y cerrar de ojos de su destino? De su piel. De la pupila en la que su alma yacía cosida.

Antes decía: "mi miopía", como: mi vida, mi ciudad natal. Un día se escucharía decir: "cuando era miope". El comienzo se retiraba en el pasado. Una prehistoria se formó.

• Antes no era una mujer era primero una miope, es decir, una enmascarada. Nadie ve los ojos detrás de la máscara de cristal. ¡Oh!, luchó mucho. Con contra su propio cuerpo extranjero su córnea testaruda. En una época fue la primera en desenmascararse. Los lentes le parecieron un fraude. Le dijeron: tiene unos ojos hermosos, y contestaba: soy miope. No le creyeron: no la escucharon. No sabían. Ella decía "la verdad". Des-mentía su rostro, sus ojos. Como si sus verdaderos... Como si sus falsos... Como si mintiese. Errancia, pestañeo de la mentira. Dónde está la verdad. La miopía era su verdad.

"Yo vengo al mundo, escalo día a día los grados de la visibilidad. Cada día disminuye la imprecisión de la imprecisión." Con lentitud, con rapidez, según el punto de vista, no-veía un poco menos de hora en hora. ¿Desde qué antigua profundidad insondable, recorriendo noches de millares de kilómetros, los visibles subían hacia ella? ¿Cómo medir este advenir lento y poderoso?

E irreversible.

Fue entonces cuando, al sentir el aguijonazo de un duelo inesperado, se estremeció: ¡pero si estoy *perdiendo* mi miopía!

– ¡Pronto, milagro!, gritó. ¡Detente! ¡Lentamente, milagro!, gritó.

Hoy moría el punzante lamento que fue el secreto de su infancia: había sido la elegida de la familia, la miope entre los cisnes. Fue una maldición, un hechizo interior, una impotencia inmerecida que era ella misma y contra la cual se revelaba con todas sus fuertes fuerzas vanas, la forma más sutil de la injusticia: porque esa miopía que la eligió y la colocó aparte era también tan indespegable de ella como la sangre de sus venas, era ella, ella era ella, su murmullo inaudible incesante.

Hoy moría su hermana la cólera.

Pronto la miopía, "la otra" la malvenida, se develó: la otra no era otra más que su amiga, su mo-

desta compañera de nacimiento. Su amado secreto. Ya la misteriosa tundra brumosa de siempre se borró. Adiós mi amiga mi madre.

Ahora llegó la hora de los adioses crueles y tiernos al velo que había maldecido tanto.

"Ahora por fin puedo amar mi miopía, ese don al revés, puedo amarla porque va a acabarse." Cayó en un estado de adiós.

El duelo del ojo que se convierte en otro ojo: "¡Nunca más seré miope!" Y el suplemento de agilidad para pasar en lo visible sin tener que empujar la puerta a cada instante. La alegría del ojo liberado físicamente: una sensación deliciosa de grapas removidas: porque la miopía tiene pequeños agarres, mantiene el ojo bajo un velo ajustado, atornillamiento de las pupilas, insistencias, vanos esfuerzos para pasar el velo y ver, frente fruncida.

La alegría del ojo sin brida: también se escucha mejor. Para escuchar hay que ver bien.

Ahora incluso sin anteojos escuchaba bien.

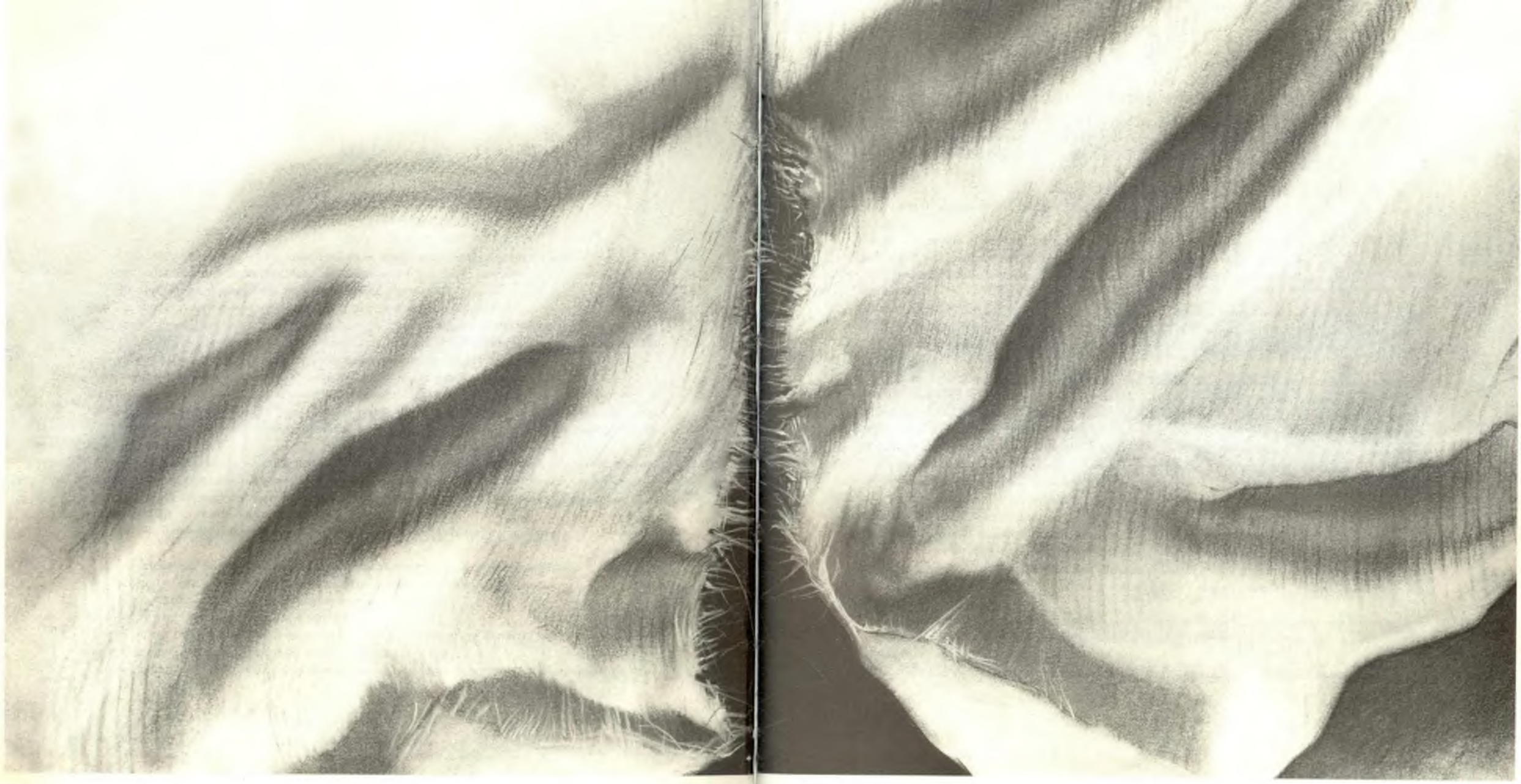
Pero mientras su alma desatada se abalanzaba, se formaba un impulso de descenso: al alejarse de su "mi-miopía", descubría los extraños beneficios que su extranjera interior le prodigaba "antes", y de los que nunca antes pudo gozar con alegría, solamente con angustia: lo inllegado de lo visible al alba, el paso por el no-ver, siempre hubo un umbral, cruzar nadando el estrecho entre el continente ciego y el continente vidente, entre dos mundos, un paso marcado, venir del afuera, un todavía, una imperfección, abría los ojos y veía el todavía, había que ejecutar ese movimiento de puerta para acceder al mundo visible.

No-ver es defecto penuria sed, pero no-verse-vista es virginidad fuerza independencia. Al no verse no se veía vista, es lo que le dio su agilidad de ciega, la gran libertad de la borradura de sí. Nunca fue arrojada a la guerra de caras, vivía en el arriba sin imágenes donde pasan las grandes nubes indistinguidas.

Y además no-verse-a-sí-mismo es algo de paz. Nunca había tenido que soportar su propio rostro. Se ponía el rostro amado como rostro, no es que no tuviera uno, pero no lo veía. Salvo de muy cerca. De muy cerca veía su boca, su mejilla, pero no su rostro. ¿Ver-de-cerca es ver? El rostro del amado era su rostro.

Pronto habrán desaparecido la imprecisión, el caos antes del génesis, el intervalo, la etapa, la amortiguación, el pertenecer a la no-videncia, la silenciosa gravedad, el paso cotidiano de frontera, la errancia en los limbos.

Limbos: la región de los miopes, purgatorio y promesa, linde dudoso, lugar de las almas de los justos antes de la redención. Y ahora perdía sus limbos, que eran las aguas en las que flotaba. Estaba siendo brutalmente salvada. ¡Redención sin demora! ¿Y uno es salvado por un golpe de gracia? ¿¡O se es golpeado, tirado, fulminado!?



– Yéndote, mi pobre hada, mi miopía, me retiras los dones ambiguos que me angustiaban y me acordaban estados que los videntes no conocen, murmuraba ella.

– No me olvides. Conserva para siempre el mundo suspendido, deseable, denegado, ese encantado que te había dado, murmuraba la miopía.

– ¡Oh Jerusalén si te olvidara, que mi ojo derecho, etc.!

– ¡Ah! veo que se anuncia en lugar de mi reino difuso un reino sin vacilación.

– Vacilaré siempre. No dejaré mi pueblo. Pertenezco al pueblo de los no-videntes.

Lo que nunca han visto los videntes: la presencia-antes-del-mundo. Sin embargo, "antes", no sabiendo que ella veía eso, ¿lo veía?

¿Saben los videntes que ven? ¿Saben los no-videntes que ven de otra manera? ¿Qué vemos? ¿Ven los ojos que ven? Los unos ven y no saben que ven. Tienen ojos y no ven que no-ven.

Al alba todavía se vio –una última vez– ver que aún no veía lo que más tarde vería "de un solo golpe".

Y de todo eso, solamente la miopía-que-pasa-del-no-ver-al-ver, ésa solamente es testigo. Pero es un testigo que pasa. Va a olvidar. ¿Un testimonio consciente? No. Solamente esta miopía de un martes de enero –la que se iba, la que se retiraba de la mujer como una lenta mar interior–, percibía las dos orillas. Puesto que no se permite a los mortales estar de los dos lados.

Una experiencia como esa sólo podía ocurrir una sola vez, esto la conmovía.

La miopía no volvería a crecer, la extranjera no volvería jamás, su miopía tan fuerte –una fuerza que siempre llamó debilidad e imperfección. Pero he aquí que su fuerza, su extraña fuerza, le fue revelada, *retrospectivamente* en el mismo momento en el que le fue retirada.

La nostalgia de la secreta no-videncia se alzaba.

Sin embargo, uno quiere tanto ver, ¿no es cierto?

¡Ver! ¡Uno *quiere: ver*! ¿Quizá nunca hayamos tenido otro querer que no sea ver?

UN VERME DE SEDA[III]

Puntos de vista pespunteados sobre el otro velo

Jacques Derrida

1

Sero te amaui

Hacia Buenos Aires, 24 de noviembre - 29 de noviembre de 1995

→ Antes del veredicto, del mío, antes de que, precipitándose sobre mí, me tumbe consigo, la caída, antes de que sea demasiado tarde, punto, no escribir. Punto final, un punto y se acabó. Antes de que sea demasiado tarde, alejarse, irse al otro lado del mundo como un animal herido. Ayuno, retiro, partida, lo más lejos posible, encerrarse consigo en sí, intentar comprenderse por fin, solo y consigo mismo. No escribir aquí, sino desde muy lejos desafiar un tejido, sí, desde muy lejos, o más bien velar a su disminución. Un recuerdo de mi niñez: levantando los ojos hacia los hilos de lana, sin interrumpir ni tampoco reducir el movimiento de sus dedos ágiles, las mujeres de mi familia decían a veces, me parece, que había que *disminuir*. No deshacer, sin duda, sino disminuir, a saber, no entendía en aquel entonces nada de esa palabra pero me sentía tanto más intrigado, incluso enamorado, que había que proceder a la *disminución* de los puntos o reducir las mallas de la labor (*ouvrage*)[IV] en preparación. Con miras a *disminuir*, agujas y manos así debían trabajar dos mallas a la misma vez, o en todo caso, jugar con más de una.

– Nada que ver, si entiendo bien, sobre todo, nada que ver con la maestría de un Tejedor Real o con la astucia de Penélope, con la *metis* del tejido-destejido. No se trataría ni siquiera de fingir, como ella lo hiciese un día, de tejer una mortaja economizando los hilos perdidos, y así de preparar un sudario para Laertes, el rey de Ítaca y padre de Ulises, para aquel que milagrosamente Atenea rejuveneció. No perder el hilo, ésa es la orden a la que Penélope aparentaba someterse, pero también a la simulación o a la ficción, a la astucia ("¡Jóvenes pretendientes míos, yo sé bien, ya el divino Ulises no está!, mas a pesar de vuestros deseos de apresurar este himeneo, permítanme acabar: todo este hilo permanecería inútil y perdido. Es para sepultar a nuestro héroe Laertes: cuando Moira, la Parca de la muerte, venga a acostarlo cuan largo es en la muerte, ¡cuál no sería contra mí el grito de las aqueas, si este hombre opulento yaciera sin sudario (*ater speirou*)!").

Mientras que en la *disminución*, si entiendo bien, no se deshace el tejido…

– No, nada se deshace, al contrario, pero también quisiera decir a mi manera, *nombrar* la mortaja, y el viaje, pero un viaje sin retorno, sin círculo ni vuelta al mundo, en todo caso, o, si prefiere, un retorno a la vida que no sea una resurrección, ni la primera ni la segunda, con o sin los grandes maestros del discurso sobre la Resurrección, san Pablo o san Agustín…

– Dios mío, casi nada, su nueva obra (*ouvrage*), ni una Odisea ni un Testamento …

– Sí, al contrario, quisiera citarlos a comparecer, sabiendo que su palabra será siempre más grande que la tapicería en la que, fingiendo atravesarlos, puesto que sería una travesía, intentaré coserlos. Y como empezamos a hablar estando en avión, llamemos esta travesía un vuelo y esta tapicería una alfombra voladora. Estamos alejándonos de Occidente para justamente perder el Oriente en él.

– Hablando según el léxico musical, se puede, *decrescendo*, *diminuendo*, atenuar poco a poco la intensidad del sonido, y también "disminuir" los intervalos. Mientras que en el lenguaje de la retórica, un poco como el litote, como la extenuación o la reticencia, una "disminución" consiste en decir menos, sin duda, pero con miras a *dejar (laisser)*[V] entender mucho más.

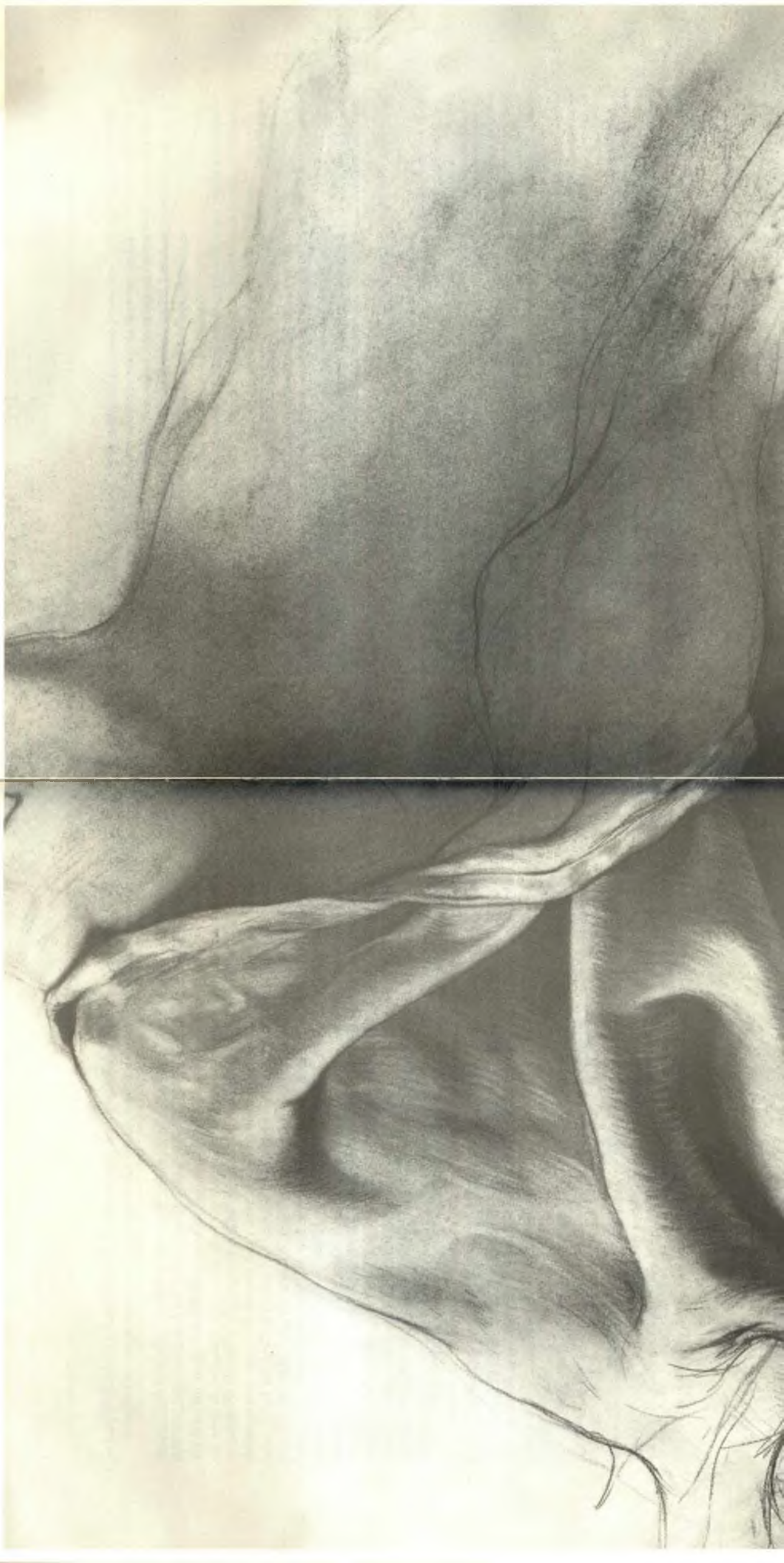
– ¿Pero al "dejar" así –y quién deja entender qué? ¿quién deja entender quién? ¿y a quién?– siempre se puede hablar de disminución *disminuyendo*. Y, por medio de ese tejido en lo sucesivo inexpugnable, otra vez dejar que la retórica se apropie lo verdadero del veredicto. Un tropo volvería otra vez a dictarle el decir-verdadero de su *veridictum*, de ese veredicto que parece hubiese sido al comienzo, como su primera palabra. En virtud de ese veredicto extraño, sin verdad, sin veracidad, sin veridicidad, no se alcanzaría nunca más la cosa en sí, sobre todo no se la tocaría. Ni siquiera el velo detrás del cual una cosa supuestamente debe mantenerse (*se tenir*), ni siquiera el velo frente al cual ambos suspiramos, ambos nos encontramos juntos suspirando. Por la misma causa, una causa común. ¡Ah, qué fatiga, como quisiera por fin tocar "velo", la palabra y la cosa que así se nombra, la cosa misma y el vocablo! No solamente quisiera verlos, ver en ellos, hacia ellos o a través de ellos, la palabra y la cosa, sino tener (*tenir*)[VI] un discurso sobre ellos que toque por fin, en una sola palabra, un discurso "pertinente" que los diga propiamente, aunque ya no dé a ver nada.

– Renunciaremos tanto a tocar como a ver, e incluso a decir. Disminución interminable. Ya que desde ahora debes saberlo: tocar "eso" que llamamos "velo", es tocar todo. No dejarás nada intacto, sano y salvo, ni en tu cultura, ni en tu memoria ni en tu lengua, a partir del instante en el que prendas (*s'en pren-*

dre au)[VII] la palabra "velo". Tan pronto como te dejes prender (*tu te laisses prendre*) en ella, en la palabra, en primer lugar en la palabra francesa, sin todavía hablar de la cosa, no quedará nada, nada resistirá.

– Ya se verá cómo deshacer o más bien disminuir. Disminuir lo infinito, disminuir infinitamente, ¿por qué no? Ésa es la tarea o la tentación, el sueño, desde siempre. Así sueñas con prenderte (*t'en prendre â*) a una trenza o un tejido, a una malla o a una urdimbre, pero sin estar seguro del textil por venir, si hay, si hay un resto y sin saber si lo que queda por venir merece aún el nombre de texto, sobre todo de texto en la figura de lo textil. No obstante, insistes en escribirle, al hacerlo sin deshacer, desde muy lejos, sí, desde muy lejos, como antes de la vida, como después de la vida, para escribirle desde la punta inferior del mapa, la más recóndita del mundo, con miras a la Tierra del Fuego, en el estrecho de Magallanes, en memoria de las carabelas. En memoria de aquel para quien todo terminó tan mal, una vez el estrecho cruzado. Pobre Magallanes, me lo dices. Pues todavía las veo, las carabelas. Para escribirle desde muy lejos *como si*, prendido en el velamen y empujado hacia lo desconocido, a la punta de esa extremidad, *como si* alguien esperase el nuevo mesías, a saber un "feliz-evento": denominado *el veredicto*. Desconocido de todo y de todos, sin saber ni estar seguro de nada. El tiempo finito infinito de una prueba que consiste menos en la espera de tal o cual veredicto que en el estrecho de una sospecha implacable: ¿y si te estuvieras imponiendo la duración de esta prueba para no querer lo que tú sabes querer o para querer lo que crees no querer, a saber el vencimiento mismo de ese veredicto, de ése y no de otro? No con miras a no querer lo que tú quieres sino porque ya no quieres de tu querer, ¿de ahí la inminencia interminable del veredicto?

– Sí, pero el vencimiento de un veredicto que ya no consista por lo tanto en la revelación de una verdad, un veredicto sin verdad, decíamos, ni veracidad, ni veridicidad, sí pero una fecha que ya no esté prendida en el plegar y el desplegar de un velo. De otra manera, todavía más temprano, o más tarde, lo veo esperar un evento de casi-resurrección que, de una vez, con miras entonces a una primera y última vez, ya no tuviese nada que ver con un develamiento, nada que ver con lo que ellos llaman una verdad, con el dictado de una verdad, si usted insiste, o algún desentierro. ¿Qué quiere decir *como si* en el instante, un instante revolucionario o mesiánico, en el que yo determinase el *como si* a partir de frases ejemplares tales como, por ejemplo: "es como si estuviese vivo" o "es como si estuviese muerto"? Qué quiere decir entonces "como si", pregunto. ¿A quién me atrevería yo jamás a dirigir tales frases? Ahora bien para emprender una disminución infinita, habría que escribirle desde ese lugar tan lejano del *como si*. Por eso, con miras a eso, hay entonces que esperarse al mesías como a la inminencia de un veredicto que no devele nada que resista, y no rasgue ningún velo.



– Pobre, pobre, acabar con el velo siempre habrá sido el movimiento mismo del velo: de-velar, develarse, reafirmar el velo en el develamiento. Él acaba consigo mismo en el develamiento, el velo, y siempre con miras a acabar en el develamiento de sí. Acabar con el velo, es acabar consigo mismo. ¿Es eso lo que esperas del veredicto?

– Quizás, sin duda. Eso temo, lo espero.

– Ninguna posibilidad de que eso suceda alguna vez, que uno se pertenezca bastante a sí mismo (en algún saber-tenerse [*s'avoir*],[VIII] si quieres jugar) y que uno logre tornar hacia sí un gesto como ése. Acabarás en la inminencia –y el de-velamiento siempre será un movimiento de velo. ¿No consiste éste, en su propia consistencia, en su textura, en acabar con uno, en levantarse, en desaparecer, en retirarse para dejar ver o dejar ser, para *dejar* (*laisser*)?

– Sí y no. Una firma, si ella sucede, habrá desviado ese destino. Seguro, siempre hay que recordarse del otro velo, pero olvidándolo, en ese lugar en el que tú esperas todavía otra cosa, preparándote para una forma de evento sin precedente, sin vela, y velar para que acontezca el "sin velar", velarlo, velar a que te sorprenda. Seguro, no olvidarás que el velo del Templo se rasgó a la muerte del Mesías, del otro, del ancestro de Belén, el de la primera o el de la segunda resurrección, el falso-verdadero Mesías que sana los ciegos y se presenta diciendo "yo soy la verdad y la vida", ese mismo en nombre del cual las carabelas cristofélicas descubrieron América, y todo lo que resultó, lo bueno y lo malo. En el instante de su muerte, el velo del templo se hubiera rasgado…

– ¿Diríase que al rasgarse de esa manera el velo reveló por fin lo que debía esconder, abrigar, proteger? ¿Hay que entender que se rasgó, sencillamente, como si el rasgado firmase por fin el fin del velo o del velamiento, una forma de verdad puesta al desnudo? ¿o más bien que se dividió en dos, como dicen Mateo y Marcos, y por la mitad según Lucas, lo que da quizá dos velos iguales en el momento en que, el sol al oscurecerse, todo se torna invisible?[1] Ahora bien ese velo, acuérdate, fue uno de los dos velos del Éxodo,[2] el primero sin duda, de púrpura escarlata y rojo, velo de lino "torzal", "torcido", "re-

[1] *"Kai idou to katapetasma tou naou. eskhisthe [ap'] anôthen eôs katô eis duo… Et ecce velum templi scissum est in duas partes a summo usque deorsum."* (Mateo, XXVII, 51). *"…tou heliou eklipontos… eskhisthe de to katapetasma tou naou meson… Et obscuratus est sol: et velum templi scissum est medium…"* (Lucas, XXIII, 45) *"Kai to katapetasma tou naou eskhisthe eis duo ap' anothen eôs katô… Et velum templi scissum est in duo. a summo usque deorsum"* (Marcos, XV, 38).

[2] Éxodo, XXVI, 31.

torcido". Se prescribió que en su interior fuese instalada el arca del testimonio. Ese velo será para ustedes, dijo Yahvé a Moisés, *la separación* entre el santo y el santísimo, entre el santuario y el santuario de los santuarios.[3] IX ¿El velo que se divide por la mitad, será el final de esa separación, de ese aislamiento, de esa increíble soledad de la creencia?

– No conozco otra separación en el mundo, o que pueda ser conmensurable con ésta, análoga, comparable a ella, que da a pensar, no obstante,

[3] Sería necesario citar más de una traducción. Algunas oponen el velo a la cortina (A. Chouraqui, *Noms*, Desclé de Brouwer; Louis Segond, Nouvelle édition de Genève, 1979, Société biblique de Genève), la otra distingue la cortina (***le rideau***) (en lugar del velo) del paño (***la draperie***) (E. Dhorme, *in* Bibliothèque de la Pléiade). Para el primer velo, para la primera cortina, se trata de una obra de **artista** o de **inventor**; el segundo (cortina o paño), sólo se trata de un trabajo de **bordador**: "obra" (*ouvrage*), "obra de bordador" u "obra de bordado". Se establece una diferencia bien marcada. Por un lado, el arte y la invención inaugural, por otro, un *savoir-faire*, una técnica secundaria. Dos ejemplos, y subrayo:
"Fais un ***voile*** *: / azur, pourpre, cochenille écarlate, / byssus tors, / il sera un ouvrage d'****inventeur*** *: griffons. / Tu le donneras sur quatre colonnes d'acacia, / recouvertes d'or, leurs crochets d'or, / sur quatre socles d'argent. / Donne le* ***voile****, sous les agrafes, fais venir là, à l'intérieur du voile, / le coffre du temoignage. / Et le voile distinguera pour vous / entre le* ***sanctuaire et entre le sanctuaire des sanctuaires****. / Donne le* ***voile*** *sur le coffre du témoignage. / dans le* ***sanctuaire des sanctuaires****. Place la table hors du* ***voile****. / et le candélabre face à la table, / sur la paroi de la demeure, vers le Teymane. / Donne la table sur la paroi au Septentrion. – Fais un* ***rideau*** *pour l'ouverture de la tente: / azur, pourpre, cochenille écarlate, / byssus tors, / ouvrage de* ***brodeur****…"* (A. Chouraqui).
(En una edición ulterior, en 1985, la traducción ha sido modificada sustancialmente: a veces [*voile*] "velo" ha sido remplazado por [*écran*] "pantalla", otras por [*absolutoire*] "absolutorio" [*inventeur*] "inventor" por [*tisserand*] "tejedor".)

«Haz un **velo**: / azul, púrpura, carmesí escarlata, / biso torcido, / será una obra de **inventor**: grifos. / Lo darás sobre cuatro columnas de acacia, / cubiertas de oro, sus capiteles de oro, / sobre cuatro zócalos de plata. / Da el **velo**, bajo los corchetes, haz que venga ahí, en el interior del velo, / el cofre del testimonio. / Y el velo distinguirá para vosotros / entre el **santuario y entre el santuario de los santuarios**. / Da el velo sobre el cofre del testimonio, / en el **santuario de los santuarios**. / Coloca la mesa fuera del **velo**, / y el candelabro frente a la mesa, / sobre la pared de la mansión, hacia Temán. / Da la mesa sobre la pared septentrional. – Haz una cortina para la entrada del tabernáculo: / azul, púrpura, carmesí escarlata, / lino torcido, obra de **bordador**… »

« *Tu feras aussi le* ***Rideau*** *de pourpre violette et de pourpre rouge, de vermillon cramoisi et de lin fin tordu. On le fera [orné] de Chérubins, oeuvre d'****artiste****. / Tu le placeras sur quatre colonnes d'acacia recouvertes d'or, ayant des crochets d'or sur quatre bases d'argent. Tu placeras le* ***Rideau*** *sous les agrafes et là, à l'intérieur du* ***Rideau****, tu introduiras l'Arche du Témoignage. Le* ***Rideau*** *sera pour vous la* ***séparation entre le Saint et le Saint des Saints****. / Tu placeras le Propitiatoire sur l'Arche du Témoignage dans le* ***Saint des Saints****./ Tu mettras la Table à l'extérieur du* ***Rideau*** *et le Candélabre en face de la Table sur le côté de la Demeure au midi ; tu placeras la Table au côté nord. / Puis tu feras une* ***Draperie*** *à l'entrée de la Tente, en pourpre violette et en pourpre rouge, en vermillon cramoisi et en lin fin tordu, oeuvre de* ***brodeur****. »* (E. Dhorme).

«Harás también la **Cortina** (*rideau*) de púrpura violeta y de púrpura roja, de bermellón carmesí y de lino fino torcido. Lo harán [adornado] de Querubines, obra de **artista**. / Lo colocarás sobre cuatro columnas de acacia revestidas de oro, que tengan corchetes de oro sobre cuatro bases de plata. Colocarás la **Cortina** bajo los broches y ahí, en el interior de la **Cortina**, introducirás el Arca del Testimonio. La **Cortina** será para vosotros la **separación entre el Santo y el Santísimo**. / Colocarás el Propiciatorio sobre el Arca del Testimonio en el **Santo del Santísimo**. / Pondrás la Mesa fuera de la **Cortina** y el Candelabro enfrente de la Mesa al lado de la Mansión al mediodía: colocarás la Mesa al lado norte. / Luego harás un **Paño** (*draperie*) para la entrada del Tabernáculo, en púrpura violeta y púrpura rojo, en bermellón carmesí y en lino fino torcido, obra de **bordador**.»

cualquier otra separación, y primero que nada la separación que separa del otro totalmente. Gracias a un velo dado por Dios, y dar en este caso es ordenar. ¿Que haya finalizado o no con la expiración de Cristo, esta separación increíble (la creencia misma, la fe) será comprendida alguna vez, será comprensible alguna vez en los pliegues velados de una *aletheia* griega? Ningún ser, ningún presente, ninguna presentación que pueda indicarse en el modo indicativo. Fue, es, será, habrá sido, habría sido para todos los tiempos la sentencia, el dicto de Dios, su veredicto: por medio de Dios *orden (es) dado de dar* el velo, el velo (es) el don (que él es) ordenado de dar. Nada más que sea. Dios es así el nombre de quien da el orden de dar el velo, el velo entre el santo y el santísimo. Ahora bien, "Dios", el nombre de Dios, distingue entre el artista y el inventor del velo, por un lado, y un recamador, por otro. Ambos son hombres, si entendí bien, seres humanos, y más bien hombres, no mujeres. Pero no hacen obra de la misma forma. Su forma es otra. Como su manera, sus manos, su mano de obra y el lugar de su obra: en el interior, dentro del secreto, para el artista o el inventor, y casi en el afuera, en la entrada o en la apertura del tabernáculo para el recamador, que permanece en el umbral. Y para los que así están obrando, velo, cortina, drapeado, no es nada menos que la morada de Dios, su morada, su *ethos*, su estar ahí, su estancia, su alto por venir: "Para mí harán un santuario. Habitaré en su seno."[4] El Que habita ahí, en ese *ethos*, y ese Quien es también un Que, como un Tercero, es la Ley, el texto de la ley.

– Aquí, aquí mismo donde estamos.

– …hacia donde nos vamos…

– … ese lugar hacia donde vamos, si bien entiendo, sería otra cosa, aun cuando la inquietud siga siendo distinguir todavía entre el santo y el santísimo. ¿Renunciarás alguna vez a esa inquietud?, a esa inquietud que Hegel, en la tradición de un Pompeyo, al que tan bien supo comprender, nunca aceptara en el fondo, cuidadoso como era, y con razón, distinguir entre el secreto de los judíos y el misterio de los dioses de Eleusis?[5] Pensar esa inquietud, fue tam-

[4] Trad. A. Chouraqui:
"Pour moi ils feront un sanctuaire. J'habiterai en leur sein."

E. Dhorme:
"Et ils me feront un sanctuaire et je demeurerai au milieu d'eux."
"Y me harán un santuario y permaneceré en medio de ellos."

L. Segond:
"Ils me feront un sanctuaire, et j'habiterai au milieux d'eux"
"Me harán un santuario, y habitaré entre ellos."

[5] La consecuencia ha sido analizada en *Glas* (Galilée, 1974), por ejemplo en torno al siguiente pasaje (pp. 59-60): "Mas ese lugar y esa figu-

bién atravesarla, entumercerla con la verdad, ir hacia otra cosa y acabar olvidándola. Nunca un saber absoluto se conformará con esa única separación, a saber que en el lugar velado del Totalmente Otro, nada se presente, que no haya ahí Nada que sea, nada que esté presente, nada que esté en presente.

– La verdad, si es necesaria, y si aún tiene apego a ella, parece sin embargo esperar. En la sericicultura antes del veredicto, otra figura …

– ¿La sericicultura, quiere decir la cultura de la seda?

– Paciencia, sí, la cultura del verme de seda, y la paciencia incomparable que exige de un criador, el sericicultor. Aquí hacia donde vamos, antes de que caiga, pues, el veredicto, al término de este tiempo que no se parece a ninguno, ni siquiera al fin de los tiempos, otra figura trastornaría completamente la historia, incluso el sentido de la palabra "historia": ni una historia de velo, de velo a levantar o a rasgar, ni la Cosa, ni el Falo o la Muerte, desde luego, que de golpe se dé a ver, en un último golpe de teatro, en el instante de una revelación o de un develamiento, ni un teorema envuelto con una mortaja o de pudor, ni *aletheia*, ni *homoiosis*, ni *adaequatio*, ni *Wahrheit*, ni *Enthüllung*, ni *Unverborgenheit*, ni *Erschlossenheit*, ni *Entdecktheit*, ni *Übereinstimmung*, ni pudor, alto o reserva de la *Verhaltenheit*, sino otra figura infigurable, más allá de cualquier santo sudario, el secreto de un rostro que ya no es ni siquiera un rostro si es que el rostro cuenta la visión en una historia del ojo. Esperar sin horizonte, pues, y alguien que uno conoce demasiado, yo por ejemplo, por qué no, mas habiendo regresado de tan lejos, de tan abajo, vivo o muerto, esperar el otro que viene, que viene a desconcertar el orden del saber: ni conocido ni desconocido, demasiado conocido pero extranjero de pies a cabeza, aún por nacer. Será el fin de la historia en ese sentido. Veredicto: fin del fin de

ra tienen una estructura singular: ella encierra su propio vacío en sí misma, sólo abriga su propio desierto interiorizado. No abre sobre nada, no encierra nada, sólo contiene como tesoro la nada: un hueco, un espaciamiento vacío, una muerte. Una muerta o un muerto, porque, según Hegel, el espacio es la muerte, y este espacio es también de una vacuidad absoluta. Nada detrás de las cortinas. De ahí proviene la sorpresa ingenua del no-judío cuando abre, cuando se le permite abrir o cuando viola el tabernáculo, cuando entra en la mansión o en el templo, y que después de tantas vueltas rituales para acceder al centro secreto, no descubre nada –sólo la nada. Ni centro, ni corazón, un espacio vacío, nada.
Se deshacen las bandas, mueve las telas, corre los velos, abre la cortina: solamente un hueco oscuro o una mirada profunda, sin color, sin forma y sin vida. Ésa es la experiencia del poderoso Pompeyo al llegar al término de su ávida exploración: 'Si ninguna forma (*Gestalt*) se ofrecía a la sensibilidad (*Empfindung*), por lo menos se le tenía que dar a la meditación, a la adoración de un objeto invisible, una dirección (*Richtung*) y una limitación (*Umgrenzung*) que contuviese ese objeto – Moisés se los dio en la forma del Santo del Santísimo del Tabernáculo, y ulteriormente del Templo. Pompeyo se sobrecogió de sorpresa al acercarse al lugar más íntimo del Templo, del centro (*Mittelpunkt*) de la adoración y, en él, a la raíz del espíritu nacional, con la esperanza de reconocer el alma viviente de ese pueblo excepcional en su centro y de percibir un ser [una esencia, *Wesen*] que se le ofreciera a la meditación, algo que fuese pleno de sentido (*Sinnvolles*) para proponérsele a su respeto, y al entrar en el secreto [la intimidad familiar y secreta, *Geheimnis*] frente al espectáculo último se sintió mistificado (*getäuscht*), y encontró lo que buscaba en un espacio vacío (*in einem leeren Raume*).'*

la historia, todo volverá a comenzar, sin una mortaja con la que se sepa qué hacer. A menos que no sea –disminuida. Basta ya de herencia, sueña tu carabela, a menos que una herencia se anuncie otra vez, y no se espere en este instante, en este punto del veredicto.

– Ni tú mismo te lo crees. Te advierto, no te saldrás con la tuya, aun cuando el veredicto sea favorable, a saber negativo. Al menos, por lo que muy prontamente denominarías "aporía", a saber que de todas maneras, pues bien, el velo se leve. *Es o bien o bien*. O bien el velo sigue siendo velo, por lo tanto destinado a levarse conformándose así con su propio movimiento (y el rasgado no cambia nada, en el fondo), o bien tú quieres deshacerte de él sin deshacerlo, como lo pretendes desde hace un instante, entonces se leva o se quita otra vez, lo dejas volverse a levar, intacto o rasgado, y ello viene a ser lo mismo. Dos relevos, pues, uno que al ya no depender del otro mas *porque* depende del otro, *para* depender del otro. El uno se guarda del otro. El uno hacia el otro. Para el otro. ¿Sabrás interrumpir eso? Quieres acabar con el velo, y sin duda acabarás, pero sin acabar con él. Acabar consigo, es él. Es él, eso, el mismo en uno. En ese mismo lugar en el que acabarás con él, te seguirá, siempre. Por eso, lejos de ser un velo entre otros, el ejemplo o la muestra, una mortaja resume la esencia del velo. Entonces, no dejas de temblar desde tu partida hacia el otro lado del mundo. No tiemblas por la partida, tiemblas frente a lo que te espera, a ti, al regreso…

– No, porque he aquí que ya no se trata de mí, justamente, sino de lo que nosotros aquí llamamos el veredicto. Un veredicto aún desconocido por una falta indeterminada, todos los perjurios del mundo, las blasfemias, las profanaciones, los sacrilegios, hubo tantos. De todas maneras, yo estoy perdido. Mas aún, yo quisiera que ello me sucediese y perderme *así*, no de otra manera. Puesto que el tiempo de ese veredicto, si pudiera por fin abrir una nueva era, lo siento tan paradójico, torcido, retorcido, a destiempo, que sólo podrá imitar la casi-resurrección del año nuevo sellando para siempre el "tan tarde, demasiado tarde", en lo que no será ni siquiera una conversión tardía. Un "tan tarde, demasiado tarde, *sero*" (la vida habrá sido tan corta), una tardanza de la que me lamento, lamentándome yo mismo lamentarme de él, acusando, *Klagen*, *Anklagen*. ¿Pero a quién, ante quién este lamento? ¿Bastaría con poder responder a esta pregunta para que, al instante, el lamento ya no tenga lugar de ser? ¿Es a Dios? ¿Es aun al Cristo que mi querido e incorregible Agustín finalmente dirigió su "demasiado tarde", "tan tarde" cuando hablaba con la belleza, *sero te amaui*, *pulchritudo tam antiqua et tam noua*…? "Tan tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva …", o más bien, porque *ya* es tarde, "tarde te *habré* amado…" Un futuro anterior se envuelve en el pasado, puesto que "tarde" por lo demás siempre quiere decir, es una tautología, "muy tarde" y "demasiado tarde". No hay tardanza en la naturaleza –ni en la cosa misma, ni por lo general en lo propio. "Tarde" se dice con antelación en el comparativo, o en

el superlativo absoluto, "tarde" siempre quiere decir "más tarde que…" o "demasiado tarde, absolutamente". Antes y mucho antes del tiempo objetivo, antes de todo saber métrico a su respecto, antes y antes bien que constatar la cronología de lo que sea, "tarde" evalúa, desea, lamenta, acusa, se lamenta –y suspira después del veredicto, tan tarde, muy tarde, demasiado tarde, simplemente (*ateknos*), siempre llega el tiempo de amar. Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo.

Sero te amaui, pulchritudo tam antiqua et tam noua, sero te amaui! et ecce intus eras et ego foris et ibi te quaerebam et in ista formosa, quae fecistis, deformis inrueban. Mecum eras, et tecum non eram.[6]

Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo.

→ **¿Cierta cirugía del ojo, la contaremos aún como otra historia de velos?** Conozco a Hélène Cixous, la conozco, noten el presente improbable de ese verbo, desde hace más de treinta y tres años, pero, desde siempre sin saber. La conozco desde siempre sin haber sabido nunca lo que ella *confía* aquí, en *Sa(v)er*, a saber –y esto sería, una hipótesis floja, la revelación del día, la revolución de una confesión (*aveu*) por fin desarmada–, que ella no veía: durante todo ese tiempo habrá sido miope, en verdad casi ciega (*aveugle*).[X] Ciega a simple vista (*à l'oeil nu*) hasta el día de una operación, que fue ayer. Antes de ayer todavía era ciega a simple vista, entiéndase ciega cuando no llevaba sus lentes, sus propios lentes, lentes apropiados o "lentes de contacto", expresión que me gusta traducir, en memoria de una cierta *Entrevista en la montaña*, por "*contact lens*".[7] Lo

[6] *Confesiones*, X, XXVII. ¡Muy tarde te amé! / ¡Oh belleza tan antigua y tan nueva, Muy tarde te amé! / ¡He aquí que estabas dentro y yo afuera, / Ahí te buscaba! / ¡Y sobre la hermosura de las cosas que has hecho, / Desgraciado, me apresuraba! / Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo.

[7] Al menos por tres razones. – Por el nombre de *Lenz*, claro. Al principio de *Gespräch im Gebirg*, Celan lo invoca. "Pues el judío, ya sabes, no tiene nada que le pertenezca verdaderamente, que no sea fiado, prestado y no devuelto, así que se fue entonces y se vino, se vino por el camino, por el hermoso, el incomparable, se fue, como Lenz, por la montaña, él, a quien habían dejado vivir abajo, donde le corresponde, en las partes bajas, él, el judío, se vino, se vino" (trad. José Luis Reina Palazón, *Diálogo en la montaña*, *Obras completas*, Editorial Trotta, 1999, p. 483).

– Luego en razón del nombre *Klein*, otro nombre propio en seguida renombrado por Celan, y que también fue el de la madre o el del abuelo de Hélène Cixous. Como si el nombre de Paul Celan hubiese encontrado, según la necesidad poética de un tiempo que creo incuestionable, el nombre de Hélène Cixous: "A su encuentro [al de *Lenz*] vino su primo […] al encuentro del otro, Grande [*Gross*] vino hacia Pequeño [*Klein*], y Pequeño [*Klein*], el judío, hizo callar su bastón ante el bastón del judío Grande [*Gross*]."

– Por último, y sobre todo, esta historia de primos hermanos (*Geschwisterkinder*) también se cuenta como una historia de ojos, de tejido y de velos: "Pero ellos, los primos hermanos, demos quejas a Dios (*Gott sei's geklagt*), no tienen ojos (*keine Augen*). Mejor dicho: sí tienen ojos, pero delante hay un velo suspendido, no delante, no, detrás, un velo movible (*ein beweglicher Schleier*); apenas entra una imagen queda suspendida en el velo (*im Geweb*) y en seguida acude un hilo (*ein Faden*) que se teje (*der sich da spinnt*), que se entreteje envolviendo la imagen, un hilo del velo (*ein Schleierfaden*); se teje envolviendo la imagen y engendra un niño con ella, mitad imagen, mitad velo (*halb Bild und halb Schleier*) (*ibid.*, p. 484).

que Hélène Cixous acaba de confiar aquí, también lo *confiesa* (*confesse*), sin duda, por lo tanto lo *admite* (*avoue*). Mas, primera virtud en el abismo de ese *Saber*, la falta que ella admite, ya era una confesión (*un aveu*), una "*postura de confesión (aveu)*" en la cual ella (que casi nunca usa el "yo" para ella) hasta aquí había vivido y visto sin ver, y sobre todo, sin saber que un día, gracias a una cirugía imprevista del ojo, ella vería, vería sin aún saber lo que vería, y lo que ver quisiera decir. Otros juzgarían que por medio de esta confesión, esta confesión de confesión en el momento de ver, ella alza el velo de una miopía que fue a la vez una falta y un velo: "*La miopía era su falta, su lazo* (*laisse*), *su velo natal imperceptible*".

– ¿Cómo puede un velo mantener en lazo (*tenir en laisse*)? ¿"Lazo", qué quiere decir cuando se habla de un velo?

– Ese es todo el asunto, cada palabra cuenta. Agarra, toca, jala, como un lazo, afecta y a veces rasga la piel, hiere, penetra bajo la superficie epidérmica, lo que un velo nunca hace cuando sólo vela la vista. *Sa(v)er* podría leerse como un poema del tacto,[8] canta el ver en los lindes de la caricia "*sin intermediario, sin los lentes de no-contacto*":

"La continuidad de su piel y de la piel del mundo, el tocar pues, era el amor, y ése era el milagro, la donación. ¡Ah! La víspera ella no sabía que los ojos son las manos milagrosas, nunca había gozado del delicado tacto de la córnea, de las cejas, las manos más poderosas, esas manos que tocan imponderablemente los aquí cercanos y lejanos. No sabía que los ojos son los labios sobre los labios de Dios."

Al recordar que la ceguera la ponía "*en postura de confesión (aveu)*", y que "*era la primera en acusarse*", ella confiesa su confesión. Se arrepiente de

[8] La "técnica", la cirugía de nuestra época, mi suerte y mis amigos. Nada de eso hubiese podido suceder, sucederle, ni sucederme, hace sólo diez años atrás. Si Hélène Cixous recobró la vista, a Jean-Luc Nancy que recibió como herencia otro corazón, le había dedicado un texto, *Le toucher*, y que comenzaba así, después de algunas frases:

"[...] La pregunta del día, si se quiere. En derecho, viene a la luz del día antes del día. Viene al mundo antes del día. Ella ve la luz del día, podría decirse, *a priori*, viene, en vísperas del día, a velar sobre el día. Y aun habré perdido el derecho de decir, *stricto sensu*, que *me* vino, a mí, como si así viniera *de* mí, puesto que de la única manera que ha podido sucederme es siendo tanto *dicha* como *tocada*: por el otro o al otro, para el otro –venida a mi desde otro. Primero, mira al otro. He aquí la pregunta:

"'¿Cuando nuestros ojos se tocan, es de día o de noche?'

"En ese entonces intentaba explicarme, con una paciencia presta para lo infinito, el tiempo de la experiencia misma: ¿veamos, unos ojos pueden lograr tocarse, primero, apretarse como labios? ¿Con qué superficie del ojo comparar los labios? ¿Cuando dos miradas se miran en los ojos, puede uno decir que se tocan? ¿Se afirmará, en primer lugar, que se ven? Si acaso ven algo más bien vistoso que visible, una mirada y no ojos, por lo tanto no ven nada que se vea, por lo tanto se hunden sombríamente lejos de toda visibilidad. ¿En ese instante, es pues de día o de noche? ¿Si uno contesta que es 'la noche', no se podría decir, que en la constancia de esa relación que los mantiene juntos, se tocan como ciegos? ¿Ella me objetaba, la pregunta, o yo me objetaba, yo mismo, a mí mismo: a menos que de esa manera no empiecen a escucharse, pero precisamente [...]." *Le toucher, Jean-Luc Nancy* , Éditions Galilée, 2000.

la confesión pasada como si fuera una primera falta. De la experiencia de la ceguera, la confesión era parte. Formó parte, una primera parte, un primer acto, de su ceguera (*aveuglement*). La propia confesión fue su falta, ésa fue la sentencia, ése el juicio, otro veredicto, y milagrosamente contemporáneo del que me espera, el fallo de un texto que resulta ser, a la misma vez, el más inocente, por lo tanto, pero también el más sabiamente calculado: saber infinito que se deja ir a sí mismo en una operación, saber que sabe perderse a pesar de estar infinitamente calculado desde el título, *Sa(v)er*, y no calculado para jugar de su fuerza o para mostrarla, sino con miras a desjugarla en la ofrenda.

– En efecto, juego a mi vez con las letras, incluso con las sílabas de ese título, *Sa(v)er*. En una palabra como en tantas palabras, algunas parecen visibles, otras audibles, en una madeja de pedacitos de palabras de todo tipo, un nombre, *el saber*, un verbo en infinitivo, *saber*, un pronombre (demostrativo), *ça* (eso), un adjetivo (posesivo), *sa* (su), signos de puntuación, homónimos y apóstrofos invisibles, *S'avoir* (tenerse), todo esto se convierte aquí, aquí solamente, en las frases de este texto, en el cuerpo único de una palabra inaudita, mucho más que una palabra, la gramática de un sintagma en expansión. Una frase suspendida que mueve sus alas al nacer, como la mariposa de verme de seda, sobre el capullo, a saber el poema. Desde esa altura, el móvil de una firma repleta de alas ilumina así el cuerpo del texto…

– un poco como el faro de un helicóptero suspendido, inmóvil y zumbador, el proyector en vuelo que mira hacia abajo, un faro monocular que vigila el veredicto por venir…

– a ras del cuerpo del texto sin el cual no sería nada, ni siquiera hubiese nacido, una vez más. El cuerpo del texto, del irremplazable poema titulado *Sa(v)er*…

– ¿Por qué irremplazable? ¿Debe uno ceder así al elogio, como a una ley del género?

– No. Nada más ajeno a mi preocupación que el elogio, en este momento en que, desde tan lejos, hablo, y la evaluación. No, este irremplazable proviene, por supuesto, de su acto poético, pero ahí donde se deja también dirigir, retener, nunca dejándose soltar, del lazo de un referente, de un evento, de la *operación*, que justamente ya no dependió más de ella (ella fue operada, de ninguna manera operadora), cierto accidente, y tan peligroso, que tuvo lugar para ella solamente, y sólo una vez. El instante de esa operación irremplazable, la suya, esta vez la poética, a su vez habrá entallado la lengua con un láser. Habrá enternecido, quemado, mojado, luego descuartizado la vieja-nueva lengua francesa, la lengua bienamada, de la cual somos, nosotros, los herederos pero también los ladrones, los usurpadores,

los espías, los agentes secretos, los colonizados colonizadores, los artesanos, los tejedores sombríos, en el fondo de sus talleres, pues ella nos debe todo, la lengua francesa, ella a quien nosotros debemos aún más, en el momento de comprometernos con ella, a saber...

– Su confesión de confesión da a leer. De golpe da a pensar, a soñar con una evidencia: esta vigilancia preoperatoria es lo que habrá llevado un inmenso corpus poético, el que yo creía conocer y que sigo creyendo que aún no ha sido leído. No ha sido reconocido en este siglo, habrá sido ignorado, sobre todo en este país, por razones que, explicitadas, revelarían todo lo que en este siglo, y sobre todo en este país, *se prohíbe*. Antes de esta confesión de confesión, mi amiga ciega me había disimulado esto, que no veía nada, nada sin cristales ni lentes, ella, a quien considero, y no data de hoy, la más vidente de los poetas, en quien leo el pensamiento previsor, la profecía en la lengua, en más de un idioma dentro de la lengua francesa. Cuando nosotros sabemos, ése es nuestro secreto, lo que quiere decir perder su latín.[XI] No me había dicho el secreto de todos sus días, yo no lo había visto, ni visto venir. Y sin embargo, lo que ella declara hoy no tiene nada que ver con la revelación o el develamiento. Este evento pertenece a otro espacio, sucede según un orden diferente, ese orden al que también pertenece eso que llamo *el veredicto*. No es ni una tela rasgada, ni una cortina levantada, ni un velo hendido...

– ¿Pero se atrevería a pretender que no sigue tendiéndose entre el santo y el santísimo?

– ¿Quién sabe? Quizás hay que atreverse, en efecto. En cuanto al veredicto suspendido de esa manera, lo que uno debería arriesgar siempre dependerá de un "quizás". La novedad fulgurante de este día mantiene –o tiende. Hacia no sé qué, y aún no sé hacia quién. Pero tiende y tiene de lo que sin duda sabía sin saber. Lo esperaba sin saber: por lo tanto, dirán algunos, sin esperarlo. Sí, un poco como el tiempo-estrecho que me separa de ese veredicto, la sentencia esperada, temida, esperada al finalizar el viaje a América Latina, al regreso de Buenos Aires, de Santiago de Chile y de São Paulo. Allí donde no se sabe nada del porvenir de lo que viene, antes de echar los dados, o más bien, del tiro de revólver en la sien al instante de una "ruleta rusa". ¿Entonces qué? ¿A qué se parece ese re-comienzo sin precedente si es que todavía espera un retorno? Resurrección no es la palabra correcta. Ni la primera ni la segunda resurrección de las que me hablan san Pablo y san Agustín.

→ **La demasiada evidencia, mi edad, en efecto**: saber demasiado, bastante, evidentemente, de la verdad a la que tanto usted se apega (*tient*), la verdad como historia de velos. Qué fatiga. El agotamiento. Las pruebas fatigan la verdad, decía Braque, más o menos. Por eso me fui tan lejos a esperar el veredicto, en el trópico. De san Jacobo a san Pablo. Quizá con miras a no regresar. Pero "fatiga" aún no quiere decir nada en este caso. Como el "como si" de hace un momento. Aún no sabe de qué "fatiga" estoy hablando. El agotamiento de esa fatiga recibirá su sentido mañana, quizá, de la verdad que lo engendra y cuando se entienda lo que quiere decir, para alguien como yo, en este momento en que sueña con escribirlo en español, una de sus lenguas ancestrales olvidadas, desde la parte más recóndita del mapa del mundo, lo que quiere decir **estar fatigado**, *sí*, **fatigado de la verdad**, eso es, fatigado como la verdad, agotado de conocerla, desde hace mucho tiempo, esta historia de velo y todos sus pliegues, explicaciones, complicaciones, explicitaciones de sus revelaciones o develamientos. Si supiera cómo me siento fatigado de esas revelaciones y develamientos, cuánto soporto, cuán mal los soporto cuando se trata, no solamente de abrir sobre esto o sobre aquello, sino sobre el velo mismo, un velo debajo del velo, como la cosa misma a desenterrar. Mira, es demasiado vieja para mí, tan vieja como yo, esa verdad. Puesto que mi vejez se mide con respecto a la edad de ese velo, tan joven como sigo siendo, y verde e ingenuo. Estoy cansado, cansado, cansado de la verdad como también de la verdad como no-verdad de un estar ahí, de un *Dasein* que está "cada vez en la verdad y la no-verdad (*in der Wahrheit und Unwahrheit*)"[9] "co-originariamente en la verdad y la no-verdad",[10] en el descubrimiento y el recubrimiento, el develamiento y el velamiento (*Enthüllung/Verhüllung*), la disimulación o el retiro (*Verborgenheit*) y el no-retiro (*Unverborgenheit*) de la apertura (*Erschlossenheit*), cansado de esta oposición que no es una oposición, de la revelación como velamiento, *viceversa* (*Wahrheit/Unwahrheit, Entdecktheit/Verborgenheit*) como *a fortiori* de todos sus pretendidos derivados, tales como la verdad en tanto que el acuerdo, la concordia o la correspondencia adecuada (*Übereinstimmung*) *and so on, und so weiter. Et passim.*

Ve, tiene que entenderme, y saber lo que es estar cansado, en este caso, estar cansado de una figura y de su verdad, de una estrofa, de un tropo y de los pliegues de la susodicha verdad cuando juega con tantos velos. Lasitud infini-

[9] *Sein und Zeit*, por ejemplo, pp. 222 y *passim*.
[10] *Ibid.* Por ejemplo, pp. 229 y *passim*.

ta, qué le puedo decir, quiero acabar con ella. Protesta, atestación, testamento, última voluntad, manifiesto contra la mortaja: no quiero escribir más sobre el velo, me escucha, a ras del velo o con respecto a él, en torno a él o en sus pliegues, bajo su autoridad o su ley, en una palabra ni sobre él ni debajo de él. Con otros *Schleiermacher* de todo tipo usé y abusé de la verdad –como no-verdad, desde luego, claro, *et passim*, y de la revelación y del develamiento como velamiento, desde luego, en tantos y tantos idiomas. Vaya a ver si miento.[11]

Fed up with veils and sails. ¿De dónde me viene otra vez, y de qué distancia la fuerza del deseo de volver a comenzar de partir de muy lejos para acabar y precipitar el veredicto? ¿Precipitarlo sin fin? ¿Precipitar su inminencia hasta el fin de los tiempos? El velamen habrá vestido toda mi historia; y los velos de todos los sexos, los velos de todo género, más amplio que cualquier velaje de mis textos que, sin embargo, no han hecho otra cosa más que intentar envolver esos velos a su vez, y embolsarlos, de meter toda la historia de nuestra cultura como un pañuelo de bolsillo en un bolsillo. Pero con miras a poner otro pañuelo más por encima: más grande y más pequeño que todo, derramando lágrimas más allá del ser, salvo -

– ¿Salvo qué? ¿Salvo quién? No te dejas ya ni siquiera el derecho de pretender que "velo" aún te disimula algo, y que sólo te bastará acabar con el velo para tener acceso a esta otra Cosa misma, esa Causa, salva e intacta. Lo único que lograrías sería repetir la escena a la que tú te das aires de querer decir adiós, tomándonos de esta manera como testigos, desde tan alto y desde tan lejos…

[11] Queja y acusación. *Klagen Anklagen*. Yo me quejo de mí mismo conmigo mismo, y quiero liberarme por fin, es mi única excusa. Confesión, impudor e impudencia. La fatiga y el desgaste, es aquí la cosa misma. Ella es uno solo con la cosa misma de la que nos quejamos. ¿Cómo puede uno quejarse en contra de la cosa misma? ¿Qué Causa sería ésta? ¿Cómo se puede depositar una queja como ésa, y tomar la fatiga del desgaste como lo que se deposita? Hay que *saber* la cosa misma, esa cosa así llamada (la cosa *misma*, *meismo*, con el fantasma de la posibilidad, el fantasma de poder y de posesión que se esconde en su raíz, *metipse*, de la ipseidad misma). Pero también hay que *saber*, y primero que nada, que la cosa misma siempre se anuncia como lo que puede estar detrás del velo transparente, translúcido y opaco: la cosa misma *detrás* del velo o la cosa misma cuyo fantasma es en sí mismo efecto de velo, mejor decir, la *cosa* envelada como *causa velada* – de la desnudez, del pudor, de la vergüenza, de la reserva (*Verhaltenheit*), de la ley, de todo lo que esconde y muestra el sexo, del origen de la cultura y de la susodicha humanidad en general, en suma de lo que une el mal, el mal radical, al *saber*, y el saber a la confesión, el saber-confesar al saber confesado.

Como la fatiga del desgaste se va depositando o deponе aquí su queja suspirando en contra de todo ese discurso, en verdad en contra de la matriz de ese discurso, debe renunciar a todo pudor, a la cortesía más elemental.

De eso me autorizo, en mi gran cansancio (créanme, vean, muy grande), para remitir a algunos de mis textos aún penelopeanos a aquellos y aquellas que quieran ver si miento cuando digo que ya he escrito bastante sobre el velo, a su respecto, temáticamente, inagotablemente, y tejido a ras del velo, por ejemplo en todos los textos sobre Heidegger, lo que no deja de ser significativo, en *La diseminación* (primero en *La farmacia de Platón* que empieza con el *istos* o el tejido del textil, y sobre todo en *La doble sesión*, corto tratado del velo, del himen, del ala o del párpado, etc., y corto tratado en "verso" (*ver*), es decir, jugado según la sílaba, el vocablo o las letras "ver", el "verso" versificado o vitrificado, expuesto en vitrina en todos sus estados), en *Espolones*, enterrados en los "velos de todo género", y en *Glas*, *La tarjeta postal*, *Con un tono apocalíptico …*, *Memorias de ciego*, etc. Hacia dónde encaminar mis pasos hoy, ésa es la pregunta de este viaje.

– Salvo que se necesitaba que ya otra cosa fuera tramada, otra cosa que no sea esta vieja tan vieja historia de velo, esta agotadora, inagotable historia agotada que dejo detrás de mí, que me persigue, una historia que yo sabía, una historia que habría sabido hacer muy bien. Demasiado bien, ésa es la falta, comenzar a hacer demasiado bien …

– Agotamiento, ésa es la única palabra que te viene a la boca. El agotamiento no sólo recuerda el agua y los pozos de la verdad, también evoca la fosa, la chimenea, el pozo de mina, el hueco (*puteus*), es decir, si se les cree, lo que un velo siempre está destinado a disimular, en el lugar de la Cosa misma. Por lo tanto, no es tu agotamiento lo que te salvará del velo…

– Pero yo no estoy para nada agotado, yo mismo soy muy joven, como en la víspera de una resurrección que no ha dicho todavía su nombre. Todavía no me conocen por mi nombre. Sólo estoy fatigado del velo, es el velo el que está agotado por mí, *en mi lugar*. Me ha robado mi nombre. Finjo confesarme: por culpa de haber sabido hacer demasiado bien lo que ya comienza a bastar de velos de todo género, como si aparentemente el destino de la humanidad, de la susodicha humanidad que hubiese nacido con el pudor, la reserva, la *Verhaltenheit*, la desnudez, el saber-mal, el saber del mal, el árbol del conocimiento, el pecado, la caída o el *Verfallen*, el velo pues, como si el destino de la humanidad fuera otra vez a depender hoy de lo que mantiene un poder sobre las mujeres en cuanto al velo. Y no hablo solamente de una interpretación abusiva del Corán. San Pablo no tuvo nada que ver, habrá que volver a hablar de él, y lo que más admiro en Nietzsche es su lucidez en cuanto a Pablo. Salvo, pues, ya no sé qué, ni todavía quién, sino que se necesitaba al regreso del otro lado del mundo, y de la vida otra cosa, y que dató, esperada en su fecha, y singular como un veredicto absolutamente imprevisible, absolutamente, es decir, sin ninguna relación con la previsión, por lo tanto con la vista. Cuestión de vida o de muerte, pero que se decide de otra manera que rasgando, reventando, alzando, plegando, desplegando algo como un "velo". Esta venida debería de venir de otro lugar, en su fecha, como una operación del otro, confiada al otro, en la mano del otro, a diferencia de las prótesis, cristales, lentes y otros lásers…

– ¿Pero, de qué vuelven a ocupar otra vez el lugar, esas viejas prótesis? En resumen, estaríamos saciados de ellas, *bastante* hartos (*satis*, saturación, sátira, etc.), si entiendo bien, hartos en suma de heredar, o lo que es lo mismo, de dejar en herencia. En cuanto a heredar, una sola pregunta hoy, no veo otra: a saber si –y con qué derecho, al comienzo y al final del derecho– saber si tú proseguirás, sobrevivirás, perseguirás, cazarás, te encarnizarás, a saber si, y con qué derecho a fin de cuentas, tú sobrecargarás a los demás, convertidos en los "tuyos", con tu propia muerte, el luto de tu cuerpo en cenizas o

sepultado, con tu propia mortaja hasta el final presumido de los tiempos. Como siempre lo habrá hecho, ya, alguien.

– Romper con ese Uno sin dejar rastro, ni siquiera un rastro de partida, ni siquiera la marca de una ruptura, ésa es la única decisión posible, ése es el suicidio absoluto y el sentido primero que puede haber en dejar vivir al otro, dejarlo ser, sin ni siquiera contar con el más mínimo beneficio de ese retiro del velo o de la mortaja. Ni siquiera querer una desaparición sin mortaja y por fuego, no lejos de la Tierra del Fuego. Ni siquiera dejarles mis cenizas. Bendición de aquel que se va sin dejar una dirección. Ya no serse más ni tenerse, ésa es la verdad sin verdad que me busca en las sínsoras del mundo. Hacer su luto de la verdad, no hacer de la verdad su luto, y el luto de la ipseidad misma, pero (o por lo tanto) sin llevar ni tampoco hacer llevar a nadie el luto, y sin que la verdad misma nunca sufra por ello, quiero decir, la verdad en sí, si la hubiera.

→ **Textil, táctil, talit: arrancar mi talit de toda historia del ojo, del robo de la usura absoluta.** Pues después de todo: antes de la experiencia de lo que queda por verse, mi tejido de referencia no fue ni un velo ni una tela, fue un chal. Un chal de plegaria que me gusta más tocar que ver, acariciarlo todos los días, besarlo sin ni siquiera abrir los ojos, o aun cuando permanece envuelto en una bolsa de papel, en la que meto la mano por la noche con los ojos cerrados. Y no es un vestido, el talit, aunque uno lo lleve sobre sí, a veces a ras de la piel. Es como otra piel, aunque no es comparable con ninguna otra piel, con ningún vestido posible. Ella no vela o esconde nada, no muestra no anuncia ninguna Cosa, no promete la intuición de nada. Antes del ver y el saber, antes del pre-ver y del pre-saber, ella se lleva en memoria de la Ley. Aún habría que, para eso, verla de otra manera, tenerla para sí, tenerse (*s'avoir*) esta piel, y bien verla: "Será vuestra franja, *la vuestra*, y cuando la *veáis*, os acordaréis de todos los mandamientos de Yahvé, los ejecutaréis..."[12] Cuando no se lee la lengua original, uno se pierde rápidamente en las traducciones (velos,

[12] *Números*, XV, 39, trad. E. Dhorme. (Por supuesto, soy yo quien destaca)
*Ce sera votre frange, **à vous**, et quand vous la **verrez**, vous vous souviendrez de toutes les ordonnances de Iahvé, vous les exécuterez...*

franjas o vestido, luego fimbrias, pezuelos, extremidades). "Será vuestra franja, *la vuestra,* y cuando la *veáis*...", dice Él, u otra traducción: "Cuando *tengáis* esa franja, la *miraréis*..." o también: "Es *para vosotros* en forma de franja. La *veréis*, / y memorizaréis todos los mandamientos de

adonai

I h v H, y los cumpliréis."[13]

Habría entonces ahí, a la vista, a la *vuestra*, ("veréis", "miraréis"), una apropiación ("la vuestra", "tengáis", "para vosotros"), una toma de posesión. Pero se trata de la propiedad (del para sí) de lo que en el fondo no pertenece y sólo está ahí como recordatorio de los mandamientos. Esta venida a uno del chal, puesto que cada hombre tiene su talit, es una condición necesaria para ver el chal (la " veáis", esa franja, la "miraréis"), pero sólo con miras de uno recordarse de la ley (Será *vuestra* franja, la *vuestra*, y cuando la *veáis*, os acordaréis –de la ley: seréis recordados de la ley por el para-sí del chal). Como si cada uno descubriera su propio chal a su propia mirada, y a ras de su propio cuerpo, pero sólo con miras a escuchar y recordarse de la ley, de *recordarse* a ella o de *recordársela*.[XIII] Por lo tanto hacer más u otra cosa, a través del recuerdo, que "ver". Cada vez se firma el secreto absoluto de un chal –que ciertamente puede, en el momento de la plegaria, dicen los preceptos, prestarse pero no intercambiarse, y sobre todo no convertirse en propiedad de otro.[14] El secreto del chal envuelve un solo cuerpo. Se puede creer que ha sido tejido *para* ese único cuerpo, incluso *por* él del que parece emanar, como una secreción íntima, pero no es tanto por engendrarlo de esa manera en lo más cercano posible de sí, sino por ya haberlo abierto o hecho nacer en la palabra divina que lo habrá precedido. Ya que una secreción, se sabe, es también lo que separa, discierne, disocia, disuelve el vínculo, se apega al secreto. Se dice "el chal mío" únicamente para obedecer al mandamiento de Yahvé. Y empezar preguntándose: ¿quién soy, yo, que ya he dicho "heme aquí"? ¿Qué es el en sí? (*Qu'est-ce que le soi?*)

El chal mío. El mío fue blanco primeramente, completamente blanco, solamente blanco, virgen y sin esas rayas negras o azules[15] como las que se im-

[13] Trad. L. Segond, *op. cit.*
"Quand vous aurez cette frange, vous la regarderez..."
Trad. A. Chouraqui, *op. cit.*
"C'est pour vous en frange. Vous la verrez, / et vous mémoriserez tous les ordres de

adonai

I h v H, et vous les ferez."

[14] "Se permite ocasionalmente tomar el Talit de otro para rezar, aun a sus espaldas, y decir la bendición por él, pues se admite que por lo general a la gente le gusta que los mandamientos se cumplan con algo que es de ellos, cuando no les cuesta nada. Pero no se le puede sacar de la casa en donde ha sido colocado..." *Kitsur Shulján Aruj*, Rabi Salomon Ganzfried. XII

[15] En *Números* (XV, 37-39), podemos leer:
"Iahvé parla à Moïse, en disant: "Parle aux fils d'Israël et tu leur diras qu'ils se fassent une frange aux pans de leurs habits durant leurs générations et qu'ils placent sur la frange du pan un fil de pourpre violette, ce sera votre frange, à vous..." (trad. E. Dhorme, *op. cit.*)

Yahvé habló a Moisés, diciendo: "Habla a los hijos de Israel y les dirás que se hagan una franja en los remates de sus hábitos durante genera-

primen, me parece, sobre casi todos los talits del mundo. Fue en todo caso el único talit blanco de toda la familia. Me lo dio el padre de mi madre, Moisés. Como signo de una elección ¿pero por qué? ¿Por qué a mí? Digo que *fue* blanco porque con el tiempo se puso un poco amarillo. No sé por qué, después de haber abandonado la casa de El Biar donde lo había dejado, mi padre me lo tomó prestado durante algunos años. Es cierto que él tenía todavía ocasión de ponérselo, él, y que le hizo cruzar el Mediterráneo en el momento del éxodo. Después de su muerte, lo volví a tomar como si lo hubiese heredado una segunda vez. Casi nunca lo llevo puesto (¿es ésta la palabra correcta, *llevo*? ¿Lleva uno una cosa como ésta? ¿necesita ella ser llevada? ¿no lleva ella antes bien de ser llevada?). Pues, ya no lo llevo puesto. Sólo pongo mis dedos o mis labios, casi todas las noches, salvo cuando viajo a las sínsoras del mundo, pues como un animal me espera, muy bien escondido en su escondite, en la casa, nunca viaja. Lo toco sin saber lo que hago ni lo que pido entonces, sin saber sobre todo a quién me encomiendo, sin saber a quién doy gracias. Pero para saber por lo menos dos cosas –que evoco aquí para los que son ajenos (escuchen la paradoja: más ignorantes que yo, más ajenos que yo) a la cultura del talit, esta cultura del chal, y no del velo: la *bendición* y la *muerte*.

La *bendición*: primero, por ejemplo, el día del Gran Perdón (y la etimología de la palabra kipur se entreteje, parece, con todo el léxico del talit), un padre puede así bendecir a sus dos hijos –no a la hija: las hijas, las mujeres y las hermanas no se encuentran en el mismo lugar de la sinagoga; y de hecho no tienen el talit; y pienso en ese pasaje de *Deuteronomio* (XXII, 5) en el que se dice, un poco antes de la prescripción de "cordones en los cuatro ángulos [o extremidades] del velo con el que tú te velas [o del vestido con el que te cubrirás]", que la mujer no llevará hábito de hombre, ni el hombre vestido de mujer puesto que el que hace eso es una abominación para "Yahvé, tu Dios".

ciones y que coloquen sobre la franja del remate un hilo de púrpura violeta, será vuestra franja, la vuestra...

adonai
"I h v H dit à Moshé pour dire: / 'Parle aux Benéi Israël et dis-leur : / «Qu'ils se fassent une frange / aux pans de leurs habits pour leurs cycles. / Qu'ils donnent à la frange du pan une tresse d'indigo...»'." (trad. A. Chouraqui, *op. cit.*).

adonai
"I h v H dice a Mosheh para decir: / 'Habla a los Bené Israel y diles: / «Que se hagan una franja / en los remates de sus hábitos por sus ciclos. / Que den a la franja del remate una trenza de índigo...»'."

En el tratado talmúdico *Julin* (88b y 89a), leemos: "Además, Rabá dice: Para recompensar el decir de nuestro padre Abraham: 'ni un hilo, ni una correa de sandalia' (*Génesis* 14, 23), Abraham recibe dos mandamientos: el 'del hilo violeta púrpura' (de los *tzitzit*) y el de la 'correa de filacterias'. Porque en (*Deuteronomio* 28, 10) se dice: 'Y todos los pueblos verán que el nombre del Eterno está asociado al tuyo', y sobre esto hay una enseñanza: Rabí Meir dijo: 'Son [las filacterias] de la cabeza.' Pero, ¿y qué hay con respecto al 'hilo azul púrpura'? Se enseña: Rabí Meir dijo: ¿En qué el azul púrpura difiere de los demás colores? Porque el azul púrpura se parece al mar, y el mar al firmamento del cielo, y el firmamento del cielo al zafiro, y el zafiro al trono de Dios, porque se dice (*Éxodo* 24, 10): 'Contemplaron la divinidad de Israel y bajo sus pies algo parecido a la brillantez del zafiro', y después (*Ezequiel* 1, 26): 'Había una apariencia de piedra de zafiro, como un trono...'" XIV

En sus *Nuevas lecturas talmúdicas*, publicadas pocos días después de su muerte, Levinas interroga ese pasaje, entre otras cosas, para elaborar la problemática de "¿Quién es el sí mismo?" ("*Qui est le soi-même?*") ¿Qué es el "sí"? (*Qu'est-ce que le "soi"?*) ¿el "sí mismo"? (*le "soi-même?*) ¿el en "en cuanto a sí"? (*le "quant à soi"?*) (Minuit, 1995, p. 77 ss).

Ese padre, todavía lo veo, mas no lo veo, por definición, por situación, bendice a sus hijos, un día más grandes que él, levantando con los dos brazos su talit extendido sobre las dos cabezas. Más grandes que él, y tan grandes el uno como el otro, los hijos se asfixian un poco bajo la protección solemne, bajo el templo tan cercano, durante la interminable plegaria, en lo que se llamaba el "gran templo", una antigua mezquita en pleno barrio árabe, antiguamente judeo-árabe, una mezquita de estilo español que desde entonces ha vuelto a ser mezquita.

La *muerte*: luego, por ejemplo, ese mismo padre sepultado, como todos los hombres, en su propio talit. ¿Qué pasará con aquel que me dio mi abuelo, si no sabía lo que hacía cuando lo escogió blanco, y si me escogió para la selección de ese talit blanco? ¿La decisión todavía no ha sido tomada, no será la mía, las cenizas después del fuego? ¿la tierra? ¿la tierra virgen con sepultura en el talit blanco? Debería haber simulado dictar esa decisión, pero adrede, la dejé suspendida. Decidí que la decisión no sería la mía, decidí no dictar nada en cuanto a mi muerte. Así me entrego a la verdad de la decisión: un veredicto es siempre del otro. La vida siempre habrá sido demasiado corta, y alguien me dice, muy cerca de mí, dentro de mí, algo así como: "Se prohíbe ser viejo" (Rabbi Nahman de Braslav).

Si hubiese habido uno, me pregunto de qué color hubiese sido el talit de alguien que dijo: "soy la verdad y la vida, vine, no me vieron, soy la venida", etc., mucho tiempo después de que otro dijese, el primero: "heme aquí".

2

> ¡Algunos son a tal punto meticulosos que las conservan en un libro y las convierten en marcador de libro: puesto que una vez sirvieron para cumplir un mandamiento, qué con ellas sea cumplido otro mandamiento!

Santiago de Chile – Valparaíso, 29 de noviembre-4 de diciembre de 1995

→ **Falta o elección, un velo se lleva en señal de duelo**. ¡Acabas de volver a leer *Sa(v)er*, y éste por ejemplo! Lo que acaba de suceder, transformación de la voz, imprevista llegada del otro, es este evento: una cirugía del ojo, una operación de la mano, de una mano armada con un láser, por lo tanto, de cierto rayo luminoso, de Luz Amplificada por la Estimulación de una Emisión de Rayos (*Light Amplification by Stimulated Emission of Radiation*). Nunca lo olvidemos: en la caverna amplificadora o en la cavidad vibrante que engendra ese rayo, ya se han necesitado dos superficies de reflejo, dos espejos paralelos entre ellos y perpendiculares a los rayos. Dos espejos en paralelo se hacen eco, un eco de luz, *paralelamente*: uno al lado del otro. Antes de que la luz sea, antes de que el haz luminoso sea proyectado y bastante poderoso para cortar, por ejemplo, se habrá necesitado, como en la naturaleza, ese doble espejo a dos voces…

– Una pregunta de fondo, pero también de fondo del ojo: ¿qué es un láser? ¿Llegará el día en que alguien confiese haber sido circuncidado con un láser?

– Esta operación manual logra lo que se podría llamar un milagro del saber, ciertamente – y el autor de *Sa(v)er* habla a menudo de *milagro*,[16] porque

[16] – "*Ver-a-ojo-desnudo* era el milagro. […] y ése era el milagro, la donación. […] Y pensar que ese milagro solamente afectaba a los suyos […] –¡Pronto, milagro!, gritó. ¡Pronto, milagro!, gritó. ¡Detente! ¡Lentamente, milagro!, gritó."

lo extraordinario de todo esto toca al ver–, un prodigio del ojo producido por la tecnociencia, pero sólo para dejar ver en ella, en Hélène Cixous, en el fondo de la alegría de su ver, en el corazón de su visión sobrevenida y no devuelta (puesto que anteriormente nunca había sido), ahí hay un duelo. En el fondo del ojo devuelto, el duelo. *De ella* tenemos que *aprender*, es decir, un saber y una noticia: enterarnos por ella que la visión del ver, del suyo, de la suya desde su origen estuvo en un duelo de lo invisto. Esta operación tuvo que pagarla con una perdida. Esta operación engendra por lo tanto el opus, a saber, el poema que nació de ella y que aquí mueve sus alas. Ese poema festivo deja vibrar en él un canto de duelo –y su celebración un deplorar. Como si, en vez de haber tenido otrora, antes de todo, que perder la vista, lo que en el fondo jamás le sucedió, ella acabara hoy, en el instante del láser, y por primera vez, de perder de repente lo invisto. Como yo, pero de manera muy distinta, hace su duelo del velo (yo quisiera incluso terminar con el duelo, ella quizás ya lo haya logrado). Dice:

Fue entonces cuando, al sentir el aguijonazo de un duelo inesperado, se estremeció: ¡pero si estoy perdiendo mi miopía!

[…] Ya había llegado la hora de los adioses crueles y tiernos al velo que ella había maldecido tanto.

"Por fin ya puedo amar mi miopía, ese don al revés, puedo amarla porque va a acabarse." Había caído en un estado de adiós.

El duelo del ojo que se convierte en otro ojo: "¡Nunca más volveré a ser miope!"

Y como siempre cuando se trata de los grandes ciegos, la conciencia de la elección estremece la palabra. Ella sacude la raíz de cada palabra, da la fuerza de reinventar la lengua en su veredictum inaudito. Una bendi-maldición escoge para la genialidad a este ilustre linaje de poetas proféticos cuya huella no hace mucho me esforzaba en rastrear, a través del ojo, del duelo y abuelo de las *Memorias de ciego*: Homero, Milton, Nietzsche, Joyce, Borges. La hubiese inscrito entonces sin pensarlo, y como la única mujer, en esta genealogía de la noche, si yo no hubiese estado sin saber, durante todo ese tiempo, durante estos treinta y tres años, que era casi ciega y me lo había escondido. Pues esta operación menos le ha devuelto la vista que la ha privado, por eso el duelo, de esa "maldición", de "esa miopía que la elegía y la colocaba aparte…", del "velo que había maldecido tanto".

Un estrecho, qué palabra. El mío y el suyo. Hablaba de mi Tierra del Fuego y mi estrecho de Magallanes, entre dos mundos, sin saber si regresaré en vida. He aquí que ella ya los ha cruzado, ella, y al recobrar la vista, se escucha *escuchando* y toca finalmente *al tocar*.

El escuchar primero:

La alegría del ojo sin brida: también se escucha mejor. Para escuchar hay que ver bien.

Ahora incluso sin anteojos escuchaba bien.

Pero mientras su alma desatada se abalanzaba, se formaba un impulso de descenso: al alejarse de su "mi-miopía", descubría los extraños beneficios que su extranjera interior le prodigaba "antes", y de los que nunca antes había podido gozar con alegría, solamente con angustia: lo inllegado de lo visible al alba, el paso por el no-ver, siempre hay un umbral, cruzar nadando el estrecho entre el continente ciego y el continente vidente, entre dos mundos, un paso marcado, venir del afuera, *un todavía, una imperfección, abría los ojos y veía el todavía, había ese movimiento de puerta que había que ejecutar para acceder al mundo visible* (cursivas mías).

Al tocar también aborda. En primer lugar, el "*velo natal*" que acaba de perder, lleva su duelo, y es una puerta, el duelo del velo es aún más grande que ella, como el duelo de su verdad, de su veridicidad, bajo el atuendo de los cristales o de los lentes:

Los lentes le parecían un fraude. Le decían: tiene unos ojos hermosos y contestaba: soy miope. No le creyeron: no la escuchaban. No sabían. Ella decía "la verdad". Des-mentía su rostro, sus ojos. Como si sus verdaderos... Como si sus falsos... Como si mintiese. Errancia, pestañeo de mentira. Dónde está la verdad. La miopía era su verdad.

Luego la mentira –dónde está la verdad. Por lo tanto, al privarla de "su verdad", de "la verdad", lo que el saber, lo que la tecnociencia del láser acaba de darle (el "milagro" como ella lo llama a menudo, y con razón, porque se trata de la admirable y admirativa facultad de admirar), fue menos el ver, también menos el escuchar que el tocar. Volvamos a leer, acaba de ver con sus "*propios ojos*", sin sus "*lentes de no-contacto*", sus propios lentes que aún le eran desconocidos:

...ella había visto con sus propios ojos el mundo, sin intermediario, sin los lentes de no-contacto. La continuidad de su piel y de la piel del mundo, el tocar pues, era el amor, y ese era el milagro, la donación [...] Acababa de tocar el mundo con sus ojos...

Gracias al duelo, por fin el fuego del Nuevo Mundo y tocar tierra.

→ **Transferencia y traducción del hombre de arena, a saber: un accidente siempre puede ocurrir.** La mano de Edipo, cirujano del ojo, hijo y heredero de otro cirujano del ojo, el autor de *Sa(v)er* sabe que, esa mano, podría verse tentada a reventar el ojo, tanto el suyo como el del otro. Puede olvidar, el hijo, ya le sucedió, acaba de sucederle, puede estar lo suficientemente distraído como para olvidar en el ojo un lente cuando no era necesario, o un grano de arena. El arcaísmo inmóvil del fantasma puede frustar con su anacronismo infinito todos los rayos láser del mundo. Puede que no se deje traducir en una era de la tecnociencia frente a la cual uno nunca debe de deponer las armas: el inconsciente nunca las depone. El inconsciente es mucho más poderoso que la todopoderosa técnica. Resiste a la traducción.

Que los vientos sean favorables a la traducción. En todo caso a la del antiguo mundo. Los velos de todo género pertenecen para siempre a los herederos de una sola lengua, a condición de que se las ingenien para que se multiplique en sí. La lengua *está ahí* o, si se prefiere, los velos del paladar. Y en la economía de la susodicha lengua francesa, lo que une la verdad a los velos. Literalmente, en la letra, en cada letra y en cada palabra.

En su verdad admitida, la traducción apuesta a una verdad ya recibida, una verdad estabilizada, firme y confiable (*bebaios*), la verdad de un sentido que, indemne e inmune, se transmitiría de una supuesta lengua a otra en general, sin velo interpuesto, sin nada que quede o se borre que sea esencial y resista a la travesía. Mas la trenza que aquí nos une a la palabra *verdad*, en la lengua que ambos heredamos, ella y yo, y cuya economía aquí mismo ponemos en obra a destiempo, esa única trenza encadena la misma palabra, lo verdadero de la verdad o la veridicidad del *veredictum*, no solamente a los motivos semánticos del velo (revelación, develamiento, desenterramiento, desnudez, pudor, reserva, alto, lo intocable de lo santo y de lo salvo, de lo inmune o de lo intacto, por lo tanto lo santo y lo sagrado, *heilig*, *holy*, la ley, la religiosidad de lo religioso, etc.) sino también, *in-disociablemente*, a todos los motivos formales y fonemáticos, a todas las consonantes y vocales afines, infinitamente numerosas: los velos, en masculimo y femenino, el saber (*savoir*) y el querer (*vouloir*), la verdad y lo verdadero del veredicto, la voz, las vías y el ver, el poder (*pouvoir*) y el deber (*devoir*), la venida o el "ven" o "heme aquí" (*me voici*) o "heme acá" (*me voilà*), y les dejo continuar sin fin. Es la misma trenza, pero in-finita. Todos estos vocablos se responden en *Sa(v)er*, esas palabras y muchas otras se repercuten sin fin a lo largo de un eco en cadena, en un haz de luz cuyo poder se acrecienta por los espejos que ella golpea de camino, ahí donde "*había vivido*", "*en la caverna de la especie*". La trenza de fonemas no siempre es invisible, pero primero que nada se da a escuchar, se anuda fuera de la vista, convirtiéndose de esa manera en cosa de la miopía o de la ceguera. Más sensible a los ciegos, permanecerá para siempre, como la trama de este texto, sépanlo, intraducible. Nunca nadie podrá exportarla fuera de la susodicha lengua francesa en su totalidad, en todo caso en su economía (tanto sentido, tanto en tan pocas palabras) ni tampoco fuera de su corpus en expansión y que no retorna. Nadie, ése es el reto, lo extraducirá de

la lengua que hemos heredado – que heredamos aunque o precisamente porque nunca será la nuestra. Debemos renunciar a apropiárnosla de otra manera que no sea para sacarla de sí misma, ella que ya no vuelve a sí y que tampoco reconoce su filiación, ni sus hijos, ni su idioma.

No perdamos el hilo, ni uno solo, decía aquélla, esa otra, no olvidemos, Penélope. Un hilo recorre esa trenza, uno que ella nunca pierde, el más fino, el de la V que, con su punta afilada hacia abajo, hilvana su genio a través de *Sa(v)er*. No es un fonema *velar*, hermosa tentación, sino uno *labial*. Ese poema canta la consonante labial. Hélène Cixous canta el saber de los labios. En hebreo, la lengua se dice el labio. Y esta cura de la ciega es un milagro de los labios. El tocar de *Sa(v)er* es un tocarse con los labios:

¡Ah! la víspera aún no sabía que los ojos son las manos milagrosas, nunca había gozado del delicado tacto de la córnea, de las cejas, las manos más poderosas, esas manos que tocan imponderablemente los aquí cercanos y lejanos. No había sabido que los ojos son los labios sobre los labios de Dios.

Apenas se pueden contar[17] las V de *Sa(v)er* mas los labios hacen lo que dicen. Tejen, secretándola, una túnica irremplazable de consonantes, una túnica casi invulnerable a la que nada falta, salvo, precisamente, una palabra, como designio.

[17] Sólo indico, desde el principio hasta el final de *Sa(v)er*, la recurrencia de vocablos con la letra V que a veces se repiten, doy una sencilla lista acumulativa, siguiendo el orden lineal en que aparecen: *saber (savoir), velo (voile), veía (voyait), podía (pouvait), frente a (devant), confesión (aveu), ves (vois), rostro (visage), venir (venir), deberías (devrais), ciego (aveugle), debía (devait), venía (venait), siguiente (suivant), llegar (arriver), privada (privée), vio (vit), invisible (invisible), viva (vivante), he aquí (voilà), ciudad (ville), intervalo (intervalle), habían (avaient), velillo (voilette), pobres (pauvres), sabía (savait), desveía (mévoyait), ver (voir), vivir (vivre), reservaba (reservait), verdades (vérités), descubrimientos (découvertes), vano (vain), usted (vous), vieras (vites), sabíais (saviez), gravemente (gravement), cita (rendez-vous), noticia (nouvelle), vencer (vaincre), lo invencible (l'invincible), vivo (vivant), vivido (vécu), caverna (caverne), venido (venu), derramado (versé), venas (veines), he aquí (voici), tener (avoir), poder (pouvoir), convertirse (devenir), tenía (avait), evento (événement), vidas (vies), visto (vu), vinieron (vinrent), reserva (réserve), levantan (levent), levantar (lever), ven (viens), visibles (visibles), visión (vision), lentes (verres), vista (vue), víspera (veille), labios (lèvres), venía (venait), vidente (voyante), violenta (violente), volver a encontrar (retrouver), equivalente (équivalente), invisto (invu), invención (invention), vida (vie), antes (avant), tiene (avez), verdad (vérité), visibilidad (visibilité), advenir (advenir), irreversible (irreversible), rápido (vite), rebelaba (révoltait), vanas (vaines), venas (veines), malvenida (malvenue), develada (dévoilée), hacia (envers), acabar (achever), liberado (délivré), atornillamientos (vissements), vanos (vaines), descubría (découvrait), antes (avant), viendo (voyant), veía (voyait), virginidad (virginité), vivía (vivait), videncia (voyance), salvada (sauvée), saben (savent), vería (verrait), enero (janvier), orillas (rives), conmovía (bouleversait), retornaría (reviendrait), revelada (révélée), levantuba (levait), quiere (veut), querer (vouloir)...* Quizás haya omitido algunos. Pero ¿qué está fabricando ella, en ese "fabric", en esa tela? ¿Qué está fabricando con esa V? ¡Imaginen a alguien que quisiera traducirlas, traducir la trama y la cadena de esa V! ¡Le deseo suerte y valor a ese nuevo tejedor real! Pues aquella traducción siempre fracasa si renuncia a allanarse a esa alianza de los labios y del sentido, del paladar a la verdad, de la lengua a lo que ella *hace*, ese único poema.
Imaginen además un pergamino, las demás palabras, las palabras sin V hubiesen sido quemadas, las vuelven a inventar, hacen otras oraciones, quieren *saber*. ¿Qué sucedió? ¿Qué sucede? Todo es posible, y la traducción no se encuentra excluida, pero se necesita otra economía, otro poema. Se podría tomar tal fragmento de *Messie* (Éd. Des femmes, 1996, pp. 142 *ss.*) como una traducción poética de *Sa(v)er*. A menos que no sea lo inverso. Es otra versión, otro poema, infinitamente diferente y gemelo por lo tanto, casi contemporáneo, dados la operación, el "milagro" y el duelo que nombra.

¿Salvo qué palabra? ¿Y falta verdaderamente? ¿Quién puede estar seguro? Todas las consonantes labiales, todos los movimientos de los labios, no sólo deben ser contados, no basta con acumular la estadística, hay que allanarse a la necesidad de lo escrito donde éste vuelve a silenciarse (leer dos veces, con los ojos y en voz alta, varias veces, como aquí, de esta manera, en distintos tonos). Hay también que dejarse llevar por el sentido, según el azar destinal de esa lengua única. Hay que *Sa(v)er*. Está hecho, dado, firmado. Por un movimiento de labios, ciertamente. Mas también, y para que los labios por fin se tornen visibles y tangibles, para que se toquen, para que no sean solamente porta-voz o porta-palabra, ella firma con un movimiento de labios que se separan al tocarse, en el hiato o la boca abierta de un extraño silencio.

Omitida, pues una palabra ha sido omitida, bien digo omitida, sin duda alguna omitida a designio, no se menciona *la* vela. ¿Significa eso que no está la vela? ¿Que *Sa(v)er* la ignora? No, *Sa(v)er* sabe ignorarla con su docta ignorancia. Hay una homonimia espectacular, tiene curso en francés, solamente en francés, aún mucho más ortográfica que entre "*soi*" (sí) y "*soie*" (seda): entre "*voile*" (velo) y "*voile*" (vela). Esta homonimia que se borra cuando se pluraliza, "*les voiles*" (los velos, las velas), cuando se tornan indefinidos, "*quelque voile*" (algún velo, alguna vela), esa homonimia con la que se puede jugar como la diferencia de géneros, es decir, el sexo en la gramática, ésa es la única posibilidad, como han podido admirar, que *Sa(v)er* no pone en obra. A menos que sólo piense en ella. "*La voile*" (la vela), ésa es la única posibilidad que un *Sa(v)er* no exhibe. No la despliega *explícitamente*, ése es todo el asunto, todo el arte del tejido y del trenzado que la tradición cree deber reservar a las mujeres. Este asunto puso a soñar a cierto Freud, cuando precisamente no estaba muy lejos de admitir el fantasma e incluso la "idea fija", con respecto a un pudor femenino justamente, más femenino, de hecho femenino y que viene a "disimular" (*verdecken*) una cierta falta del pene (*Penismangel*). Si entonces soy la presa de un fantasma o de una "idea fija" a ese respecto, confiesa el hombre, puesto que se trata también de una confesión, "me encuentro naturalmente indefenso" (*natürlich wehrlos*), desarmado, sin arma.

[Famosa e inagotable escena penelopeana la que se juega en ese texto, ya que es además un *texto* sobre la *Feminidad*... (¿Sería abusivo reconocer en él la matriz lógica de todos los teoremas lacanianos sobre una libido que sería solamente masculina, sobre un falo que, a diferencia del pene, no pertenece a ningún sexo, sobre la castración, y la verdad, y el velo y la causa?) La referencia freudiana a un trenzado (*Flechten*) o a un tejido (*Weben*) sigue muy de cerca el enunciado según el cual "sólo existe una libido", pero que sirve a dos funciones sexuales, tan es así que no le podemos asignar ningún sexo, a menos que, añade Freud, confiando demasiado en la equivalencia convencional de la actividad o la virilidad, se le llame masculina. Pero no se puede olvidar jamás, precisa ella otra vez, que esa libido implica "la predilección por metas pasivas". En todo caso, si rigurosamente se puede evocar una libido

masculina, insiste Freud, no hay ningún sentido ni ninguna justificación para hablar de una "libido femenina". Después de esto, y con cierta prudencia, alegando imputaciones, verdades comunes, pero también la necesidad de distinguir entre la función sexual y la disciplina o la educación social, sucesivamente Freud evoca la frecuencia de la frigidez femenina, el desarrollo del narcisismo femenino [Psyché, diríamos, o la mujer del espejo incorporado: ¡el láser, ver más arriba!] y sobre todo el pudor (*Scham*) considerado por excelencia como una propiedad femenina. En esos dos últimos casos, a los ojos de Freud, no se puede dudar de la causa: "envidia del pene", envidia del pene les digo, indemnización tardía de una inferioridad sexual "originaria", maniobra con miras a disimular (*verdecken*) un "defecto de los órganos genitales". El metalenguaje freudiano recurre entonces a las figuras opuestas de disimulación o velamiento (*verdecken*, *verhüllen*), por un lado, a la del descubrimiento (*Entdeckung*, *Erfindung*), por otro lado, siempre con miras a analizar los motivos que llevarían a la mujer a inventar, descubrir, develar –y disimular. Se tiende a pensar sin duda que las mujeres han contribuido muy poco a la historia de la civilización con sus "descubrimientos e inventos" (*Endeckungen und Erfindungen*). Sin embargo, ellas han descubierto (*erfunden*), puesto al descubierto una "técnica", la del trenzado y la del tejido. ¿El motivo inconsciente de ese "descubrimiento"? Disimular, velar un "defecto de los órganos genitales". Por lo tanto *descubrieron con miras a velar*. Develaron la manera de velar. En verdad, si miramos más de cerca, por encima del hombro de Freud, ellas *no* descubrieron *nada*, lo único que han hecho es imitar, puesto que la Naturaleza, la dama "Naturaleza", al hacer crecer un vello pubiano en la madurez, ya había "dado", dice, un modelo, un paradigma (*Vorbild*) para lo que en suma sólo fue una "imitación" (*Nachahmung*). Ese vello pubiano ya esconde, disimula, vela (*verhüllt*) los órganos genitales. Para esta "técnica" femenina, sólo un "paso" era aún necesario: lograr mantenerlos unidos los unos con los otros, entrelazar los hilos y las fibras (*Fasern*) que se encontraban plantados sobre el cuerpo a ras de la piel, enredados, embrollados, enfurtidos (*verfilzt*).

¿Quién autoriza a Freud a hablar aquí, en contra de la lógica de su discurso, de una "técnica"? ¿Se trata aún de un arte o de un artificio, de un descubrimiento, esta supuesta "técnica" que lo único que hace es inventar la manera de imitar a la naturaleza, y en verdad de desplegar, de explicitar, de develar un movimiento natural de la naturaleza? ¿y de develar un movimiento que consiste en sí mismo en velar? ¿de descifrar una naturaleza a la que, como sabemos, le gusta cifrar(se), *phusis kruptesthai philei*? Esta "técnica" rompe menos con la *phusis*, más bien la prolonga al imitarla, confirmando quizá de esa manera, una cierta animalidad de la mujer, hasta en sus artificios. (Y si una *tekné* nunca rompiera con una *phusis*, si lo único que hiciera fuese diferirla cuando de ella difiere, ¿por qué entonces reservar esa naturalidad animal a la mujer?) Una mujer tejería de la misma manera que un cuerpo secreta para sí su propio textil, como un gusano, pero esta vez como un gusano sin gusano, un gusano preocupado sobre todo por disimular en sí su no-ser. Lo que la mujer quisiera velar, según Freud, que claro está, no

menciona aquí el animal, es que ella no tiene el gusano que quizás es. (No sé qué se puede hacer con este dato, pero en alemán se dice *Fasernackt* para "desnudo como un gusano" o "en pelotas".) La conclusión de Freud que ya cité merecería un análisis interminable. Toma como testigo a su destinatario: "Si rechazan esta ocurrencia [como un fantasma fantástico, *als phantastisch*], y si me imputan como una idea fija (*als eine fixe Idee*), la influencia de la falta de pene en la conformación de la feminidad, me encuentro entonces naturalmente desarmado (*natürlich wehrlos*)".[XV] Freud menciona el arma (*Wehr*). No está, no podría estar sin la verdad de lo verdadero (*wahrlos*, si se prefiere) sino sin arma (*wehrlos*) y naturalmente "naturalmente" (*natürlich*) desarmado, vulnerable, desnudo.

¿Qué retener de esa retórica? ¿qué concluir de esa última hipótesis en forma de confesión ficticia? Al menos esto: el fantasma puede ser en ese caso un arma (*Wehr*), el arma un fantasma. Y sin discutir sobre el fondo de las cosas (donde el asunto de fondo y del fondo sin fondo permanece intacto), propongamos un protocolo o una premisa para cualquier discución eventual: no debiesemos excluir que en lugar de oponerse sencillamente o de excluirse mutuamente, tanto la verdad (a ser develada) como el fantasma y el arma estén en el *mismo costado*. En vez de tener que escoger entre dos costados, y tener que partir por en medio, deberíamos saber desenredar estando en el borde de ese mismo costado, en un costado de ese mismo costal (el hombre la mujer) cuando ese costal puede convertirse siempre en una cota de mallas o en una cuenta aproximada. Tendríamos que desenredar, desenmarañar, desanudar antes de oponer la ausencia a la presencia: del Pene, del Falo, de la Cosa o de la Causa detrás del Velo.

En contrapunto a *La feminidad*, a esa "Nueva conferencia de introducción al psicoanálisis", aconsejaría que se leyera o se volviera a leer *Là*.[18] Hélène Cixous trata a su manera poética y pensante, tocando con sus manos y sus idiomas, todos estos grandes temas. Puedo citar sólo algunas frases de lo que es en verdad algo más que un contrapunto; pero sólo para incitar a leer todo, porque citar no es leer, pues no basta con recordar los innumerables velos de *Là*, "los niños con los rostros velados",[19] la multiplicidad equívoca o la duplicidad envuelta de los sexos ("¿Y debajo de las sábanas quién sabe qué sexos se arrullan, se enturbian?"),[20] también tendríamos que desplegar los in-

[18] Hélène Cixous, *Là*, Gallimard, 1976 (réédition Éd. Des femmes, 1979)

[19] *Ibid.*, p. 132.

[20] *Ibid.*, p. 131.

numerables pliegues de una réplica a *ese* Freud, al de la equivalencia madre = *materia* = Madeira = *Holz* = *hyle*, etc., que no es otro que el Freud del *Penismangel* y el del seudodescubrimiento del tejido:

[...] ¡Madeira!

Ella exhibe su contenido primario, sus coronas de velos, de hojarascas, sus abrigos vegetales, y torna posible e inevitable el trabajo de las lenguas que la cubren de palabras de amor. Que elaboran las materias de las cuales está hecha de todas las formas técnicas, filiales, artísticas, lingüísticas, como su encanto apresurado lo sugiere, precisamente,

Misteriosamente, lo impone.

Como si el porvenir estuviera inscrito ahí. Frente a ella, casi visible. Y sin embargo ya inscrito en todas sus lenguas.

Y además todo lo que se escribe bajo el título "*Ser su mariposa*" ("*Hacia la cama de heno, de terciopelo, de heno fresco zumbando hacia la cama bisexual...*"),[21] y luego el descubrimiento de la vista prevista en el opus veinte años antes de la "operación", cuando "tu mirada" también significa la mirada del otro en la mía, que te veo y me ves, y que puedes verme también verte verme, en el doble espejo anterior a todos los rayos láser:

[21] *Ibid.*, pp. 147-148, 193-194.

¡Vengo! ¡llego! ¡estoy a la vista de ti, y al verte, veo! ¡Nunca antes había visto nada, los soles salían para nada!

¡Tu mirada! ¡Tu mirada! ¡Oh desnuda![22]

[22] *Ibid.*, p. 201.

Y en fin por el sin-fin, esta réplica de *L'Amie de l'abîme*:

A menudo su abismo se convierte para ella en un arma para luchar en contra del perseguidor [...]

En verdad, el abismo le es tan natural como el parentezco con el infinito. Es en sí misma una mezcla de borde, de abismo y de salto en lo infinito. Pero de un salto femenino natural.

¿Cómo salta una jovencita? Sin cálculo, sin medida, sin abismo, sin preparativos. Antes tomemos como ejemplo los saltos de la Doncella [...] .

El jinete se ve perdido.

(Tenemos que preguntarnos sobre quién la joven montura va a saltar. Cualquier mujer habrá adivinado que el león no es otro sino el figurante del Maestro de la Reprimenda. Véase su Introducción al Psicoanálisis)." [23]

Podríamos decir que éste es el gran arte de *Sa(v)er*: no mencionar *la* vela, reserva y pudor, detenerse ahí, saber no abusar, saber mantener en reserva lo que sería demasiado visible, y *callarlo*, otra manera de velar, de velar su voz. ¿Podríamos hablar de una voz velada, de una voz velada incluso en el canto y también en el grito? *Sa(v)er*: preferir la disminución, en un *callarse* de la *reticencia*, a saber, esa figura de retórica que consiste en decir más silenciando que siendo elocuente. Los velos de Tristán e Isolda, Hélène Cixous ya los ha celebrado en otros textos,[24] los velos en femenino. Sí, está la nube de los "*párpados*", también un "*velillo*" (*une voilette*), en *Sa(v)er*, una femenina "bruma velada", pero no las velas tomadas al viento, las velas de la navegación, las velas del vuelo con velas, las velas de las carabelas. Aunque es cierto que sí están las alas: "*... los demás tenían sus alas completas*". Y sabemos de ese saber que hay que contar con la ausencia, que no es cuestión de contar las presencias y las ausencias. No hay tablas para poder estimar, ni regla para calcular ese saber.

→ **Todos mis sobrenombres, tengo tantos y tantos: a lo que aquí doy el nombre de talit, mi talit, el mío propio**, no es un velo, ni una vela – ni un paño, es un chal de plegaria.

Es único. Creo que nunca le hablo pero es único, lo sé y él lo sabe sin que tenga que decírselo, que es único. Tampoco habla pero podría, ambos los sabemos.

Unión y alianza con lo impronunciable. Mi talit no tapa todo mi cuerpo y me deja vulnerable. Le pertenezco y lo habito antes de que reinvindique su propiedad. Quizá me dé en secreto, no lo sé, techo o protección mas, lejos

[23] *Ibid.*, pp. 227-228.

[24] De todas partes viene a su lengua, aspirada por el mismo soplo del poema, una flota de velas negras y blancas, negras y blancas, blanco/negro, una flota aunque siempre la misma vela. Sólo cito algunos ejemplos de las últimas publicaciones.

"A diferencia de mí, otros han muerto por una vela que debió de haber sido blanca. La camisa que me habías prometido ponerte el domingo debió de haber sido blanca, mi amor, pero era negra. Fue un error.

"¿Qué? ¿Por una camisa? No. Juro que no. Nadie moriría por una camisa, ni por una vela ni siquiera por una carta. ¡Morir por una vela es una traición tal!". *Beethoven a jamais ou l'existence de Dieu*, Ed. Des femmes, 1993, pp. 24-25.

O también, en el mismo libro, está la canción de *La traición* (inocentada, si fuera posible o necesario, por lo sublime del silencio o de la confesión velada por la gracia de un callarse que sabe decirse o hacerse escuchar sin traicionar):

"El rozar de un dedo – el sol se apaga – Cortado – Cortadura de fe – Un dedo. Una palabra. Una falsa. Un error óptico. En vez de ver se cree ver. Y ésa es la vela blanca negra.

"Cuando soy traicionada, no sé si soy traicionada por trapacería o por traición, o por mi misma. [...] Nunca hubiese podido creer que un día vería negra la vela blanca entre nosotros..." (*ibid.*, pp. 210-214) "Un avión estaba pasando, me arrojé a su vientre, la sangre se derramaba de mis alas [...] Esto no es una lamentación. Es una confesión: casi traiciono a mi amor [...] Nunca nadie lo sabrá [...]." El otro: "–Desde que te vi verme, huí de ti." (*ibid.*, pp. 229-233).

de asegurarme alguna cosa, me recuerda a la herida mortal. Al hacer que me acuerde de esa manera, todo en él convoca el "Uno", el "una sola vez", el "para uno solo". A diferencia de un velo, o por lo menos es lo que quisiera enseñar o decirme en mí mismo, ese talit se atiene al Uno de lo único, al evento singular cuya repetición sólo repite, ésa es la historia, el "una sola vez" de la Ley dada, los 613 mandamientos que componen la Ley (se dice que el valor numérico de la palabra que designa las franjas del talit, los tzitzit, es de 600, además de 8 hilos y 5 nudos, en total 613).

Antes de ocultarse a la vista como un velo opaco,
antes de dejar ver la luz como un velo translúcido,
antes de mostrar la cosa como un velo transparente,
antes de anunciarse a la mirada como un velo que deja adivinar, a través de la luz diáfana, la cosa y las formas que desposa,
antes que nada, mi talit se toca.

Decimos "antes de", "antes que nada", frente a todo, porque eso no significa que el talit y las franjas no tengan que ver sencillamente nada con la vista. Sencillamente, uno los ve y uno ve a través de ellos de manera distinta a lo que uno ve a través de un velo o detrás de un velo que hay que levantar.[25] Antes y ante el velo. Hablando estrictamente, esta cosa táctil no es *stricto sensu* un textil, todavía o ya más. Tampoco se lleva como una túnica sino que, en tanto que táctil, más táctil que visible, como cosa de ciego. En el mismo cuerpo o lejos del cuerpo. Cuando se lleva en el mismo cuerpo, el talit *se toca* como los textos santos de tefilín (filacterias). Algunas veces sobre, a veces debajo de la otra ropa. El que va debajo, es el que nunca tuve, el pequeño, como suelen llamarlo, y que se debería llevar puesto todo el día. Se puede dormir con ese pequeño talit, pero por lo tanto nunca lo he hecho. Si se duerme con el pequeño talit, no hay que bendecirlo al despertar. Pero la bendición del gran talit debe incluir entonces la del pequeño. En un libro que me dejó mi padre, descubro que sí, claro está, uno tiene que quitarse el talit para ir "al retrete", no hay que bendecirlo en el momento de volvérselo a poner, puesto que "ir al retrete" "no es una interrupción". También descubro que un talit debe ser conforme a la medida prescrita y sobre todo tejido con lana blanca de carnero.

Lana blanca de carnero: esta última recomendación parece capital.

[25] Quizá sea éste el momento de situar una alusión de Emmanuel Levinas a ese "enrejado" de franjas a través del cual una mirada se torna hacia Dios. Después de haber mencionado una irrectitud que esta vez va "más allá de la rectitud" y que conduce en la separación, hacia el Él en el fondo del Tú, Levinas anota: "Franz Rosenzweig interpreta la respuesta dada por el Hombre al Amor con el que Dios lo ama como movimiento hacia el prójimo. [...] Retoma la estructura que comanda un tema homilético del pensamiento judío: 'Haceos borlas y cosedlas con hilo violeta a la franja de vuestros vestidos', os recordarán 'todos los mandamientos del Señor' (Núm. 15, 38-40); en hebreo borlas se dice 'tsitsit', término referido en el antiguo comentario rabínico, llamado *Sifre*, al verbo '*tsouts*', una de cuyas significaciones, en el *Cantar de los Cantares* 2, 9 es 'observar' o 'mirar': 'Mi amado... mira por las celosías.' El fiel, al mirar las borlas que le recuerdan sus obligaciones, vuelve su mirada al amado que lo observa. ¡Tal sería el *vis-à-vis* o el cara a cara con Dios!". *De Dios que viene a la idea*, trad. Graciano González R. Arnaiz y Jesús María Ayuso Díez, Madrid, Caparrós Editores, Colección Esprit, 1995, p. 123. XXI

Para entenderla, hay que desanudar los hilos de otros textos o desenredar más prescripciones que las que aquí puedo descifrar. Porque ese punto puede ser discutido, o por lo menos ser controvertido. No estoy seguro de que mi talit sea de seda pura y "natural" (¿qué es la seda natural?), no creo que sea ni de lino ni de lana. De súbito me pongo a temerlo. Cuando uno tiene que conformarse con un talit de lino al que es imposible hacerle llevar franjas de lana, algunos insisten en que entonces hay que coserle extremos de cuero –piel en suma– y luego coser franjas de lana sobre esa piel animal. La imposibilidad, en verdad la prohibición de las franjas de lana en el mismo talit de lino, en ese caso, podría deberse a aquellas prescripciones del *Deuteronomio* (XXII, 2) que conciernen al carnero, al cordero, a la túnica del hermano o del prójimo. Como ya dije, creo, las mujeres no tienen talit, aunque no sé quién lo confecciona. En ese mismo pasaje del *Deuteronomio* –de *Palabras*, según la traducción de Chouraqui–, el siguiente verso prohíbe solemnemente a los hombres y a las mujeres, como una "abominación para Yahvé, tu Dios", intercambiar sus vestidos. Su "túnica", dice Chouraqui:

"*Effet d'homme ne sera pas sur une femme, l'homme ne vêtira pas une tunique de femme : oui, qui fait cela est en abomination pour*

adonaï

I h v H, ton Elohim."

"Efecto de hombre no será sobre una mujer, el hombre no vestirá una túnica de mujer: sí, el que hace eso está en abominación para

adonai

I h v H, tu Elohim."

En el momento de transcribir así esta transcripción, lo más fielmente que puedo, miro esas letras sagradas, esas sagradas letras, miro fijamente la sigla de esas consonantes: I H V H. Inmutable y móvil a la misma vez, sin posible permutación, la santa sigla nunca tiembla, nunca debería temblar. Sin embargo, tiembla, hoy, su orden hace temblar.

En cuanto al hecho de intercambiar la túnica con una mujer, ¿quién puede estar seguro de no haber estado nunca "en abominación"? Me temo que yo no.

Número con potencialidad de infinito, numerosas recomendaciones que conciernen los extremos y los agujeros del talit, las desgarraduras, los bordes, los ruedos, el anudamiento y el desanudamiento de las franjas: se necesitarían muchas páginas, volúmenes, un análisis imposible e interminable ya que todo análisis, todo desamarrar los hilos tiene primero que comparecer ante su ley. Ante las órdenes que ellos dan, ya que ordenan un don. Con el gran talit, el mío, del que ya hablé, uno se envuelve durante la plegaria. El mío, creo no haberlo llevado puesto desde hace casi medio siglo. Tampoco sé de qué está hecho. Pero ahí está. Tangible y cercano, aunque para poder entendernos bien nunca nos dirijamos la palabra. Cuando era joven alguna vez lo llevé puesto, cuidadosamente desplegaba la superficie

más grande, ampliamente. Nunca imitaba a aquellos que de vez en cuando lo enrollaban alrededor de su cuello como una bufanda de lana blanca.

Antes de cubrirse con el talit, en el instante de decir la bendición, lo que debe hacerse de pie y cuidando de que las franjas no arrastren por el suelo (entonces se deberían levantar y se podrían, se dice, meter debajo del cinturón), hay que examinar no sólo las franjas sino también los hilos en los agujeros y en los torcidillos. Sobre todo hay que analizar, deshacer los nudos, separar los hilos, impedir que se junten los unos con los otros. Pero con una sola condición: que esto no atrae la plegaria. Pues nunca se debe suplicar demasiado tarde o a destiempo, es decir, si bien entiendo, solo, suplicar solo, absolutamente solo –como aparentemente lo hago desde siempre, pero que, sin duda, es solamente una apariencia superficial. Esto es lo que prescribe el *Kitzur Shulján Aruj*, ese libro negro, completamente negro que me dejó mi padre: "Si se llega tarde a la sinagoga de suerte que al separar las franjas y examinarlas no se pueda suplicar con la comunidad, uno no tiene que examinarlas y separarlas." Imperativo categórico por lo tanto: no llegar tarde. Al menos para suplicar. No se debe hacer esperar a una plegaria, que por lo demás nunca se deja esperar, la plegaria viene antes de todo, antes de la orden, antes de la pregunta, antes de la respuesta, antes del diálogo, antes del saber, antes del "esto es" o el "¿qué es?" … no es ni cierta ni falsa decía hasta un filósofo griego. ¡Hasta un griego sabe eso! Así intento calcular el tiempo temible, el tiempo del veredicto que me espera, para estar en ese momento preciso a tiempo, aunque al "demasiado tarde", "tan tarde", la noche del veredicto le sea tan interior que desespero por borrarlo alguna vez, *sero te amaui*.

No sé de qué está hecho mi talit, decía, y más que nada de qué sustancia, natural o artificial. Se toca, aunque el tocar no permita concluir. Según la Toráh y los "Libros de los decisionarios", tal parece que, de oveja o de carnero, la lana sea de rigor.

"Lana": es de eso de lo que debe ser la tela, una tela animal, por lo tanto, y ayer todavía, en su origen, una tela viviente.

"Lino": está autorizado, en rigor, pero solamente cuando se está falto de lana y que es imposible hacer otra cosa. Entonces, como vimos, las franjas, ellas, deben ser de lana y cosidas en el cuero, por lo tanto sobre una piel animal, esa piel, ayer todavía, en su origen, viviente, de la que están hechos los cuatro extremos.

En cuanto a la "seda" (ya sea "natural" o "artificial"), los deberes son todavía más intrincados. Pues hay que distinguir la trama y la urdimbre. En efecto, si la urdimbre del talit es, como se debe, de lana, mientras que la trama es de algodón, de seda o "de algo análogo", o a la inversa, si la trama es de lana mientras que la urdimbre es de un textil (*stricto sensu*), seda o algodón, pues bien, en ninguno de esos casos aquel que teme a Dios bendecirá ese talit. Se dice en efecto que las franjas de lana permiten que uno se libere de esa prescripción pero solamente por una tela parecida. Lo que pa-

rece ser importante, después de la lana, después de la animalidad, es por lo tanto la *homogeneidad* del textil (en un sentido más general). No se bendecirá un talit de seda cuando lleve franjas de lana. En ese caso, primero hay que cubrirse con otro talit, un talit de lana, bendecirlo, y luego cubrirse uno mismo con su propio talit de seda. Pero, otra vez la homogeneidad, la bendición se autoriza si las franjas también son de seda, como el talit mismo. Mi *Kitzur Shulján Aruj* precisa entre paréntesis: "los tzitzit (franjas) de seda no son corrientes en nuestras provincias porque los tzitzit deben ser hilados teniendo en cuenta su destinación". Lo peor, como podemos ver, es la mezcla, en los tzitzit, de la lana y la seda.

En cuanto a la costura de los ángulos y a los hilos, sería otro libro. A diferencia de lo que se impone para el resto del talit y particularmente a las franjas, reina en este punto la ley de lo *heterogéneo* o de lo desemejante: un hilo de seda (o análogo) para un talit de lino; para un talit de seda, en compensación, se evitará el hilo de seda, y para un talit de lana, se evitará el hilo de lana. Lo mismo para el ruedo alrededor del agujero. Pero todo eso es cierto solamente si se cose con hilo blanco, ya que "con un hilo de color, afirma el mismo texto, no hay nada que temer".

¿He insistido bastante sobre lo que aquí me importa, a saber, lo viviente? ¿Qué es lo que en primer lugar ordena el imperativo categórico de la lana y del cuero? El pelo y la piel: el talit tiene que provenir de lo viviente, tomado en lo viviente y llevado por un viviente. Pero, más precisamente, y más tarde, tomado en lo muerto que alguna vez estuvo vivo, y para enterrar un día al muerto que hace poco era un viviente. Viviente, es decir, que habrá tenido alguna relación consigo mismo. Lo viviente, es la posibilidad de la auto-afección, del tiempo y de la tardanza: lo que, en la afectación de sí, hubiera podido tocarse.

– Es la segunda vez que hablas de imperativo categórico: hace un momento no había que llegar tarde (*sero*), ahora es la ley de la piel, la ley de lo viviente…

– Quizás se trate del mismo y estoy diciendo por qué considero, esos dos imperativos, insostenibles (aunque tú sabes el poco caso que hago de lo insostenible: pues es la posibilidad de la promesa misma – que debe poder ser insostenible y amenazadora, contrario a lo que dicen). Ésas son las hipótesis o los ensueños que aventuro aquí. El imperativo del pelo, de la lana y de la piel bien parece querer significar que, a diferencia del velo, de la vela y de la tela, un talit es en primer lugar animal. Como los filacterias: una piel a ras de la piel. Una piel que no proviene de cualquier animal viviente sino del carnero o de la oveja, del morueco, que conmemora de alguna manera una experiencia que se podría llamar sacrificante si la palabra sacrificio no fuera una traducción errónea para *Korban* (la proximidad, el acercamiento) y además una traducción que para colmo nos vuelve

a conducir a las culturas del velo. Un viviente lleva entonces lo viviente, un viviente se envuelve, hasta su muerte,[26] con lo que fue viviente ofrecido a un viviente, un mortal se envuelve con lo que habrá sido viviente y llevado a la muerte por los suyos, en sacrificio – o más bien según lo que se traduce como sacrificio. Si hay una "verdad" de ese chal, depende menos del alzamiento o del desplegamiento de un velo, de algún develamiento o revelación, que del evento único, el don de la ley y el "acercamiento" que convoca para sí. Aun traduciendo ese don de la Ley por Revelación, la figura del velo, la intuición y el movimiento de la visión cuentan menos que el tener-lugar del evento, la efectividad singular de el "una-sola-vez" como historia de lo único: la vez, la huella de una fecha y la fecha misma como una huella.

Sigo murmurando, protegido por la hipótesis: cuando la plegaria tiende a remplazar, en el "acercamiento", el sacrificio sangriento y la muerte de lo viviente, entonces el chal de plegaria, el talit y los tzitzit conmemorarían a la vez al animal privilegiado del sacrificio –la lana del carnero o del morueco, el cuero, etc.– *y*, para ir hasta el término escatológico de la historia, de un solo plumazo, el sacrificio del sacrificio, el fin del sacrificio en el acercamiento, su sublimación interminada y quizás interminable, el acercamiento del

[26] Como lo señalé antes: un talit podía convertirse en un sudario. Pero como no puedo evitar comparar (comparar ni más ni menos) el tiempo de lo que aquí llamo el Veredicto con el tiempo de los "Días terribles", entre el día del Año Nuevo y el día de la Expiación, tal como han sido interpretados por Rosenzweig, me conformaré con citar un fragmento de *La estrella de la redención*, solamente citarlo sobre lo que requeriría libros y libros de exégesis, y sobre todo cuando se sirve de una *analogía* para *traducir* el chal de plegaria en sus equivalentes griegos, clámide y quitón: "Durante toda su duración, una señal perfectamente visible da el tono fundamental de los Días terribles, es decir, lo que hace que ellos aspiren directamente a lo eterno en el tiempo para el individuo. El suplicante se reviste con su hábito mortuorio. Cierto, ya en la vida cotidiana, el instante en el que se reviste con el manto de plegaria –clámide o toga de la vestimenta antigua– recuerda el último vestido que se llevará y la vida eterna cuando Dios cubra el alma con su manto. Es por eso que ya cae en lo cotidiano y en el Shabat hebdomadario, como también de la Creación, un haz de luz que ilumina la muerte como corona y finalidad de la Creación. Pero el hábito mortuorio completo, que además del manto incluye el vestido –quitón o túnica–, no es vestimenta de todos los días; la muerte es simplemente la última etapa de la Creación, es sólo un límite, y la Creación no la ve como tal. Sólo la Revelación lo sabe, y lo sabe como su saber primero: el amor es fuerte como la muerte. Por eso, ya una vez en su vida el individuo lleva el hábito mortuorio completo: bajo el dosel nupcial, después de haberlo recibido, el día de la boda de las manos de su prometida." [XVII]

A menudo sueño con lo que puede pensar la enigmática "prometida judía" de Rembrandt (y la de Hélène Cixous*), con sus dos anillos y la mano sobre la mano del otro en el lugar del corazón. ¿Pronto irá a tomar el velo? ¿Un velo de luto, el velo de la novia o el velo de una religiosa, o, por el momento, el de una hermana en el siglo? ¿Qué hubiese pensado si hubiese leído la continuación del texto de Rosenzweig, por lo menos hasta el momento en el que habla del "hábito mortuorio" que se lleva "como un reto a la muerte"? ¿qué hubiese pensado, por ejemplo, de esto que sigue muy de cerca la alusión a la "prometida": "Sí, sólo el hombre necesita la Torâh como base consciente de su vida; cuando nace una niña, lo único que suplica el padre es poder llevarla bajo el dosel nupcial y a las buenas obras; puesto que la mujer ya posee esa base de la vida judía sin la necesaria y consciente renovación del 'estudio', estudio que en cambio es necesario al hombre, porque está menos enraizado en el suelo de la naturaleza [qué casualidad, esto parece recordar –o más bien anunciar, pues esta conferencia le es posterior, aunque es cierto que esos enunciados no tienen edad– *La feminidad* de Freud: la mujer más cerca de la Naturaleza, más enraizada en ella, para bien o para mal]; ¿no es precisamente la mujer quien, según un antiguo axioma de derecho, transmite la sangre judía? No es solamente el hijo de padre y madre judíos, sino también el nacido sólo de madre judía que es judío de nacimiento." (trad. A. Derczanski y J.-L. Schlegel, Le Seuil, 1982, pp. 384-385)

*_La fiancée juive – de la tentation_, Éd. Des femmes, 1995.

acercamiento infinito en la oración de la plegaria. (Según una sugerencia de Maimónides, el mismo Dios prefirió que no se pusiera fin de un solo golpe al sacrificio asesino,[27] y de hecho, eso toma tiempo –cuánto tiempo, Dios mío…). Quedaría por ver, si uno se atiene a esta hipótesis, en dónde inscribir una circuncisión en esta historia del talit. ¿Se trata otra vez más de un "sacrificio", "un acercamiento", y la atenuación, la tardanza, la moratoria infinita de mutilaciones más crueles? Pienso en todos los paños que envuelven el sexo del recién nacido circunciso al octavo día, como también a esa especie de sudario, completamente ensangrentado, en el que se puede enterrar la piel sacada. Una piel despegada, pero asumida (tomada sobre sí, alianza de piel flotante, una bufanda o un pañuelo), el talit se apega al cuerpo como una memoria de la circuncisión. Una circuncisión reservada al hombre, también. En el fondo es lo mismo, es el mismo y el ser en sí mismo. El mismo, ordenado a la orden dada del otro. *Ipse*, el poder mismo, y la ley, la ley del padre, del hijo, del hermano o del esposo, las leyes de la hospitalidad (*hospes, hosti-pet-s, posis, despotes, utpote, ipse*, etc., "el misterioso" – *pse* de *ipse*, se asombra ingenuamente Benveniste).[28]

Pero nunca. Hasta el fin, jamás, a pesar de lo que suceda: en ningún caso, cualquiera que sea el veredicto al término de un "*journey*" tan temible, nunca se desprende uno de un talit. Nunca, en ningún momento se le debe echar ni rechazar. Sobre todo, no se debe maltratar las franjas, aunque se hayan tornado inservibles; "Algunos son a tal punto meticulosos que las conservan en un libro y las convierten en marcador de libro: puesto que una vez sirvieron para cumplir un mandamiento, ¡qué con ellas sea cumplido otro mandamiento!"[29]

Es en resumen lo que aquí estoy haciendo y firmo y entrego y fecho, como siempre, a contratiempo.

[27] Cf. Catherine Chalier, *Judaïsme et altérité*, Verdier, 1982, p. 242. "La plegaria, en efecto, esa 'promesa de nuestros labios' destinada a 'remplazar los toros', debe ser tan agradable a Dios como el olor de los sacrificios…" precisa Catherine Chalier cuyas palabras entre paréntesis remiten a *Oseas*, XVI, 2.

En la traducción de Chouraqui, el verso dice:

"Prenez avec vous les paroles
adonai
et retournez à I h v H / Dites-lui: 'Supporte tout le tort et prends le bien! / Payons les bouvillons de nos lèvres!'"

"Tomad con vosotros las palabras
adonai
y volveos hacia I h v H / Decidle: '¡Soporta toda la iniquidad y toma el bien! / Paguemos los becerros de nuestros labios!'"

[28] *El vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, trad. Mauro Armiño y Jaime Siles, capítulo 7, "La hospitalidad", Madrid, Taurus, 1983, pp. 87 ss.

[29] *Kitzur Shuljàn Aruj*, XIII

3

Von Querab
komm ein, als die Nacht
das Notsegel bauscht sich…[30]

Das seidenverhangene Nirgend
widmet dem Strahl seine Dauer,
ich kann dich hier sehen.[31]

São Paulo 4 de diciembre – 8 de diciembre de 1995

→ **¿He logrado demostrarlo? lo que separa la lógica o la tópica del velo de las del chal**, de ese chal llamado talit, de ese talit único hasta por su número de pezuelos, ángulos, franjas, como tantos mandamientos, es la diferencia del evento, la irreductible referencia al Uno, al Uno + n que sólo multiplica la primera vez, y me da mi propio talit, a mí solamente, como la orden y como el don, aunque no pueda ni deba apropiármelo nunca, asignándome así mi ipseidad en lo que podemos llamar una historia, una sola historia. La unicidad de esa referencia, el alcance intraducible de esa ferencia impide que un talit, ese del que uno no puede ni debe deshacerse, sea o se convierta solamente, como todo velo, en una figura, un símbolo, un tropo.

¿Se diría que la literalidad de "talit", del mío, sea irreductible?

¿Cómo no escuchar hasta aquí, en el nombre de esta ciudad, la *Epístola a los Romanos*? Su autor creía conocer la literalidad de la letra. Se jactaba de saber distinguir por primera vez, creía él sin duda, aunque sin razón, la circuncisión del corazón, según el soplo y el espíritu, de la circuncisión del cuerpo o de la carne, la circuncisión "según la letra".[32]

[30] "Entra de soslayo, / como la noche, / la vela de esperanza / se hincha." Paul Celan, trad. José Luis Reina Palazón, *Parte de nieve II*, Editorial Trotta, *Obras completas*, p. 362.

[31] "El ningún lugar velado de seda / dedica al rayo su duración, / aquí logro / verte." Paul Celan, trad. José Luis Reina Palazón, *Estancia del tiempo*, Editorial Trotta, *Obras completas*, p. 429.

[32] *Epístola a los Romanos*, II, 25-29, III, 1. Cf. también *Epístola a los Gálatas*, VI, 11-17: "*Vous voyez avec quelles grandes lettres je vous écris de ma main! Ceux qui désirent faire bonne figure envers la*

chair / vous obligent à vous faire circoncire, / à seule fin de n'être pas persécutés pour la croix du messie. / Non, ceux de la circoncision ne gardent pas eux-mêmes la tora; / mais ils veulent vous faire circoncire / afin de pouvoir être fiers de votre chair. / Mais pour moi, je ne suis fier de rien, / sinon de la croix de notre Adôn Iéshoua, le messie, / sur laquelle l'univers a été crucifié pour moi et pour l'univers. Oui, la circoncision n'est rien, ni le prépuce, mais une nouvelle création" (trad. A. Chouraqui).

"¡Mirad con que grandes letras os escribo de mi mano! Los que desean agradar para con la carne / os obligan a circuncidaros, / con el único fin de no ser perseguidos por la cruz del mesías. / No, los de la circuncisión no guardan ellos mismos la torá; / sino que quieren haceros circuncidar / con el fin de poder gloriarse de vuestra carne. / Mas para mí, no me glorío de nada, / sino de la cruz de nuestro Adón Yeshua, el mesías, / sobre la cual el universo ha sido crucificado por mí y por el universo. Sí, la circuncisión no es nada, ni el prepucio, sino una nueva creación."

En la *Epístola a los Corintios*, ese mismo Pablo (mi joven hermano muerto, muerto antes de que yo naciera, también se llamaba Pablo, Pablo Moisés), ese mismo que la emprendió contra la circuncisión literal de los hombres, ese mismo quiso velar a la mujer y de-velar al hombre. Durante la plegaria o el acto profético.

Escribe en su carta: "*la tête de tout homme, c'est messie ; / la tête de la femme, c'est l'homme ; la tête du messie, c'est Élohîm. / Tout homme qui prie ou transmet son inspiration la tête couverte* [pas aner proseukhomenos è propheteuôn kata kephales ekhon… omnis vir orans, aut prophetans velato capite] *déshonore sa tête. / Toute femme qui prie ou transmet son inspiration la tête découverte / déshonore sa tête, oui, comme si elle était rasée. / Si donc la femme n'est pas voilée, qu'elle se tonde aussi! / Mais si c'est honteux pour une femme d'être tondue ou rasée, / qu'elle se voile! / Car l'homme n'est pas obligé de se voiler la tête: / il est l'image et la gloire d'Élohîm; / la femme est la gloire de l'homme. / Car l'homme n'a pas été tiré de la femme, / mais la femme vient de l'homme. / L'homme n'a pas été créé pour la femme, / mais la femme pour l'homme. / Aussi la femme doit avoir sur la tête un pouvoir [un insigne du pouvoir, un signe d'autorité,* potestatem, exousian*], / à cause des messagers.*"

"La cabeza de todo hombre, es mesías; / la cabeza de la mujer, es el hombre; la cabeza del mesías es Elohim. / Todo hombre que ruega o transmite su inspiración con la cabeza cubierta deshonora su cabeza. / Toda mujer que ora o transmite su inspiración con la cabeza descubierta / deshonora su cabeza, sí, como si estuviera rapada. / Si entonces la mujer no está velada, ¡que también se tunda! / Mas si es vergonzoso para una mujer tundirse o raparse, / ¡que se vele! / Pues el hombre no está obligado a velarse la cabeza: / él es la imagen y la gloria de Elohim; / la mujer es la gloria del hombre. / Pues el hombre no ha sido sacado de la mujer, / sino que la mujer viene del hombre. / El hombre no ha sido creado para la mujer, / sino la mujer para el hombre. / También la mujer debe tener sobre la cabeza un poder [una insignia de poder, un signo de autoridad, *potestatem*, *exousian*], por causa de los mensajeros."

Y ese muy tierno, ese terrible Pablo se atreve, pues se atreve con toda la audacia de la que nuestra historia y nuestra cultura son la monstruosa progenie (vean las erecciones de São Paulo la magnífica), ese Pablo que prefería un buen griego a un mal judío, ese Pablo que pretendía saber a la letra lo que es

el soplo del espíritu y enseñárselo al judío para que se convierta en un buen judío, mejor que el buen griego, ese Pablo se atreve a dejarnos juzgar, se atreve a decirnos, a nosotros (¿judíos o griegos?) que nos deja juzgar. Va hasta invocar otra vez, como ya tantos otros, más cercanos a nosotros, Rosenzweig y Freud, por ejemplo, la Naturaleza, la Naturaleza misma (*e phusis aute, ipsa natura*), hace que nos tornemos hacia ella en el momento de dejarnos juzgar: "*Jugez donc vous-même* (En unim autois krinate, vos ipsi judicate): */ convient-il pour une femme de prier Élohîm la tête non voilée ? / La nature elle-même ne nous apprend-elle pas / que c'est un déshonneur pour l'homme d'avoir des cheveux longs ? / Mais la femme qui porte de longs cheveux, c'est pour elle une gloire, / parce que sa chevelure lui a été donnée en guise de parure.*"

"Juzgad vosotros mismos: ¿conviene para una mujer rogar a Elohim con la cabeza no velada? / ¿No nos enseña la naturaleza misma / que es un deshonor para el hombre tener cabellos largos? / Pero la mujer que lleva la cabellera larga, es para ella una gloria, / porque su cabellera le ha sido dada a guisa de adorno."[33]

[33] *I. Epístola a los Corintios*, 11, 3-15, trad. A. Chouraqui.

– Tu epístola contra san Pablo es de doble filo, y también lo que dices de la circuncisión. En todo lo que das a entender, con pequeños aires de reticencia elíptica, parece como si estuvieras en contra de la circuncisión pero también en contra de los que están en contra de la circuncisión; habría que saber. Estás en contra de todo... Como lo que dices en contra del velo, en tu discurso penelopeano, habría que saber... Habría que saber y desarrollar una hipótesis comparatista coherente, pensando en una política del talit, del velo, del chador o de la kipa en régimen escolar laico y democrático...

– La víspera no es para mañana. Sí, estoy en contra de, oh sí, oh sí. En contra de los que prescriben el velo y otras cosas parecidas, también en contra de los que lo proscriben, y creen poder prohibirlo imaginando que está bien, que es posible y que eso tiene sentido. La víspera no es para mañana: lo escolar-secular, lo laico y lo democrático pertenecen de par en par a las culturas del talit y del velo, etc., ya no lo sabemos más... La contaminación está por todos lados. Y no habíamos terminado, no he terminado con san Pablo. Ese que quiso velar la cabeza de las mujeres y develar la de los hombres, ese mismo de-

nunció a Moisés y a los hijos de Israel. Los acusó de haber cedido al velo, de no haber sabido levantar el velo, el velo frente a la faz de Dios, el velo sobre la alianza, el velo sobre el corazón. El Mesías, el Hombre-Dios de las dos Resurrecciones, ése es el gran Develador. Quizás sea por eso por lo que, en el momento de su muerte, el velo del templo se rasgó. Después de haber recordado que el "ministerio de la muerte, grabado en letras sobre piedras" ("*le service de la mort, gravé en lettres sur des pierres*") "ha sido tanta gloria que los Bené Israel eran incapaces de poner sus ojos sobre la faz de Moshéh a causa de la gloria de su faz, sin embargo efímera" ("*a été en telle gloire que les Benéi Israël étaient incapables de fixer leurs yeux sur la face de Moshè à cause de la gloire de sa face, pourtant éphémère*"), san Pablo se pregunta cómo el ministerio del soplo o del espíritu (por lo tanto de la vida y no de la muerte) no es todavía más glorioso, más luminoso. Y esta luz es *develamiento*:

Ayant un tel espoir, nous usons donc d'une pleine franchise ; / mais non pas comme Moshè mettant un voile sur sa face / pour que les Benéi Israël ne puissent fixer la fin de l'éphémère… / Mais leurs pensées se sont endurcies. Car jusqu'au jour présent / le même voile demeure, à la lecture du pacte antique. / Il n'est pas dévoilé (idipsum velamen in lectione veteris testamenti manet non revelatum, to auto kalumma epi tè anagnôsei tes palaias diathekès menei), *car c'est dans le messie qu'il disparaît. / Mais à ce jour encore, quand Moshè es lu, un voile gît sur le coeur. / C'est quand il se tourne vers l'Adôn que le voile est enlevé. […] Mais si notre annonce est voilée, c'est pour les perdus qu'elle est voilée, / ceux dont Élohîm de cette ère a aveuglé les pensées…*[34]

[34] II. *Epístola a los Corintios* III, 7-18; IV, 3-4, trad. A. Chouraqui.

Teniendo tal esperanza, usamos por lo tanto de plena franqueza; / pero no como Moshéh que ponía un velo sobre su faz / para que los Bené Israel no pudieran fijar con su mirada el fin de lo efímero… / Pero sus pensamientos se endurecieron. Porque hasta el presente / el mismo velo permanece, al leer el pacto antiguo. No ha sido develado, porque es en el mesías que desaparece. / Pero hasta el día de hoy, cuando Moshéh es leído, un velo yace sobre el corazón. / Es cuando se torna hacia Adón que el velo es levantado. […] Pero si nuestro anuncio es velado, es para los perdidos que está velado, / aquellos a quienes Elohim de esta era ha cegado los pensamientos …

→ ***Sa(v)er* de-velado de la lengua más allá de la lengua**, de la lengua-francesa cuando rebasa la lengua-francesa. Ya que, a pesar de lo que ya dijimos de lo intraducible, sería ingenuo suponer que *Sa(v)er* se lee solamente "en francés", en la lengua francesa tal como *de hecho* es dada. Hay que saber lo que ella hace, con el francés. *Sa(v)er* se leerá solamente en un francés por venir, aunque no se reconozca a sí mismo, y eso sólo puede suceder *a retardamiento*. De ahí ese gesto inimitable que consiste en saber heredar sin heredar, en reinventar el padre y la madre. A la lengua, *Sa(v)er* hace el avance de una única indesmallable y sin precedente, *casi* invulnerable (pues no puede serlo absolutamente), única, resistente a través del tejido suelto y ajustado de todos los hilos dados. Sin duda la forma y el sentido se mantienen en la misma costura, indisociablemente, en el tejido de un solo y único texto, de un poema sin ejemplo. Pero éste se mantiene, atiene a sí mismo al atener a lo que sucedió, se atiene a lo que sucedió y se mantiene en virtud de una operación de escritura que se endeuda con una operación "real", "en el mundo" en un solo cuerpo: la ferencia o referencia de esa única vez. Por lo que conlleva, por la gracia graciosamente llevada de esa ferencia, *Sa(v)er* se endeuda, al reconocer su deuda para con un evento que permanece como único, para siempre único, para siempre heterógeneo a todo idioma, a saber la operación que le devolvió la vista, tal día, hace poco, a ella, la firmante de *Sa(v)er*, de una vez, de la mano armada del otro, un láser que la privó para siempre de lo invisto.

– Cuando te refieres así a la realidad irreductible de un evento (fuera de discurso pero no fuera-de-texto), me siento verdaderamente abismado. Eso se te asemeja tan poco, te asemejas tan poco a ti mismo, eso se asemeja tan poco a la imagen de ti que circula en estas regiones. Es como si hablaras del libreto de una novela a episodios en el que habría que cambiar en ruta (eso sucede) tal personaje porque el actor murió o rompió su contrato.

– No se debe creer en imágenes, sobre todo cuando circulan "en esas regiones". Sobre todo hay que preguntarse qué otra imagen, qué otro y qué otro de la imagen se prohíbe entonces. La sorpresa es por no haber pensado aún el extraño evento denominado *firma*. Es auto-hetero-referencial. ¿Por qué hay que decir, con todo rigor, como acabo de hacerlo, "la firmante" de *Sa(v)er*? Para analizar una suerte de ruedo: en ese borde donde permanece, la firma no pertenece simplemente al adentro de la tela de cuya extremidad se encuentra cosida. Siempre le será heterogénea aunque, y eso que, no le es exterior, como tampoco la fecha. Ya lo verificamos, y podríamos repetir esta verificación casi infinitamente en tantos otros textos del mismo autor, otras oraciones, otros poemas. Pueden haber tenido el mismo sentido ("por fin veo, milagro", etc.), asemejarse hasta el desacierto por su forma, pero lo que dice *Sa(v)er*, haciendo referencia directa, por su fecha, su firma, puedo, como los demás, saberlo de *otro lado*, gracias a otros testimonios, a otras palabras dadas. Para desbordar *Sa(v)er*, esas afirmaciones no dejan de

formar un texto, unas huellas, un corpus in-finito. Atestiguan que la operación del ojo, la vista devuelta, el "milagro", la "fecha", eso solamente sucedió una vez en la "realidad". Tal "realidad" excede *Sa(v)er* aunque ese exceso permanece cogido, ya sea como una sutura, un ruedo o el desgarre que suturan, en la malla poética de una experiencia que podía anunciarlo en las mismas palabras de esa misma lengua. De ahí los efectos de iteración anticipada que señalamos.

Eso es así cada vez, la operación de esta operación, la operación de escritura poética. Al endeudarse con la otra operación, la llamada operación "real", ella se endeuda con la operación del otro, ese evento que sucede cuando ya yo no opero, cuando yo soy operado. Lo que no quiere decir que la mano del otro sepa lo que hace, y que el saber sea del otro. Un accidente siempre es posible, ya lo dijimos, e incluso tuvo lugar y la catástrofe fue evitada a lo último, a través de las huelgas y los embotellamientos. Cada vez esa operación inaudita opera así, así y de otra manera, en cada texto firmado por Hélène Cixous, en su opus que es también el propio cuerpo de su corpus, mas un cuerpo propio expuesto, vulnerable, y de antemano expropiable: legible ilegible. Vulnerable: una túnica *casi* invulnerable, decíamos, y no debe serlo absolutamente, ésa es la condición de la firma. Yo firmo, un "yo" firma, ella firma en ese mismo lugar de la herida, en el lugar de la herida posible, cierto, pero por más virtual que se permanezca, la herida posible es asignada, ella carga con la memoria enlutada de una lesión irrecusable: se podría creer que es más vieja que uno, uno puede haberla olvidado pero sigue dictando el lugar y el tener-lugar de todos los golpes a los que somos sensibles, de todos los golpes de la suerte que esperamos y que tememos como si, incluso los peores, necesariamente los deseáramos.'Esto explica en parte, se sorprenda uno o no, que la lectura de lo que sucede así, por *ese* corpus, a la lengua francesa, a su ipseidad en-sí-fuera-de-sí, a la puesta fuera de sí de su ser-en-sí, eso mismo todavía queda por venir en el francés de la Francia de este siglo. No conozco desconocimiento más perverso y más injusto. Pero el porvenir aquí prometido, no lo preveo, lo predigo. Al predecirlo, no estoy describiendo un mañana que será, como si de antemano se levantara un velo que diera a constatar el futuro predecible, un ser por venir que uno vería venir. No, la prenda de mi predicción *destina*. Su llamado incita a venir. La prenda se destina aquí de otra manera: más allá de toda verdad como revelación onto-lógica. Esa prenda se destina a aquellos y a aquellas que sabrán leer, claro. Pero aquí saber leer, ése es el círculo, solamente se aprende desde la prenda dada, y en primer lugar dada a lo que se trata de *leer por fin*, a la altura de lo que ustedes tienen para leer: ese corpus que les es dado, no ese corpus por fin de-velado, sino ese corpus que se deshizo del velo, ese corpus que supo, desde la operación del otro, deshacerse tanto del velar como del develar. Que supo replicarle en cuanto al velo: tanto a san Pablo como a san Freud, como a la cosa misma. (Pero Pablo queda, y Freud). Para eso hay que, a la altura de ese corpus, del corpus así desenvelado, hay que escribir y firmar a su vez, contrafirmar escribiendo otra cosa, en otro idioma, sin

traicionar el mandato o el llamado de la primera marca. Nunca se podrá *probar* que sucedió, sólo jurar. El perjurio *debe* permanecer como posible. Ése es un deber que hay que respetar.

→ **Del hombre y de la mujer: el talit es lo propio del hombre, como la circuncisión.** En cuanto a saber si un discurso sobre el fetichismo…

– ¿No los has agotado también, como tú lo pretendes?

– Es cierto pero quisiera todavía saber si una "teoría-del-fetichismo" podrá alguna vez medirse a la compasión infinita que puede inspirar, al roce sin contacto, a la caricia, un talit, el mío, y todo "mi talit mío" (como si un "mi talit mío" precediera la ipseidad y la aptitud a decir "yo"). Quisiera cantar la dulzura tan solitaria de mi talit, la dulzura más dulce que la dulzura, toda singular, sensible e insensible a la vez, serena, consentidora, extranjera a la sensiblería, a la efusión o al patetismo, en una palabra a toda "Pasión". Compasión sin límites, sin embargo, compasión sin idolatría, proximidad y distancia infinita. Amo la sosegada pasión, el amor distraído que me inspira mi talit, tengo la impresión que otorga esta distracción porque está seguro, tan seguro de mí, tan poco preocupado por mis infidelidades. No cree en mis inconstancias, no le afectan. Lo amo y lo bendigo con una extraña indiferencia, mi talit, en una familiaridad sin nombre y sin edad. Como si la fe y el saber, otra fe y otro saber, un saber sin verdad y sin revelación, se tejieran juntos en la memoria de un evento por venir, el retraso absoluto del veredicto, un veredicto que tiene que ser pronunciado y que se hace, se hizo o se hará venir sin la gloria de una visión luminosa. Mi talit blanco pertenece a la noche, a la noche absoluta. Ustedes nunca sabrán nada, sin duda, ni tampoco yo.

Sin embargo, claro, no bastará con profesar que un saber teórico sobre la verdad del fetichismo se revele o se verifique aquí impotente – y que un "mi talit mío" permanecerá para siempre inconmensurable a ello. Siempre se podrá tener el talit por un fetiche, pero a condición de subvertir en sus axiomas el teorema del fetichismo restringido y formalizar, lo intenté en *Glas* y más allá, una teoría del fetichismo generalizado. En el instante del veredicto, esta teoría no sería solamente una teoría, ella tomaría en cuenta, en fin de cuentas, con toda la historia que se implica en ello (del *Éxodo* a san Pablo, a Freud hasta todo lo que implica y se abisma en *Un verme de seda*), ese pensamiento del evento sin verdad develada o revelada, sin falologocentrismo del velo greco-judeo-paulino-islamo-freudo-hei-

deggeriano-lacaniano, sin faloforía, es decir, sin procesión o teoría del falo, sin velamiento-develamiento del falo, hasta del único lugar, y estrictamente bordeado, del falo, vivo o muerto. Esa bordura culpable del falo, los bordes de esa cortadura que sostienen el velo y lo tienden como una tienda de campaña o una tapicería, un techo, una tela, esa *toilette* teórica del falo, no es otra cosa más que el concepto, sí, el concepto mismo, la posibilidad del concepto, del concepto en sí. El falo es el concepto, no podríamos oponernos a él, como tampoco a una "teoría sexual". A menos que se haga otra cosa, sólo se le puede oponer otro concepto u otra teoría, un saber como cualquier otro. Muy poca cosa. No basta con disponer de conceptos, hay que saber colocarlos, como se colocan las velas, a menudo para escaparse claro, pero a condición de saber coger el viento en las velas: asunto de fuerza, los conceptos o las velas sólo están ahí para esta prueba de fuerza. Lo único que hago aquí, me dirán, es citar a Benjamin: "Para el dialéctico se trata de tener el viento de la historia en las velas *(den Wind der Weltgeschichte in den Segeln zu haben)*. Pensar significa para él colocar las velas (*Denken heisst bei him: Segel setzen*). *La forma* en que están colocadas, eso es lo importante. Las palabras son sus velas (*Worte sind seine Segel*, a menos que no se traduzca así: sus velas (no) son (más que) palabras). La forma en que están colocadas las transforma en conceptos. [...] Ser dialéctico significa tener el viento de la historia en las velas. Las velas son los conceptos (*Die Segel sind die Begriffe*). Pero no basta con disponer de *velas (über die Segel zu verfügen)*. Lo que es decisivo es el arte de saber colocarlas *(die Kunst, sie setzen su können)*."[35]

Lo que el saber no sabe, es lo que sucede. Eso es lo que sucede. Para lo que sucede (la operación que yo no opero, la que me opera), hay que *Sa(v)er*, otro *Sa(v)er*, hele aquí, el del otro.

[35] *Das Passagen-Werk*. trad. fr. J. Lacoste, *Paris Capitale du XIXè siècle. Le livre des passages*. Le Cerf, 1989, p. 491.

→ **Abismo y desgarradura de la memoria, el envero**: todo lo que precede no ha sido un sueño, es el relato de un verdadero sueño del que apenas me despierto. Un sueño "malo", como diablo herido que se debate en una camisa de fuerza invisible, cuando uno no termina de estrujar las sábanas alre-

dedor de uno para por fin desgarrar la violencia y encontrar una salida. Lejos de Europa, de un océano al otro, sobre la Cordillera de los Andes, semanas de viaje alucinante durante las cuales soñaba con la interrupción del sueño, la sentencia de vida o de muerte, el golpe final dado por un veredicto que no termina de suspender su moratoria y de estirar su inminencia. Todavía no ha tenido lugar pero ya casi estoy en vela. Escribo con miras a despertarme y para prepararme mejor aún a la realidad del veredicto, mejor, al veredicto cuando sea la realidad misma, a saber, la severidad sin apelación. Pero también sin verdad, ni veracidad ni veridicidad, sin la más mínima reapropiación prometida. Claro, todavía sueño con una resurrección. Pero la resurrección con la que sueño, yo, al término del veredicto, la resurrección hacia la cual me tiendo, ya no debería ser un milagro sino la realidad de lo real, simplemente, si fuera posible, la realidad ordinaria por fin restituida, más allá de lo fantasmático y lo alucinatorio. Fallo de la máquina de tejer, inopinadamente, inmovilización de la lanzadera entre el sueño y la realidad, pero en un silencio ya irreconocible, sin la menor pausa en imagen. La interrupción del sueño permanecerá para siempre improbable, como el final del viaje hacia el cual continúo mi viaje. Pero la duración cuenta, y el endurar este viaje, el vuelo de retorno. Ya me estoy preparando. Estoy presto, me digo, estoy muy cerca de gozar en paz, ya estoy gozando de la turbulencia y de la nube reventada, de la evidencia aceptada, de la nueva finitud afirmada. Qué suerte, ese veredicto, qué suerte temida: sí, ahora, habrá para mí algo peor que la muerte, no lo hubiese creído, y el goce aquí denominado "resurrección", a saber, el precio de la vida extraordinariamente ordinaria hacia la que quisiera tornarme, sin conversión, aún por algún tiempo, tal goce valdrá más que la vida misma.

Todo comenzó en la víspera. Acababa de leer *Sa(v)er*. Y antes de cerrar los ojos para ceder al sueño, me dejé invadir, como se dice, dulcemente, por la dulzura, por un recuerdo de infancia, un verdadero recuerdo de infancia, lo inverso de un sueño, y ya no bordo más:

Antes de mis trece años, antes de haber llevado nunca un talit e incluso de haber soñado con poseer el mío, cultivé (¿pero qué relación?) vermes de seda, esas orugas o larvas de bómbix. Hoy descubro que eso se llama sericicultura (de Seres, los Seres, tal parece que eran un pueblo de la India oriental con quien se comerciaba la seda). Entonces, en las cuatro esquinas de una caja de zapatos, puesto que me había iniciado allí en ese cultivo, alojaba y alimentaba vermes de seda. Todos los días, hubiera querido volverme de ese servicio el oficiante incansable. Varias veces al día, la misma liturgia, había que darles, como ofrenda, hojas de morera, a esos pequeños ídolos indiferentes. Durante semanas, solamente me alejaba de la habitación donde se encontraba la caja para ir en busca de las moreras. Esos alejamientos eran el viaje y la aventura: no se sabía dónde ir a buscar las hojas de morera, ni tampoco si íbamos a encontrar otra vez. Mis vermes de seda se quedaban ahí, pues, conmigo, en mi casa como en la suya, en las vallas del criadero, tantas palabras que, en aquel entonces ignoraba completamente. En verdad, necesitaban muchas hojas de morera, demasiadas, cada

vez más, esos pequeños vivientes voraces. Voraces lo eran sobre todo entre las mudas (en el momento conocido como la "frèse"). Apenas se veía la boca de esas orugas blancas o ligeramente grises, pero sí se les sentía impacientes en nutrir su secreción. A través de sus cuatro mudas, las orugas, cada una para sí, eran ellas mismas, en ellas mismas, para ellas mismas, solamente el tiempo de paso. Sólo se animaban con miras a la transformación de la morera en seda. A veces decíamos verme, a veces oruga. Yo observaba el progreso del tejido, cierto, pero sin ver nada, en suma. Como el movimiento de esta producción, como ese devenir-seda de una seda que nunca hubiese creído natural, como ese proceso extraordinario permanecía en el fondo invisible, estaba sobre todo detenido frente a lo imposible encarnado por esos pequeños seres vivientes en su caja de zapatos. Cierto, no era imposible distinguir entre una cabeza y una cola, y por tanto, virtualmente, diferenciar entre una parte y un todo, y de encontrar un sentido a la cosa, una dirección, una orientación. Pero era imposible discernir un sexo. Había bien algo como una boca marrón pero no se podía reconocer el orificio que había que imaginar era el origen de la seda, de esa leche convertida en hilo, de ese filamento que prolongaba su cuerpo y que aún se retenía de él cierto tiempo: la saliva deshilachada de un esperma muy fino, brillante, luminoso, el milagro de una eyaculación femenina que tomaría la luz y que bebía con mis ojos. Pero, en el fondo, sin ver nada. Las glándulas sericígenas de la oruga pueden ser, acabo de aprenderlo, labiales o salivales, pero también rectales. Además era imposible distinguir entre varios estados, entre varios movimientos, entre varias afecciones de seda de la misma minúscula espontaneidad viviente. ¿El desplazar de sí de ese pequeño pene fantasmático, era erección o desentumecimiento? Observaba el progreso invisible del tejido, un poco como si fuera a sorprender el secreto de un prodigio, el secreto de aquel secreto, en la distancia infinita del animal, de esa varillita inocente, tan extranjera pero también tan próxima en su alejarse incalculable. No puedo decir que me apropiara la operación, pero tampoco diría otra cosa o lo contrario. Lo que me apropiaba sin retornarlo hacia mí, lo que me apropiaba allá, afuera, a lo lejos, era la operación, la operación a través de la cual el verme mismo secretaba su secreción. Él la secretaba, la secreción. Secretaba. Intransitivamente. Babeaba. Secretaba absolutamente, secretaba una cosa que nunca le sería un objeto, un objeto para él, un objeto que encararía. No se separaba de su obra. El verme de seda producía fuera de sí, delante de sí, lo que nunca le abandonaría, una cosa que no era otra más que él, una cosa que no era una cosa, una cosa que le pertenecía y que se volvía a él propiamente. Proyectaba hacia afuera lo que procedía de él y permanecía en el fondo, en el fondo de él: *fuera de sí y cerca de sí, con miras a envolverlo pronto enteramente. Su obra y su ser para la muerte. La fórmula viviente, minúscula pero aún divisible del saber absoluto. La naturaleza y la cultura absolutas. La sericicultura no era del hombre, no era la cosa del hombre que cría sus vermes de seda. Era la cultura del verme de seda como verme de seda. Una secreción de lo que no era ni un velo ni una tela (nada que ver con la araña), ni una sábana ni una caseta, ni una bufanda blanca, esa pequeña vida silenciosa y fina no hacía nada más, allá, tan cerca, bajo mis ojos pero a una distancia infinita, nada más que eso: prepararse a sí mismo para esconderse de sí mismo, amar esconderse, con*

miras a producirse en el afuera y perderse, escupir eso mismo de lo que el cuerpo retomaría posesión para habitarlo envolviéndose de noche blanca. Con miras a volver a sí, de tener para sí lo que uno es, de tenerse y de serse madurando pero muriendo también al nacer, de desmayarse en el fondo de sí, lo que vuelve a ser un enterrarse gloriosamente en la sombra en el fondo del otro: "Aschenglorie: (…) grub ich mich in dich und in dich." *El amor mismo. El amor se hacía hacer el amor frente a los ojos del niño soñador. Porque éste no creía lo que veía, no veía lo que creía ver, ya se contaba una historia, esta historia, como una filosofía de la naturaleza para caja de zapatos (el romanticismo en Argelia, en pleno verano –ya que me olvidé de decir que, en esencia, todo esto sólo podía ser posible, en mi memoria en todo caso, en verano, durante el calor de las vacaciones, en El-Biar), a saber, que el verme de seda se amortajaba, volvía a sí mismo en su odisea, en una suerte de saber absoluto, como si le fuera necesario envolverse en su propia mortaja, la mortaja blanca de su propia piel, para quedarse cerca de sí, el ser que había sido con miras a reengendrarse a sí mismo en la hilandería de sus hijos o de sus hijas – más allá de toda diferencia sexual o más bien de toda dualidad de los sexos, e incluso de todo acoplamiento. En el comienzo, hubo un verme que fue y no fue un sexo, el niño lo veía muy bien, quizás un sexo ¿pero cuál? Su bestiario comenzaba. Esa filosofía de la naturaleza era para él, para el niño que yo era y que todavía sigo siendo, la candidez misma, sin duda, pero también el tiempo del aprendizaje infinito, la cultura de la confección, la cultura confeccionada según la ficción, la autobiografía del entrampamiento,* Dichtung und Wahrheit, *una novela de formación, una novela de la sericicultura que comenzaba a escribir con miras a dirigírsela a sí mismo, y de regirse él mismo por ella como en un sabatario de colores y de palabras: la palabra morera (mûrier) no estaba lejos de madurar (mûrir) y de morir (mourir) para él, el verde de la morera cuyo color conjuraba, como todo el mundo en la familia, toda una historia y una guerra de religiones, lo cultivaba como un lenguaje, un fonema, una palabra, un verbo (el verde (vert) mismo, y verdor (verdure), y verdecer (verdir), y verso (ver), y hacia (vers) y cristal (verre), y vara (verge), y verdad (vérité), veraz (verace) o verídico (veridique), perverso (pervers) y virtud (vertu), todos los pedazos de palabras hormigueantes de palabras en* ver *mucho más numerosos que más tarde celebró y que aquí recuerda, una vez más, sin velo y sin pudor).*[36]

("Virus" pertenece en su imaginación a la misma familia, es un pequeño

[36] "La doble sesión", en *La Diseminación*, trad. José Martín Arancibia, Madrid, Espiral Fundamentos, 1975, notablemente en torno a *Crisis de verso*, de la "crisis [...] del versus (V)", "la brisa de invierno" (*brise d'hiver*), "cierzo de invierno" (*bise d'hiver*), "tormenta" (*averse*), "hacia" (*vers*), "cristal" (*verre*), "para con" (*envers*), "perverso" (*pervers*), "través" (*travers*), etc., pp. 419 ss. y *passim*. De esta "versificación", se recuerda que "desconstruye" la oposición de la metáfora y la metonimia (p. 421, n. 65)

verme perverso y pernicioso, vicioso, ni vivo ni muerto, y que lleva la muerte a retardamiento en su multiplicación. Es también una baba de limaza, en latín, y para Virgilio o Plinio la simiente de los animales, para Cicerón una ponzoña o un veneno.)

En este instante descubro el más hermoso, la más hermosa, que me buscaba desde el principio: **envero** *(la* **véraison***). El envero (de* verir, varire, *variar, cambiar de color), es el momento de madurar, el momento de la maduración. Las frutas, sobre todo, las de la viña, comienzan entonces a tomar el color que tendrán en su madurez. La baya recomienza a engrosarse, el grano a devenir translúcido en las cepas blancas, rojo en las cepas negras.*

Ahora largo tiempo después de la formación del capullo, un tiempo incalculable para el niño, un tiempo sin común medida, cuando la mancha húmeda aparecía por fin, cuando una sangre desconocida, roja casi negra, venía de adentro para enternecer y perforar, luego abrir el paso a las alas de la mariposa, en ese momento tanto de despertar como de nacimiento, en el instante en que sobrevenía la apropiación imprevisible, el retorno a sí del verme que deja caer el antiguo cuerpo como una cáscara rota, lo que pasaba entonces, lo que en verdad, debo decírselo, pasó una vez, una sola vez, el envero en un abrir y cerrar de ojos, el grano de un timbre de teléfono, esa única vez, como la sorpresa a la cual debía esperarme, puesto que no se equivoca nunca, ella nunca se equivoca, de ese envero que solamente tuvo lugar una vez pero que exigirá todo el tiempo dado para convertirse en lo que fue, nunca les haré su relato.

Lo prometí.

Un lapso: sólo fue un intervalo, casi nada, la disminución infinita de un intervalo musical, y qué nota, qué buena nueva, qué música. El veredicto. Como si de golpe el mal, nada malo pudiese ya ocurrir. Como si lo único malo que pudiese ocurrir ya fuera la muerte – pero solamente más tarde, demasiado tarde, tanto más tarde.

Notas de la traductora

I. Traduzco la palabra *laisse* por "lazo" y no por "correa" o "collar". *La laisse* es el collar o la correa con que se lleva al animal, y de ahí la expresión *tenir en laisse*: "llevar con la correa" o "aguantar con la correa". Debemos notar la homofonía con el verbo *laisser* "dejar" en las primeras tres personas del singular del verbo francés en presente. En *Un verme de seda* Jacques Derrida pondrá en juego todas las posibilidades del verbo *laisser*; como si dejar y aguantar se confundieran en un solo movimiento de la escritura.

II. Traduzco por "ver a-ojo-desnudo" la expresión *à l'oeil nu*, es decir, "a simple vista".

III. *Un ver à soie*, título que traduzco por *Un verme de seda* en español, y no por "un gusano de seda". La homofonía del nombre del insecto en francés puede dar a leer mucho más: un *ver* puede ser "un verso", o un *verre*, "cristal", "lente", "vaso", o *vers*, "hacia", *vert*, "verde". La "e" muda de *soie* resguarda como una oruga el *soi* del pronombre de sujeto, el "sí" o el "uno".

IV. Traduzco *ouvrage* por "labor". Sin embargo, *ouvrage* en francés se utiliza tanto para la labor manual como para la obra de escritura o artística.

V. Cito el fragmento en francés:

Tandis que dans le langage de la rhétorique, un peu comme la litote, comme l'exténuation ou la réticence, une "diminution" consiste à en dire moins, sans doute, mais en vue de laisser entendre davantage.

- Mais à "laisser" ainsi - et qui laisse entendre quoi? qui laisse entendre qui? et à qui? (*Voiles*, París, Éditions Galilée, 1997, p. 26).

Laisser entendre debería ser traducido por la expresión "dar a entender" en español, y no por "dejar entender", como lo he traducido para distinguir entre "dar" y "dejar". El texto juega de esta manera con una cierta pasividad del sujeto en cuanto al dejar entender: lo incalculable en lo que se dice, ese más que *se* deja entender en la disminución.

VI. El verbo francés *tenir* posee una diversidad de signficados en francés. En español hay que recurrir a una serie de variantes: por ejemplo, "mantener" en esta frase - "*Pas même au voile derrière lequel une chose es supposée se tenir*". Traduzco la expresión "*tenir un discours*", en vez de traducir por "hacer un discurso". ¿El juego consiste en intentar saber quién tiene a quién o qué, y qué es lo que se toca con la palabra?

VII. *S'en prendre*: atacarse a, responsabilizando. Incluso incriminar.
Prendre quiere decir "tomar" o "coger". Todas estas acepciones, además del juego entre "dejar tomarse" y "tomar", están implícitas. He decidido conservar el cuerpo de la lengua francesa recurriendo al latín, y al castellano antiguo en mi traducción. El verbo "prender" en castellano antiguo significaba "tomar, recibir, hacer presa una cosa".

VIII. Juego entre *savoir* "saber" y *s'avoir* "tenerse" que se pronuncian de la misma manera.

IX. Optamos por citar en francés las traducciones de A. Chouraqui, de E. Dhorme y L. Segond. Imposible de otra manera, seguir la minuciosa labor textual de Jacques Derrida en su letra. Acompaño esos fragmentos bíblicos de una versión al español que he hecho en fun-

ción de la lectura de *Un verme de seda*. Mi traducción toma en cuenta distintas ediciones castellanas del texto bíblico: *La Santa Biblia*, antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602), Londres, Sociedad Bíblica Trinitaria, también la *Sagrada Biblia*, texto bíblico reproducido de la versión de Mons. Juan Straubinger, por arreglos con la Editorial Desclée, de Brouwer y Cía., Buenos Aires, México, 1956 y la *Torah*, versión castellana traducción, supervisión, selección exegética, notas y comentarios del Rabino Marcos Edery, segunda edición 5754-1994, Tel-Aviv, Israel, Editorial Sinaí, 1991. También la *Enciclopedia Judaica Castellana* en diez tomos, Eduardo Weinfeld e Isaac Babani, México, Editorial Enciclopedia Judaica Castellana, 1951, y el *Diccionario ideológico de la lengua española*, Julio Casares, de la Real Academia, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1985.

X. La palabra "confesión" en francés posee dos acepciones: *aveu* y *confession*. El vocablo *aveu* significa la confesión, el reconocimiento de la falta. En ese fragmento del texto se prefiere la palabra *aveu* a *confession*; hay aliteración entre *aveu* y *aveugle* "la ciega" o *aveuglement* "ceguera".

XI. Traduzco la expresión francesa *perdre son latin* por "perder su latín", que quiere decir "no entender nada". En el texto se juega con una literalidad de la expresión que va más allá.

XII. Rabbi Chlomoh Ganzfried, *Abrégé du Choul'-han Aroukh*, trad. G.A. Guttel et L. Cohn, París, Librairie Colbo, 1966, vol. I, p. 40. Edición citada por Jacques Derrida. Este tratado no ha sido traducido al castellano. Véase la *Enciclopedia Judaica Castellana* en diez tomos, tomo V, Eduardo Weinfeld e Isaac Babani, México, Editorial Enciclopedia Judaica Castellana, 1951, p. 40. Propongo entonces una versión del texto citado.

XIII. Cito el fragmento:

Cette venue à soi du châle, chaque homme ayant son tallith à soi, voilà une condition nécessaire à la vue du châle (vous la " verrez ", cette frange, vous la " regarderez "), mais en vue seulement de se rappeler à la loi (Ce sera votre frange, à vous, et quand vous la verrez, vous vous souviendrez - de la loi : vous serez rappelé à la loi par le pour-soi du châle). Comme si chacun découvrait son propre châle à sa propre vue, et à même son propre corps, mais seulement en vue d'entendre et de se rappeler la loi, de se rappeler à elle ou de la rappeler à soi. (*Voiles*, p. 44-45)

Se rappeler quiere decir "recordarse, acordarse, rememorarse" y además "llamar", "evocar" para hacer volver.

XIV. No hay versión al castellano del tratado talmúdico Julin. Véase también la *Enciclopedia Judaica Castellana, op. cit.*, tomo VI, p. 360. Propongo entonces una versión del texto citado.

XV. Sigmund Freud, *La feminidad, Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, Obras completas*, vol. XXII, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1975, p.123.

XVI. Las traducciones de "tzitzit" o "tsitsit" varían: pezuelos, flecos, franjas, fimbrias. Sin embargo, en la traducción de *Dios que viene a la idea* aquí citada se utiliza la palabra "franja", para lo que, en otras traducciones del texto bíblico, se llama "los ángulos", "los rincones" o "los remates" del vestido, y "borla" para lo que traduzco por "franja". La palabra que aparece en *De Dieu qui vient à l'idée* es *frange*, la misma que aparece en el texto de Jacques Derrida, y en los textos bíblicos que cita. La he traducido por la "franja".

XVII. La traducción es mía, aunque existe versión en español (Salamanca, Editorial Sígueme, 1997).

Índice

UNA LECTORA DES-VELADA
(A manera de un prólogo a la traducción)
por Mara Negrón
9

SA(V)ER
por Hélène Cixous
21

UN VERME DE SEDA
Puntos de vista pespunteados sobre el otro velo
por Jacques Derrida
33

Hélène Cixous

Nace en Orán, Argelia, el 5 de junio de 1937. La familia de su madre es de origen germano asquenazí y austrocheco, mientras que la de su padre es sefardí español.

Llega a Francia en 1955. En 1968 se doctora en literatura inglesa. Su tesis trata sobre James Joyce: *L'exil de James Joyce ou l'art du remplacement.*

Es una de las fundadoras de la Universidad París-VIII-Vincennes, donde enseña desde 1968. En 1974 crea el doctorado en Estudios Femeninos, el primero en Francia. Desde esa fecha, también dirige el Centro Internacional en Estudios Femeninos. Este centro trabaja en colaboración con el Colegio Internacional de Filosofía de París.

En 1969, recibió el prestigioso premio francés Médicis, por su primera obra de ficción, *Dedans.*

Escritora prolífica, entre 1979 y 2001, Hélène Cixous ha publicado unos cuarenta libros que incluyen ficción, ensayo y teatro.

Desde 1984 escribe para la famosa compañía que dirige Ariane Mnouchkine, el Théâtre du Soleil. Se trata de un teatro épico: *L'histoire terrible mais inachevée de Norodom Sihanouk, Roi de Cambodge*, 1985, *L'Indiade ou l'Inde de leurs rêves*, 1987, *La ville parjure ou le réveil des Erinyes*, 1994, y *Tambours sur la digue*, 1999. En 1994 y 1999 ganó el premio a la mejor obra teatral del Sindicato de la Crítica Dramática en Francia.

Jacques Derrida

Nace en 1930 en El Biar, Argelia. Dice ser alguien que: "no siendo totalmente europeo, puesto que [viene] de la orilla meridional del Mediterráneo, se considera también, con el pasar de los años, una especie de mestizo europeo sobreaculturado, sobrecolonizado", *L'autre cap*, Éditions de Minuit (1991, p. 13). Su mestizaje es el resultado del cruce de tres culturas: la judía, la magrebí árabe berberisca y la francesa. Durante la segunda guerra mundial, el régimen de Vichy suprime la ciudadanía francesa a los judíos "indígenas" de Argelia, quienes tenían derecho desde 1875, gracias al Decreto Crémieux. En 1940, se les excluye de la educación y de la justicia. En *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá* (Siglo XXI, 2001, p. 90), Jacques Derrida cuenta ese primer día de clases de 1942; tenía 11 años, cuando fue sacado del salón de clases y enviado sin explicación a su casa por el prefecto de la escuela. Incluso antes de la edad de 19 años: "no había salido nunca de El Biar" (*La contre-allée*, Coll. Voyager avec, La Quinzaine Littéraire-Louis Vuitton, 1999, p. 41).

A partir de 1949, cursa estudios en Francia. Entre 1952 y 1956 es profesor de filosofía en la Escuela Normal Superior (rue d'Ulm), cargo que ocupó junto al filósofo Louis Althusser. Entre 1960 y 1964 fue profesor asistente de filosofía general y lógica en la Universidad de La Sorbona. Fue asistente de Bachelard, de Canguil-

hem y de Ricoeur. En 1974, inaugura la colección "La philosophie en effet" con Sarah Kofman, Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy para la casa editora Galilée. Actualmente es director de estudios en la École Pratique de Hautes Études en Sciences Sociales, París.

Jacques Derrida es el filósofo de la desconstrucción, cuyas repercusiones hoy se dejan sentir mucho más allá de las disciplinas humanísticas, en campos tan diversos como la arquitectura o el derecho. Es quizás uno de los pensadores franceses contemporáneos de más renombre mundial. Es el pensador de la aporía, de los imposibles: del don, del amor, del testimonio, de la traducción, del duelo, de la muerte.

> El "imposible" del que hablo con frecuencia no es lo utópico, le da, al contrario, su propio movimiento al deseo, a la acción, a la decisión, es la figura misma de lo real. Tiene su dureza, su proximidad, su urgencia (entrevista con Thomas Assheur, *Die Zeit*, núm. 11, 5 de marzo de 1998).

velos se terminó de imprimir en
litográfica ingramex, s.a. de c.v.
centeno 162-1
09810 méxico, d.f.
se tiraron dos mil ejemplares y sobrantes
29 de julio de 2001

Velos de todo género, eso es lo que primeramente está en juego en el título.

Podría también ser un subtítulo para *Sa(v)er* de Hélène Cixous y *Un verme de seda* de Jacques Derrida –que aquí se publican bajo el mismo lazo de pliegos.

La partida es dada por la gracia de una lengua, que, entre dos homónimos, da su suerte a la diferencia sexual, *la* vela y *el* velo.

El libro así encuadernado se junta primeramente como el tratado jugado de esa suerte, en suma. La diferencia sexual cruza los parajes del idioma. Se percibe la envergadura escondida de toda una historia, la que se ha envuelto, a veces disimulado, en los pliegues de esos velos, en las vueltas, viajes o retornos de sus metáforas o metonimias.

Aunque muy ajenos parezcan el uno al otro, muy autónomos el uno y el otro, ambos textos tienen por lo menos un rasgo en común: a través de la diferencia sexual, ambos se refieren a un mismo *género*. En efecto, se reconocerá, decisivamente, y de un extremo al otro, la autobiografía, la confesión o las memorias. Mas el porvenir forma parte. Ambas palabras confían lo que estuvo a punto de suceder, la *inminencia* de eventos sin medida común entre ellos ni con ningún otro: una "operación" que devuelve la vista, y pone en duelo el sa(v)er de la noche pasada, un "veredicto" cuyo secreto amenazador se sustrae, él, a todo sa(v)er.